

<https://OneMoreLibrary.com>

Las comedias de Aristófanes

Aristófanes

TOMO III

Traducción: Federico Baraibar y Zumárraga

Viuda de Hernando, Madrid, 1880

Las Tesmoforiantes

Aristófanes

PERSONAJES:

MNESÍLOCO, suegro de Eurípides.

EURÍPIDES.

UN CRIADO DE AGATÓN.

AGATÓN.

CORO DE AGATÓN.

UN HERALDO, (interpretado por una mujer.)

CORO DE MUJERES, que celebran las Tesmoforias.

Dos MUJERES.

CLISTENES.

UN PRITÁNEO.

UN ARQUERO.

(La acción transcurre, primero, frente a la casa de Agatón y después junto al templo de Deméter.)

MNESÍLOCO.-*(Siguiendo penosamente a Eurípides.)* ¡Oh, Zeus! ¿Cuándo veré aparecer una golondrina? (1) Este hombre va a acabar conmigo haciéndome correr desde el amanecer. ¿Podré antes de que me estalle el bazo, saber donde me conduces, Eurípides?

EURÍPIDES.-No debes oír lo que pronto has de ver.

MNESÍLOCO.-¿Cómo dices? Repítelo ¿No debo oír..

EURÍPIDES.-Lo que pronto vas a ver...

MNESÍLOCO.-¿Y tampoco será menester que vea?

EURÍPIDES.-No, al menos lo que debes oír.

MNESÍLOCO.-¿Qué es lo que me aconsejas? Confieso, sin embargo que hablas hábilmente. ¿Dices que no debo oír ni ver?

EURÍPIDES.-Sí; puesto que son dos funciones distintas por naturaleza.

MNESÍLOCO.-¿La de oír y la de no ver?

(1) Locución proverbial alusiva a la vuelta de la primavera.

EURÍPIDES.-Sí; tenlo entendido.

MNESÍLOCO.-¿Cómo distintas?

EURÍPIDES.-Escucha cómo esa distinción se hizo desde los orígenes. Cuando el Eter se separó del Caos y engendró los animales que en su seno se agitaban, con objeto de que viesan, les hizo primero los ojos redondos como el disco del sol, y después les abrió los oídos en forma de embudo.

MNESÍLOCO.-¿Y es a causa de ese embudo por lo que no puedo oír ni ver? Por Zeus, que me alegro de haber aprendido estas cosas! ¡Qué bueno es conversar con los sabios!

EURÍPIDES.-Otras muchas del mismo género aprenderás en mí escuela.

MNESÍLOCO.-¿Y aprenderé también a cojear con ambas piernas? Eso sería el colmo de la felicidad (2).

EURÍPIDES.-Acércate y atiende.

MNESÍLOCO.-Aquí estoy.

EURÍPIDES.-¿Ves esa puertecita?

MNESÍLOCO.-Sí, por Heracles, la veo.

EURÍPIDES.-Calla.

MNESÍLOCO.-Callo la puertecita.

EURÍPIDES.-Escucha.

MNESÍLOCO.-Escucho y paso en silencio la puertecita.

EURÍPIDES.-Ahí dentro vive el ilustre Agatón, el poeta trágico.

MNESÍLOCO.-¿Qué Agatón es ése? ¿Es uno moreno y robusto?

EURÍPIDES.-No, es otro.

MNESÍLOCO.-No lo he visto nunca. ¿Es uno que lleva una barba muy tupida?

EURÍPIDES.-¿Pero no lo has visto nunca?

MNESÍLOCO.-No, por Zeus, que yo sepa.

EURÍPIDES.-Pues cierto día estuviste con él, aunque sin conocerlo. Pero apartémonos, porque sale uno de sus criados trayendo fuego y ramas de mirto: sin duda va

a ofrecer un sacrificio para el buen éxito de sus concepciones poéticas.

EL CRIADO.-Guarda, ¡oh pueblo!, un silencio religioso; cierra la boca: el coro sagrado de las Musas entona sus himnos en la morada de mi señor. Refrene el Eter apacible el soplo de los vientos; cese el rumor de las glaucas ondas...

(2) Mnesíloco desea aprender ese género de cojera, propio de algunos personajes de Eurípides, para no tener que correr.

MNESÍLOCO.-¡Bom... bax! (3).

EURÍPIDES.-¡Silencio ...! ¿Qué dice?

EL CRIADO.-Duerme la gente alada; deténgase el correr de las feroces alimañas en las selvas...

MNESÍLOCO.-¡Bómbalo... bombax!

EL CRIADO.-Porque el disertó Agatón, nuestro amo, está a punto de...

MNESÍLOCO.-¿De prostituirse? ¡Que lo ensarten!

EL CRIADO.-¡Quién habló?

MNESÍLOCO.-El Eter apacible.

EL CRIADO.-Está a punto de concebir la armazón de un drama. Redondea nuevas formas poéticas, tornea unos versos, forja unas sentencias, inventa metáforas, funde, modela y vierte en el molde el asunto, que en sus manos es como blanda cera.

MNESÍLOCO.-Y se deja... ensartar.

EL CRIADO.-¿Qué patán se aproxima a esta morada?

MNESÍLOCO.-Un hombre dispuesto a clavaros en vuestra morada, a tí y a tu noble versificador, un sólido instrumento bien firme y torneado.

EL CRIADO.-Anciano, en tu juventud debiste ser muy insolente.

EURÍPIDES.-*(A su pariente.)* Vamos, déjate en paz. *(Al criado.)* Y tú, vete a llamar a Agatón sin perder un instante.

EL CRIADO.-No hay necesidad; mi amo vendrá muy pronto, porque ha empezado a componer versos, y en el invierno no es fácil redondear las estrofas sin salir a tomar el sol.

(Vase.)

MNESÍLOCO.-¿Qué debo hacer ahora?

EURÍPIDES.-Espera a que venga. ¡Oh, Zeus! ¿Qué suerte me reservas hoy?

MNESÍLOCO.-Por los dioses, quiero saber qué significa todo esto. ¿Por qué gimes? ¿De qué te lamentas? No debes tener secretos para mí, que soy tu suegro.

EURÍPIDES.-Se está maquinando contra mí una gran desgracia.

MNESÍLOCO.-¿Cuál?

EURÍPIDES.-Hoy se decidirá si Eurípides ha de vivir o morir.

MNESÍLOCO.-¿Cómo es posible? Hoy no hay sesión en los Tribunales ni en el Senado, por ser el tercer día de la fiesta, el día de enmedio de las Tesmoforias.

(3) Palabra que imita el zumbido de un insecto, para indicar que las enfáticas expresiones del criado están vacías de sentido.

EURÍPIDES.-Eso es, precisamente lo que me hace presentir mi perdición. Las mujeres se han conjurado contra mí, y están reunidas en el templo de las Tesmoforias para decretar mi pérdida.

MNESÍLOCO.-¿Y por qué motivo?

EURÍPIDES.-Porque no las trato bien en mis tragedias.

MNESÍLOCO.-Por Poseidón, te estará muy bien empleado. ¿Y cómo podrás evitar el peligro?

EURÍPIDES.-Voy a ver si persuado al poeta trágico Agatón para que se introduzca en el templo de las Tesmoforias.

MNESÍLOCO.-¿Para qué? Dime.

EURÍPIDES.-Para que participe en la Asamblea de las mujeres y me defienda, si es necesario.

MNESÍLOCO.-¿Abiertamente o de incógnito?

EURÍPIDES.-De incógnito; disfrazado de mujer.

MNESÍLOCO.-El expediente es ingenioso y lleva la marca de tu genio; por lo que toca a la astucia, nuestra es la palma.

EURÍPIDES.-Cállate.

MNESÍLOCO.-¿Pues qué ocurre?

EURÍPIDES.-Que sale Agatón.

MNESÍLOCO.-¿Dónde está?

EURÍPIDES.-Míralo: le sacan con la plataforma giratoria (4).

MNESÍLOCO.-Sin duda estoy ciego; no veo ningún hombre; a quien veo es a Cirene (5).

EURÍPIDES.-Silencio, que se dispone a cantar.

MNESÍLOCO.-¿Va a entonar una marcha de hormigas? (6).

AGATÓN.-*(Que durante toda la escena habla en el estilo campanudo de los malos poetas.)*

Doncellas, recibid de las diosas infernales la sagrada antorcha y festejad con danzas y alaridos de gozo la libertad de vuestra patria.

CORO DE AGATÓN. (7)¿De qué deidad se celebra hoy la fiesta? Pronto estoy siempre a adorar a los dioses.

(4) *Sátira de los artificios escénicos destinados a la aparición de divinidades.*

(5) *Famosa cortesana. Mnesíloco identifica a Agatón con Cirene.*

(6) *Frase proverbial para indicar las cosas pequeñas y de poco vigor.*

(7) *Este Coro es el que Agatón ensayaba para representar sus tragedias.*

AGATÓN.-Canta, ¡oh Musa!, a Febo, el del arco de oro, que levantó los muros de la ciudad del Simois (8)

CORO.-¡Salve Febo; para ti mis himnos mejores, pues tú llevas la palma en el sacro certamen de las Musas!

AGATÓN.-Ensalzad a Artemis, la virgen cazadora, errabunda por bosques y montañas.

CORO.-Celebremos y ensalcemos a la casta Artemis, augusta hija de Leto.

AGATÓN.-Y a Leto, y a la cítara asiática, imitando el ritmo y el cadencioso compás de las Gracias de Frigia.

CORO.-Celebremos a la augusta Leto, y a la cítara madre de los himnos, para que nuestros acentos varoniles hagan brillar con fulgor repentino los ojos de la adorable diosa. ¡Ensalcemos al poderoso Apolo! ¡Salve, hijo feliz de la augusta Leto!

MNESÍLOCO.-¡Venerandas Genetílides⁹, ¡qué dulce y voluptuosa melodía! ¡Qué afeminamiento! ¡Cómo trasciende a besos lascivos! ¡Qué cosquilleo se siente en el trasero al escucharla! Y tú, jovencito, si acaso lo eres, quiero interrogarte al modo de Esquilo en su Liturgia (10). ¿De dónde sales, oh andrógino? ¿Qué patria es la tuya? ¿Qué vestido es ese? ¿Por qué esa agitación? ¿Cómo concuerda esa cítara con la túnica amarilla, ese aceite de atleta con un sostén? ¿Hay cosas más opuestas? ¿Qué de común entre un espejo y una espada? ¿Te han educado siquiera como un hombre? Entonces ¿dónde llevas la colita? ¿Y el manto y los zapatos viriles? ¿O eres, quizás, mujer? Pero ¿y tus pechos? ¿Qué dices? ¿Por qué ese silencio? Por tu canto, pues, te conoceré, ya que te niegas a explicarte.

AGATÓN.-¡Anciano, anciano!, he oído el silbido de la envidia, sin sentir el dolor de sus mordeduras. Llevo un traje en consonancia con mis pensamientos, porque un poeta debe tener costumbres análogas a los dramas que compone. Si el asunto de sus tragedias son las mujeres, su persona debe imitar la vida y el porte femenino.

MNESÍLOCO.-¿De suerte que al componer una Fedra montarás a caballo?

AGATÓN.-Si los asuntos son varoniles, ya tenemos en el cuerpo todo lo necesario. Pero lo que no tenemos por naturaleza, hemos de adquirirlo mediante la imitación.

MNESÍLOCO.-Entonces, cuando escribas dramas de sátiros llámame, y yo me pondré en erección detrás de tí.

(8) La Ciudad de Troya.

(9) Divinidades protectoras de la generación.

(10) Drama satírico que formaba parte de una tetralogía de Esquilo titulada La Liturgia. Su principal personaje era Licurgo, rey de los Edonios, que se atrevió a burlarse de Dionysos cuando regresó a Tracia, vencedor de las Indias. Su falta fue severamente castigada. Los títulos de las tres tragedias eran: «Los Edones,» «Los Basárides» y «Los Jóvenes.»

AGATÓN.-Además, es de muy mal parecer un poeta grosero y velludo, Ibico, Anacreonte de Teos y Alceo, tan hábiles en la armonía, llevaban mitras y bailaban las voluptuosas danzas de la Jonia; e! mismo Frínico, de quien seguramente has oído hablar, unía a su propia hermosura la de sus vestidos; por lo que en sus dramas todo era hermoso. Cada cual imprime a sus obras su propio carácter.

MNESÍLOCO.-Por eso Filocles, que es feo, compone obras feas; Jenocles, que es malo, malas y Teognis, que es frío, frías.

AGATÓN.-Es de rigor. Y por saberlo he cuidado de corregirme.

MNESÍLOCO.-¿Cómo, por los dioses?

EURÍPIDES.-Cesa de ladrar. Yo era lo mismo cuando, a su edad, empezaba a escribir.

MNESÍLOCO.-¡Por Zeus, que no envidio tu educación!

EURÍPIDES.-Déjame, por fin, decir e! motivo que me trae.

AGATÓN.-Explícate.

EURÍPIDES.-Agatón, «de hombres sabios es decir muchas cosas en pocas palabras. Herido por una desgracia nueva, vengo a suplicarte» (11)

AGATÓN.-¡Para qué me necesitas?

EURÍPIDES.-Las mujeres, reunidas en las Tesmoforias, han resuelto hoy mi perdición, porque hablo mal de ellas.

AGATÓN.-¿Y qué socorro puedes esperar de mí?

EURÍPIDES.-Uno grandísimo. Si te mezclas furtivamente entre las mujeres de modo que parezcas una de tantas y defiendes mi causa elocuentemente, conseguirás salvarme. Tú eres el único capaz de hablar dignamente de mí.

AGATÓN.-¿Por qué no vas a defenderte tú mismo?

EURÍPIDES.-Te lo diré. En primer lugar, yo soy muy conocido, y además cano y

barbudo, mientras que tú eres de hermosa figura, imberbe y de tez blanca; tienes voz de mujer y eres precioso y delicado como nadie.

AGATÓN.-Eurípides...

EURÍPIDES.-¿Qué?

AGATÓN. ¿No has escrito una vez: «el ver la luz te alegra; ¿crees que no le alegra también a tu padre?»

(11) Verso del Eolo, de Eurípides.

EURÍPIDES.-Cierto.

AGATÓN.-No esperes, por tanto, que «n me exponga a soportar tu desgracia: sería una locura. Sufre, como es natural, tu propio infortunio. Las desgracias no deben sobrellevarse con astucia, sino con paciencia.

MNESÍLOCO.-Tú, sí que has llegado, vil prostituido, con actos y no con palabras, a infamar tus posaderas.

EURÍPIDES.-¿Por qué temes ir allí?

AGATÓN.-Porque tendría un fin aún más miserable que el tuyo.

EURÍPIDES.-¿Cómo?

AGATÓN. Porque parecería que iba a usurparles sus prácticas nocturnas y arrebatarles la Cipris femenina.

MNESÍLOCO.-¿A robarles? Di más bien a prostituirte. ¡Por Zeus! ¡Vaya un pretexto!

EURÍPIDES.-En qué quedamos, ¿lo harás como te lo pido?

AGATÓN.-No lo esperes.

EURÍPIDES.-¡Entonces infeliz de mí! ¡Estoy perdido!

MNESÍLOCO.-Eurípides, mi querido yerno, no te desalientes.

EURÍPIDES.-¿Qué hacer?

MNESÍLOCO.-Envía a ese hombre al infierno, y dispón de mí como quieras.

EURÍPIDES.-Pues que tú mismo te me ofreces, acepto. Anda, quítate esa ropa.

MNESÍLOCO.-Ya está en el suelo. ¿Qué vas a hacer de mí?

EURÍPIDES.-Afeitarte los pelos de la barba y quemarte los de más abajo.

MNESÍLOCO.-Haz lo que quieras, o no haberme ofrecido.

EURÍPIDES.-Agatón, tú siempre llevas navajas: préstanos una.

AGATÓN.-Cógela de ese estuche.

EURPIDES.-*(A su suegro.)* Eres un valiente, siéntate e hincha el carrillo derecho.

MNESÍLOCO.-¡Ay!

EURÍPDES.-¿Por qué gritas? Te voy a meter un tarugo en la boca, si no callas.

MNESÍLOCO.-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! *(Se levanta y echa a correr.)*

EURÍPIDES.-¿Adónde vas?

MNESÍLOCO.-Al templo de las Euménides (12), sí, por Deméter, pues no voy a quedarme ahí para que me hagas tajadas.

EURÍPIDES.- Se van a reír de tí al verte con la mitad de la cara afeitada.

(12) En él se refugiaban los suplicantes.

MNESÍLOCO.-Poco me importa.

EURÍPIDES.-No me abandones, por los dioses te lo pido; ven acá.

MNESÍLOCO.-¡Desdichado de mí! *(Se sienta otra vez.)*

EURÍPIDES.-No te muevas y levanta la cabeza. ¿Adónde te vuelves?

MNESÍLOCO.-¡Muú... muú...!

EURÍPIDES.-¿Por qué muges? Ya está todo arreglado.

MNESÍLOCO.-¡Infeliz de mí, voy a pelear armado a la ligera! (13).

EURÍPIDES.-No pienses en eso. Vas a estar muy hermoso. ¿Quieres mirarte? *(Le presenta un espejo.)*

MNESÍLOCO.-Sí; a ver...

EURÍPIDES.-¿Te reconoces?

MNESÍLOCO.-No; por Zeus; a quien veo aquí es a Clístenes (14).

EURÍPIDES.-Levántate para que te chamusque el vello; inclínate.

MNESÍLOCO.-Pero ten cuidado. ¡Me vas a chamuscar como a un cerdito!

EURÍPIDES.-Traedme una antorcha o una lámpara. Bájate y procura resguardar la parte sensible.

MNESÍLOCO.-Lo procuraré, por Zeus; pero ¡cuidado! que me quemas... ¡Ay, ay!
¡Agua, vecinos, que tengo las nalgas en fuego!

EURÍPIDES.—Tranquilízate.

MNESÍLOCO.-¿Puede uno estar tranquilo cuando le están asando?

EURÍPIDES.-Ya no tienes por qué inquietarte: lo peor ya pasó.

MNESÍLOCO.-Tengo el trasero todo chamuscado.

EURÍPIDES. No te cuides de eso: ya se te lavará con una esponja.

MNESÍLOCO.-¡ Pobre del que se atreva a lavarme el trasero!

EURÍPIDES.-Agatón, ya que no quieres ayudarme, préstame al menos una túnica y un ceñidor; no puedes decir que no los tienes.

AGATÓN.-Con mucho gusto; tomad y usadlos.

MNESÍLOCO.-¿Qué me pongo?

AGATÓN.-Ponte primero la túnica amarilla.

MNESÍLOCO.-¡Por Afrodita, que buen olor echa a hombre! Pónmelo pronto: dame el ceñidor.

(13) Juego de palabras: afeitado y soldado armado a la ligera se expresan en griego con voces muy parecidas.

(14) Ya hemos dicho que se trata de un conocido afeminado.

EURÍPIDES.-Toma.

MNESÍLOCO.-Dame ahora algunos anillos para las piernas.

EURÍPIDES. También necesitan una cinta y una mitra¹⁵

AGATÓN.-Toma mi gorro de dormir.

EURÍPIDES.-Por Zeus, es lo más a propósito.

MNESÍLOCO.-¿Me caerá bien?

EURÍPIDES.-Admirablemente. Tráeme también una manteleta.

AGATÓN.-Está sobre la cama, cógela.

MNESÍLOCO.-Además, necesito zapatos.

AGATÓN.-Ponte los míos.

MNESÍLOCO.-¿Me irán bien? Lo digo porque sé que a ti te gusta el calzado ancho (16).

AGATÓN.-Pruébatelos. Y ahora que ya tenéis todo lo necesario, que me lleven pronto adentro (17).

EURÍPIDES.-Parece enteramente una mujer. Cuando hables, ten mucho cuidado de imitar la voz femenina.

MNESÍLOCO.-Lo procuraré.

EURÍPIDES.-Pues en marcha.

MNESÍLOCO.-No por Apolo, si antes no me juras...

EURÍPIDES.-¿El qué?

MNESÍLOCO.-Emplear todos los medios para salvarme, si me ocurre algún desavío.

EURÍPIDES.-Lo juro por el Eter, morada de Zeus.

MNESÍLOCO.-¿No sería mejor que jurases por los discípulos de Hipócrates?

EURÍPIDES.-Pues bien, juro por todos los dioses sin excepción.

MNESÍLOCO.-Acuérdate de que ha jurado el corazón y no la lengua: los juramentos de ésta no los quiero (18).

EURÍPIDES.-No pierdas más tiempo; ya dan la señal de la Asamblea en el Tesmoforión. Yo, me retiro. (Sale.)

Aparece el templo de Deméter y Perséfone.

MNESÍLOCO.- (Disfrazado de mujer y seguido por una esclava.) Ven, Tratta, sigueme. ¡Cuánto humo despiden las antorchas! ¡Oh bellísimas Tesmóforas, recibidme y despedidme propicias! Descarga la cesta, Tratta, y saca la torta para que se la ofrezca a las dos diosas. ¡Oh augusta divinidad, Deméter adorada, y tú, venerable

Perséfone: permitidme presentaros muchas oblaciones como ésta (y sobre todo que no me descubran). Conceded a mí hija un esposo rico, a la vez que estúpido y necio, para que no piense más que en divertirse. ¿Dónde encontraré un sitio para poder oír a los oradores? Tú, Tratta, márchate: las esclavas no pueden asistir a esta reunión (19).

(15) Tocado de mujer.

(16) Alusión obscena.

(17) Sobre la máquina donde está reclinado.

(18) Parodia de un verso del «Hipólito,» de Eurípides.

(19) Las esclavas esperaban a la puerta del templo para recibir las órdenes de sus señoras, como se desprende de un pasaje posterior.

UNA MUJER HERALDO.- (20) Guardad un silencio religioso. Guardad un silencio religioso. Guardad un silencio religioso. Orad a las Tesmóforas, a Pluto, a Caligenia, a Curótrofe, a la Tierra, a Hermes, a las Gracias, para que esta Asamblea nos sea propicia y útil a Atenas y a nosotras mismas. Pedidles también que aquella que por sus ilustres hechos y discursos merezca más aplausos del pueblo ateniense y de las mujeres, sea la vencedora. Dirigidles estas súplicas, y haced votos por vuestra propia dicha. ¡lo, Pean! ¡lo Pean! ¡Congratulémonos!

CORO DE MUJERES.-Esos son nuestros votos. ¡Dígnense los dioses acogerlos! Zeus Omnipotente; y dios de la lira de oro, adorado en Delos²¹ y tú, invencible diosa, doncella de ojos azules y áurea lanza, patrona de la más floreciente ciudad²², acudid a mi llamamiento; acude tú también, hermoso retoño de Leto²³, la de fúlgida mirada, virgen

cazadora, adorada bajo cien advocaciones; y tú, venerable Poseidón, soberano de las olas, abandonando tu líquido palacio arremolinado por las tempestades y recorrido por los peces, ven acompañado de las hijas de Nereo, y de las campestres ninfas. Mézclense a nuestras oraciones los acentos de la dorada lira, y reine el orden en esta Asamblea de nobles matronas ate nienses.

EL HERALDO.-Orad a los dioses y diosas del Olimpo, de Delfos, de Delos, y a las demás deidades. Si hay algún malvado que conspire contra el pueblo femenino o que ofrezca a Eurípides o a los medas una paz perjudicial a las mujeres, o que aspire a la tiranía, o se proponga restablecer a un usurpador; si hay un delator que denuncie a una mujer culpable de hacer pasar por suyo un hijo supuesto, o una esclava que después de haber secundado los pensamientos de su señora la denuncie a su marido, y, encargada de llevar un recado, traiga falsas noticias; si hay algún galanteador que engañe a una mujer y después no la dé lo pro-metido; si hay una vieja que compra sus amantes o una cortesana que por los regalos de otro abandona a su querido; sí hay un tabernero o tabernera que al vendernos un congrio o una cótila (24) nos engaña en la medida, pedid al cielo los confunda a todos, con toda su familia y que al propio tiempo os colme de bienes a vosotras.

CORO.-Unánimes pedimos que se cumplan vuestros votos en favor de la ciudad y del pueblo y que, como es justo, se otorgue la victoria a las que den mejores consejos. Las que cometen fraudes y violan los más sagrados juramentos en provecho propio y daño del común; las que tratan de derogar las antiguas leyes y decretos promulgando otros nuevos; las que revelan nuestros secretos a los enemigos e impulsan a los medas a que ataquen nuestro país para arruinarlo, esas son culpables para con los dioses y para con la ciudad. Acoge tú nuestras preces, omnipotente Zeus, para que, aunque mujeres, los dioses nos asistan.

EL HERALDO.-Escuchad todas. «El Consejo de las mujeres, siendo presidente Timoclea, secretario Lisila y Sóstrata orador (25) ha decretado: Que mañana, día de en medio de las Tesmoforias, por ser el más desocupado, se destine ante todo a deliberar sobre el castigo que debe imponerse a Eurípides, por sus ultrajes a todas nosotras.» ¿Quién pide la palabra?

MUJER PRIMERA.-Yo.

EL HERALDO.-Pues ponte esa corona antes de hablar (26). Callad. ¡Silencio! ¡Atención! Ya escupe, según acostumbran los oradores. Parece que tiene mucho que decir.

(20) Una mujer hace de heraldo, porque ningún hombre podía intervenir en las Tesmoforias. Toda la escena que sigue parodia las formalidades observadas en la Asamblea Popular.

(21) Apolo.

(22) Atenea.

(23) Artemis.

(24) Medidas de capacidad.

(25) *Fórmula de los decretos.*

(26) *Como acostumbraban a hacerlo los oradores.*

MUJER PRIMERA.-Pongo por testigos a las dos diosas que no es en modo alguno la ambición lo que mueve a hablar aquí, mujeres. Muéveme solamente la indignación que me sofoca al veros vilipendiadas por Eurípides, ese hijo de verdulera. ¿Qué ultrajes hay que no nos prodigue? ¿Qué ocasión de calumniarnos desprecia, en cuanto tiene muchos o pocos oyentes, actores y coros? Nos llama adúlteras, desvergonzadas, borrachas, traidoras, charlatanas, inútiles; peste de los hombres; con lo cual cuando nuestros maridos vuelven del teatro nos miran de reojo y registran la casa para ver si tenemos escondido algún amante. Ya no nos permiten hacer lo que hacíamos antes a causa de las sospechas que ese hombre ha inspirado a los esposos. ¿Se le ocurre a una de nosotras hacer una corona? Ya la creen enamorada (27). ¿Deja otra caer una vasija al correr en sus domésticas faenas? El marido pregunta en seguida: «¿En honor de quién se haquebrado esa olla? Sin duda del extranjero de Corinto.» (28) ¿Está enferma alguna joven? Su hermano dice al punto: «No me gusta el color de esa muchacha.» (29) Si una mujer que no tiene hijos quiere simular un parto, ya no puede hacerlo, porque los hombres nos vigilan de cerca. Para con los viejos que antes contraían matrimonio con jóvenes, también nos ha desacreditado, y ninguno se casa a causa de aquel verso:

La mujer es un tirano para el marido anciano.

El es asimismo la causa de que nos encierren con cerrojos y sellos y tengan para guardarnos esos perrazos molosos, terror de los amantes. Ya no podemos, como antes, sacar nosotras mismas de la despensa harina, aceite y vino, pues nuestros maridos llevan siempre consigo no sé qué condenadas llavecitas lacedemonias secretas y de tres dientes. Sin embargo aún hubiéramos podido abrir las puertas más selladas, mandándonos hacer por tres óbolos un anillo con la misma marca; pero ese maldito Eurípides, perdición de las familias, ha enseñado a los hombres a llevar colgados del cuello complicadísimos sellos de madera. Creo, por consiguiente, que es necesario librarnos a toda costa de ese enemigo, dándole muerte con veneno u otro medio cualquiera. Eso es lo que digo en alta voz; lo demás lo haré constar en el registro del secretario.

CORO.-Nunca vi mujer más hábil y elocuente; todo lo que dice es justo; ha examinado la cuestión en todos sus aspectos. Su argumentación es nutrida, sagaz y certera; de suerte que si el propio Jenocles, hijo de Carcino, hablase a su lado nos parecería que sólo decía vaciedades.

MUJER SECUNDA.-Habiendo abarcado perfectamente la preopinante todos los extremos de la acusación, diré muy pocas palabras, concretándome a manifestaros lo que a mí misma me sucede. Murió mi marido en Chipre, dejándome cinco hijos pequeños, a los que sostenía a duras penas, haciendo coronas en la plaza de los Mirtos. Con este recurso vivía así, así, es verdad; pero al fin vivía; pues bien: desde que ese hombre en sus tragedias ha demostrado al público que no existen los dioses, no vendo ni la mitad que antes. Por lo cual opino y os aconsejo que no dejéis de castigarle; sobran motivos

para ello, pues siempre, amigas mías, nos está ultrajando con la grosería propia del que se ha educado entre legumbres. Y me voy a la plaza, pues tengo que hacer veinte coronas que me han encargado.

(27) Entre los enamorados era costumbre hacerse regalos de coronas.

(28) Verso de la «Estenebea» de Eurípides. El «extranjero de Corinto» era Belerofonte. Ocupaba y distraía el pensamiento de la joven al extremo de que dejaba caer los objetos que llevaba en la mano.

CORO.-Sus palabras aún han sido más mordaces que las del primer discurso. ¡Qué gracia) ¡Qué oportunidad) ¡Qué agudeza y qué astucia) Todo es claro y convincente. Sí, es necesario imponerle una pena ejemplar por sus ultrajes.

MNESÍLOCO.-No me asombra, ¡oh, mujeres! que tales acusaciones os irriten vivamente contra Eurípides, y pongan en efervescencia vuestra bilis. Yo misma, os lo juro por la salud de mis hijos, yo misma detesto a ese hombre, pues sería menester estar loca para no aborrecerle. No obstante, conviene que tengamos en confianza, algunas explicaciones; ahora estamos solas, y no hay miedo de que nuestras palabras se divulguen. ¡De qué le acusamos? ¿Por qué le hacemos gravísimas inculpaciones sólo por haber revelado dos o tres de nuestros defectos, cuando los tenemos innumerables? Yo misma, para no hablar de otras, me reconozco culpable de muchísimos pecados; y el más grave lo cometí a los tres días de casada: mi marido dormía a mi lado; yo tenía un amante, que me había seducido a la edad de siete años; el tal, arrastrado por su amor, vino a la puerta de mi casa y la arañó suavemente. Yo comprendí en seguida, y bajé con precaución; mi marido me preguntó: «¿Adónde vas?», «¿A dónde?», le respondí, «siento dolores y retortijones de vientre y bajo al retrete». «Anda, pues», me dijo. El se puso a majar semillas de cedro, anís y savia (30), y en tanto que yo, después de tomar la precaución de mojar los goznes (31) me reuní a mi amante, y apoyada sobre el altar del pórtico (32) y agarrándome al tronco del laurel me entregué a sus deseos. Sin embargo, notadlo bien, nunca Eurípides ha hablado de esto, ni de nuestras complacencias con los esclavos y muleteros cuando faltan amantes, ni de que, después de haber pasado una noche de libertinaje, acostumbremos a comer ajos a la mañana para que al volver el marido de su guardia no conciba la menor sospecha. ¿Lo véis? De esto nunca ha dicho nada. Si maltrata a Fedra, ¿qué nos importa? En cambio, nunca ha hablado de esas mujeres que despliegan a la luz un gran manto, y mientras el marido admira los primores de! trabajo, el galán logra escurrirse a favor de la estrata gema. Yo conocí a una que estuvo diez días fingiendo dolores de parto hasta comprar una criatura. Su esposo, en tanto, corría por toda la ciudad en busca de medicinas para acelerar el alumbramiento.

(30) Remedio contra el cólico.

(31) Para que la puerta no hiciera ruido.

(32) A la entrada de las casas había un altar en forma de columna, consagrado a Apolo.

Una vieja le trajo al fin, metido en una olla, un niño con la boca tapada con cera para que no gritase; entonces a una señal de su cómplice, la mujer empezó a gritar: «Vete, marido, vete, que ya voy a parir.» La criatura, en efecto, pegaba pataditas en el vientre... de la olla. El se retiró tan contento: le quitó ella el taponcillo de cera, y el niño empezó a llorar.

Entonces la maldita vieja que lo había traído corrió al esposo y le dijo sonriendo: «Un león, un león te acaba de nacer; es tu vivo retrato; se te parece en todo, y sobre todo, en la colita.» ¿No es verdad que cometemos estas perfidias? Sí, por Deméter. Entonces, ¿a qué irritarnos contra Eurípides porque dice de nosotras menos de lo que en realidad hacemos?

CORO.-¡No vuelvo de mi asombro! ¿De dónde ha sacado esas invenciones? ¿En qué país se ha criado esa desvergonzada? Nunca hubiera creído que ninguna mujer se atreviese a contar ni aun entre nosotras, semejantes atrocidades. Pero ya puede esperarse todo; tiene razón el proverbio antiguo: «Es necesario mirar debajo de todas las piedras, no se oculte algún orador pronto a picarnos».

EL CORIFEO.-No hay nada peor que una mujer desvergonzada, como no sea... otra mujer.

MUJER PRIMERA.-Por Aglaura, amigas; habéis perdido el juicio o estáis hechizadas, u os sucede otro grave mal, para dejar a esa peste insultarnos a todas. Si alguna de vosotras... pero no, nosotras y nuestras criadas nos encargamos de vengarnos; vamos a coger ceniza de cualquier parte y a dejarla sin un pelo. Así aprenderá a no hablar mal de las mujeres en lo sucesivo.

MNESÍLOCO.-¡Oh, no hagáis tal! Si en una Asamblea donde todas las ciudadanas podemos exponer con entera libertad nuestras ideas, he dicho lo que me parecía en defensa de Eurípides, ¿será justo que me condenéis a la de pilación?

UNA MUJER.-¿Cómo no ha de ser justo castigarte? Tú eres la única que te has atrevido a defender a un hombre que ha colmado de oprobio a nuestro sexo; a un hombre que escoge de intento para argumento de sus dramas aquellos asuntos donde hay mujeres perversas, Fedras o Melanipes, y nunca se le ocurre escribir sobre Penélope, sólo porque fue casta.

MNESÍLOCO.-Yo sé el motivo. Entre todas las mujeres del día no podréis encontrar una Penélope y sí infinitas Fedras.

MUJER PRIMERA.-¿No oís lo que esa bribona vuelve a decir de nosotras?

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus; y aún no he dicho todo lo que sé. ¿Queréis más todavía?

MUJER PRIMERA.-¿Que más puedes decir! Ya debes haber vomitado cuanto sabías.

MNESÍLOCO.-Ni tampoco la diezmilésima parte de lo que hacemos. No he dicho, por ejemplo, que formamos con nuestras diademas una especie de tubo para sorber el vino.

MUJER PRIMERA.-¡Así revientes, malvada!

MNESÍLOCO.-Tampoco he dicho que en las Apaturias damos las viandas a nuestros amantes y después le echamos la culpa al gato...

MUJER PRIMERA.-¡Esto es insufrible! No sabes lo que te dices.

MNESÍLOCO.-Ni que una mujer mató de un hachazo a su esposo, ni que otra le hizo perder la razón con un filtro, ni que un día, debajo de la bañera...

MUJER PRIMERA.-¡ Que la peste te lleve!

MNESÍLOCO.-... una acarniense enterró a su padre.

MUJER PRIMERA.-¿Hay paciencia para oír semejantes cosas?

MNESÍLOCO.-Ni que habiendo parido tu esclava un varón te lo apropiaste, entregándole tu hija, en cambio.

MUJER PRIMERA.-Por las dos diosas, que esto no lo dejo yo pasar; te voy a arrancar el pelo.

MNESÍLOCO.-¡No me tocarás, por Zeus!

MUJER PRIMERA.-*(Dándole una bofetada.)* ¡Toma!

MNESILOCO.-*(Contestándole con otra.)* ¡Toma tú!

MUJER PRIMERA.-Sostén mi mano, Filista.

MNESÍLOCO.-Acércate, si te atreves, y por Artemis que...

MUJER PRIMERA.-¿Qué harás tú?

MNESÍLOCO.-Te haré expulsar por el ano la torta de sésamo que has comido.

CORO.-¡Basta de pelea! Ahí veo una mujer que viene corriendo hacia aquí. Callad antes de que llegue para es cuchar con sosiego lo que haya de decirnos.

CLÍSTENES (33).-Queridas mujeres, a quienes imito en todo, mis mejillas imberbes demuestran la afeción que os tengo; maniático por vosotras, estoy siempre dispuesto a defenderos. Hace un instante he oído hablar en el Agora de un negocio importantísimo que os concierne, y vengo a revelároslo, y al propio tiempo a aconsejaros toméis las precauciones necesarias para que no os coja desprevenidas un asunto de excepcional gravedad.

(33) Aristófanes siempre representa a Clístenes como el más afeminado de los atenienses.

EL CORIFEO.-¿Qué hay, pequeño mío? Tienes tan tersas las mejillas, que bien puedo llamarte así.

CLÍSTENES.-Dicen que Eurípides ha enviado hoy aquí mismo a un anciano, pariente suyo, para que se entere de vuestras deliberaciones y le tenga al corriente de vuestros proyectos.

CORO.-Pero ¿cómo no hemos conocido a ese hombre, entre las mujeres?

CLÍSTENES.-Eurípides le ha quemado y afeitado los pelos, y lo ha

disfrazado completamente de mujer.

MNESÍLOCO.-¿Cómo creer semejante cosa? ¿Habrá hombre tan estúpido que se deje depilar de esa manera? Yo no lo creo, venerandas diosas.

CLÍSTENES.-¿Qué sabes tú? Yo no hubiera venido a denunciarlo si no lo hubieran dicho personas bien informadas.

EL CORIFEO.-¡Terrible noticia! Ea, mujeres, no perdamos un momento; registremos, busquemos a ese hombre y veamos dónde ha podido ocultarse. Ayúdanos tú, Clístenes, y te estaremos doblemente agradecidas, querido defensor.

CLÍSTENES.-*(A una cuarta mujer.)* Pues manos a la obra. ¿Quién eres tú, para empezar?

MNESÍLOCO.-¿Dónde me meteré?

CLÍSTENES.-Va a ser preciso que os reconozca a todas.

MNESÍLOCO.-*(Aparte.)* ¡Ay, grandes dioses!

MUJER CUARTA.-¿Qué quién soy? La mujer de Cleónimo.

CLÍSTENES.-¿Conocéis a esta mujer?

CORO.-La conocemos muy bien; pasa a otras.

CLÍSTENES.-¿Y esa que lleva un niño en brazos?

MUJER CUARTA.-Mi nodriza, por Zeus.

MNESÍLOCO.-¡Estoy perdido! *(Hace un movimiento para huir.)*

CLÍSTENES.-*(A Mnesíloco.)* ¡Eh, tú! ¿Adónde vas? Quieta en tu puesto. ¿Qué te pasa?

MNESÍLOCO.-Déjame ir a orinar.

CLÍSTENES.-Eres una impúdica. Anda, aquí te aguardo.

CORO.-Aguárdala y no la pierdas de vista; es la única a la que no conocemos.

CLÍSTENES.-*(A Mnesíloco.)* Mucho tiempo llevas orinando.

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus, amigo mío. Ayer comí berros, y tengo la vejiga repleta.

CLÍSTENES.-¿Qué cuento es ese? Ven acá pronto.

MNESÍLOCO.-¡Ah, no arrastres así a una pobre enferma!

CLÍSTENES.-Responde: ¿quién es tu marido?

MNESÍLOCO.-¿Mi marido? ¿Conoces en Cotócides a cierto individuo ... ?

CLÍSTENES.-¿A cierto ... ? ¿Pero quién?

MNESÍLOCO.-¿A aquel a quien cierto día, el hijo de cierto...?

CLÍSTENES.-¿Has venido aquí antes de ahora?

MNESÍLOCO.-Sí, por Zeus, todos los años.

CLÍSTENES.-¿Cuál es tu compañera de tienda? (34)

MNESÍLOCO.-Es una cierta ... ¡Ay de mí!

CLÍSTENES.-¿No aciertas a contestar?

MUJER PRIMERA.-*(A Clístenes.)* Aparta; deja que yo le haga ahora varias preguntas sobre las ceremonias sagradas de! año pasado. Retírate, porque, como eres hombre, no debes oírlas. Dime *(A Mnesíloco)*: ¿cuál fue la primera ceremonia que hicimos?

MNESÍLOCO.-¿La primera dices? Beber.

MUJER QUINTA.-¿Y la segunda, después de esa?

MNESÍLOCO.-Brindar.

MUJER QUINTA.-Te lo habrá dicho alguno. ¿Y la tercera?

MNESÍLOCO.-Jenila pidió una palangana, porque no había orinal.

MUJER QUINTA.-Perfecto. Ven acá, Clístenes; el hombre de quien nos hablabas es éste.

CLÍSTENES.-¿Qué he de hacer?

MUJER QUINTA.-Desnúdalo, pues contesta mal a todo.

MNESÍLOCO.-¡Cómo! ¿Os atreveréis a desnudar a una madre de nueve hijos?

CLÍSTENES.-Desabróchate pronto el ceñidor, desvergonzada.

MUJER PRIMERA.-¡Qué fuerte y robusta parece! Pero, por Zeus, no tiene pechos como nosotras.

MNESÍLOCO.-Es que soy estéril, y nunca estuve encinta.

MUJER PRIMERA.-¿Ahora con ésas? ¿Pues no decías hace un momento que tenías nueve?

CLÍSTENES.-Mantente derecho. ¿Eso que veo ahí no es una verga?

MUJER PRIMERA.-¡Y cómo le sobresale! ¿Y qué buen color tiene!

CLÍSTENES. A ver, a ver..

(34) Durante las fiestas de Deméter las mujeres se alojaban de dos en dos en tiendas levantadas junto al templo de la diosa.

MUJER PRIMERA.-Ahora se le ve por delante.

CLÍSTENES.-No, ya no está de este lado.

MUJER PRIMERA.-Es que se la ha colocado otra vez hacia atrás.

CLÍSTENES.-Lo que tienes ahí, buen hombre, es una especie de istmo. Tu miembro da más viajes de ida y vuelta que los corintios.

MUJER PRIMERA.-¡Ah, miserable! Nos estuvo llenando de injurias para defender

a Eurípides.

MNESÍLOCO.-¡En buen berengenal me he metido!

MUJER PRIMERA.-Pero veamos lo que hemos de hacer con él.

CLÍSTENES.-Guardarlo bien para que no se nos escape. Me voy para informar a los Pritáneos de lo ocurrido.

EL CORO. Encendamos las lámparas; quitémonos los mantos y, ceñida al cuerpo la túnica de una manera viril, veamos si por casualidad (35) ha entrado otro hombre, y registremos todo el Pnix (36), las tiendas y las bocacalles. ¡Ea!, partamos con pie ligero y examinémoslo todo sin chistar; correr es lo que importa; no hay tiempo que perder; empecemos por hacer la ronda con la mayor actividad. ¡Ea!, registra, explora todos los rincones para ver si se oculta algún otro traidor. Dirige la vista en derre dor, a la derecha, a la izquierda, a todas partes; que nada escape a tu mirada perspicaz. El impío a quien sorprendamos sufrirá un castigo severo para escarmiento de insolentes criminales y sacrílegos. Reconocerá que hay dioses y enseñará a los demás hombres a venerarlos a honrarlos como es debido, a obedecer a las leyes y a practicar la virtud. Si no lo hacen, oigan la pena que los aguarda: todo hombre reo de sacrilegio, inflamado por su rabia y loco de furor, será para las mujeres y los mortales un ejemplo viviente de que la venganza del cielo cae sin tardanza sobre los impíos.

EL CORIFEO.-Ya creemos haberlo registrado todo perfectamente; no hallamos ningún otro hombre oculto entre nosotras.

MUJER PRIMERA.-(A Mnesíloco que le ha cogido a su hijo.) ¡Eh!, ¡eh! ¿Adónde huyes? ¡Detente! Oh, desdichada, desdichada de mí! Se escapa después de haberme arrebatado mi hijo del pecho.

(35) Estas pesquisas eran un motivo para que el coro ejecutase las danzas de costumbre.

(36) Nombre de la plaza donde tenían lugar las asambleas populares aplicado aquí al templo de Deméter como apelativo de todo punto de reunión.

MNESÍLOCO.-Grita cuanto quieras; pero éste no vuelve a mamar, mientras no me soltéis; aquí mismo le abriré las venas con este cuchillo, y su sangre rociará el altar. (37)

MUJER PRIMERA.-¡Oh, desdichada de mí! ¡Socorredme, amigas mías; aterrad con vuestros gritos a ese monstruo; arrebatadle su presa; no permitáis que me prive de mi único hijo!

EL CORO.-¡ Oh, Parcas venerandas! ¿Qué nuevo atentado es éste? Jamás he visto tanta audacia ni tanta desvergüenza. ¡Qué nuevo crimen ha perpetrado, amigas! ¡Qué nuevo crimen!

MNESÍLOCO.-Ahora veréis cómo sé reprimir vuestras insolencias.

EL CORO.-¿No es esto el colmo de la monstruosidad?

MUJER PRIMERA.-Es monstruoso, en verdad, que me haya arrebatado mi pequeño.

EL CORO.-No hay palabras para calificar tal desvergüenza.

MNESÍLOCO.-Pues aún no he concluido.

MUJER PRIMERA.-Lo que es seguro es que no volverás a los lugares de donde viniste y no te escaparás fácilmente de aquí para ir jactándote de haberte fugado después de semejante delito; y que serás castigado.

MNESÍLOCO.-Conjuro a los dioses para que tal cosa no suceda jamás.

EL CORO.-¿Y qué dios, entre los inmortales, vendrá en socorro de un hombre tan impío como tú?

MNESÍLOCO.-Vuestros gritos son inútiles; no soltaré al niño.

EL CORO.-Por las dos diosas, tampoco te burlarás impunemente de nosotras ni dirás más impiedades. Te devolveremos mal por mal, como es justo. La fortuna, pronto pasa a ser adversa.

EL CORIFEO.-*(Al Coro.)* Anda con esas mujeres; trae la leña tiara quemar a este malvado y asarlo vivo sin pérdida de tiempo.

MUJER PRIMERA.-Vamos a buscar sarmientos, Mania. *(A Mnesíloco.)* Hoy te convierto en carbón.

MNESÍLOCO.-Asad, quemad. Y tú *(dirigiéndose al niño)*, pobre criaturilla, quítate pronto ese vestidito cretense, (38) y no acuses de tu muerte a ninguna otra mujer más que a tu madre. Mas ¿qué veo? *(Desnudando al niño.)* El niño se ha convertido en un odre lleno de vino con zapatitos pérsicos. ¡Oh, perdularias que no pensáis más que en beber! ¡Providencia de los taberneros y peste de los maridos! ¡Polilla de nuestras telas y ajuares!

(37) El altar de Démeter junto al cual se ha refugiado Mnesíloco.

(38) Vestidito corto y de tela ligera.

MUJER PRIMERA.-Trae muchos sarmientos, Mania.

MNESÍLOCO.-Sí, tráelos. Pero contéstame: ¿Dices que has dado a luz esto?

MUJER PRIMERA.-Sí; y lo llevé diez meses.

MNESÍLOCO.-¿Que lo llevaste tú?

MUJER PRIMERA.-Sí, por Artemis.

MNESÍLOCO.-¿Y qué cabida tiene? ¿Unas tres cótilas?

MUJER PRIMERA.-¿Qué has hecho, miserable? ¿Has desnudado a una criatura tan pequeñita?

MNESÍLOCO.-¿Tan pequeñita?

MUJER PRIMERA.-Cierto que es pequeña.

MNESÍLOCO.-¿Pues cuántos años tiene? ¿Cuántas veces ha visto la fiesta de copas? (39) ¿Tres o cuatro?

MUJER PRIMERA.-Eso es aproximadamente, más el tiempo transcurrido desde las últimas Dionisiacas. Devuélvemelo.

MNESÍLOCO.-No, por Apolo, aquí presente.

MUJER PRIMERA.-Pues irás a la hoguera.

MNESÍLOCO.-Perfectamente: quemadme y lo estrangulo.

MUJER PRIMERA.-¡Oh, no, por piedad! Prefiero que me hagas a mí todo el mal que quieras.

MNESÍLOCO.-Me pareces una buena madre; sin embargo, lo reviento. (Revienta el odre)

MUJER PRIMERA.-¡Hijo de mi corazón! Dame un vaso, Manía, para que, al menos, ceda recoger su sangre.

MNESÍLOCO.-Ponlo debajo; te concedo esa gracia. (Desata el pellejo y corre el vino.)

MUJER PRIMERA.-¡Que el cielo te confunda monstruo feroz e implacable! Esta piel pertenece a la sacerdotisa. (40)

MUJER SEGUNDA.-¿Qué es lo que pertenece a la sacerdotisa?

MNESÍLOCO.-Tómalo. (Le arroja el vestido que envolvía el odre.)

EL HERALDO.- (A la Mujer Primera.) ¿Quién te ha quitado tu hijo? ¿Quién te ha arrebatado esa querida criatura?

MUJER PRIMERA.-Ese miserable. Ya que estás aquí, guárdalo bien, mientras que yo voy con Clístenes a denunciar sus crímenes a los Pritáneos.

(39) La fiesta de las copas y las Dionisiacas estaban consagradas a Dionysos; por eso prefiere Mnesíloco estas solemnidades a otras para enterarse de la edad del pellejo de vino.

(40) El vestidillo cretense. Según el rito, la piel de la víctima pertenecía al sacrificador.

MNESÍLOCO.-Veamos: ¿qué medio tendré para salvarme? ¿Qué tentativa? ¿Qué estratagema? El autor de todos mis males, el que me metió en este desventurado negocio, no se presenta todavía. ¿Cómo podré enviarle un aviso? ... ¡Ah!, Palamedes (41) me enseña un expediente ingenioso. Escribiré, como él, mi infortunio en un remo, y lo arrojaré al mar. Pero aquí no hay remos. ¿Dónde podré encontrarlos? ¿Dónde? ¡Qué idea! ¿Si hiciese astillas esas estatuas y escribiese en ellas como si fuesen remos? ... Si, será mucho mejor. Al fin, estatuas y remos todo es madera. Ea, manos mías, emprended la obra de salvación. Tablillas pulimentadas, nuncios de mi infortunio, aprestaos a recibir las huellas del estilo. ¡Oh, qué R tan fea! ¿Adónde va a

parar? Partid ya en todas direcciones; apresuraos, tablillas mías, que mi necesidad es apremiante.

(Lanza las tablillas y va a sentarse para esperar a Eurípides.)

(41) Título de una tragedia de Eurípides. En ella Eax, hermano de Palamedes, escribe la muerte de éste sobre unos remos y los arroja al mar, esperando que alguno de ellos llegará a poder de su padre Nauplio, y le hará saber la triste noticia.

EL CORO.-Volvámonos hacia los espectadores para cantar nuestras propias alabanzas, aunque todo el mundo hable mal de nosotras y nos llame peste del género humano y causa de cuantos pleitos, riñas, sediciones, guerras y pesares existen. Pero decidnos: si somos una peste, ¿por qué os casáis con nosotras? Si somos una peste, ¿por qué nos prohibís salir de casa y asomarnos a las ventanas? Si somos una peste, ¿por qué sale vuestra mujer y no la encontráis en casa os enfurecéis como energúmenos, en vez de regocijaros y dar gracias a los dioses de que la peste haya abandonado vuestro hogar y de que os encontréis ya libres de huésped tan enojoso? Si cansadas de jugar nos dormimos en casa de una amiga, en seguida vais a buscar a vuestra peste, y rondáis en torno de su lecho. Si nos asomamos a la ventana, todo el mundo se detiene a ver la peste; si, ruborizadas, nos retiramos, aumenta el deseo de que la peste vuelva a presentarse. Está, pues, fuera de duda que somos mucho mejores que vosotros, como lo prueba el más ligero examen. Comparemos, si no, los dos sexos, y veamos cuál es peor: vosotros decís que el nuestro y nosotras que el vuestro. Examinémoslos y pongámoslos en parangón, oponiendo uno a uno, hombres y mujeres. Carmino (42) es inferior a Nausímaca; los hechos son elocuentes. Cleofón (43) está muy por debajo de Salabacca. Con Aristómaca, la heroína de Maratón, ni con Estratónice (44), hace mucho tiempo que nadie se atreve a contender.

Entre los senadores que el año último abandonaron a otros sus cargos, ¿habrá alguno que pueda compararse con Eubula? (45) Ni ellos mismos se atreverían. Podemos, pues, gloriarnos de ser mucho mejores que los hombres. Tampoco se ve a ninguna mujer pasearse por la ciudad en un carro magnífico después de haberle robado cincuenta talentos al Tesoro; nuestros mayores hurtos son de un poco de trigo a nuestro esposo y para eso se lo devolvemos en el mismo día. ¿Cuántos de vosotros pudiéramos señalar que hacen otro tanto y que son también más glotones que nosotras, y chocarreros y ladrones de vestidos y de esclavos? ¿Cuántos que ni siquiera saben cómo las mujeres conservan la herencia paterna? Nosotras, en efecto, tenemos todavía nuestros cilindros, nuestras lanzaderas, nuestros canastillos y quitasoles; al paso que muchos de nuestros maridos han perdido unos sus lanzas, el asta y el hierro y a la vez, y otros han arrojado en el combate sus escudos.

Muchísimos cargos podemos hacer las mujeres a los hombres, pero sólo mencionaremos el más grave de todos. Era justo que cuando una de nosotras diera a luz un ciudadano útil, un taxiarco (46) o un estratega (47), fuese honrada con alguna distinción, como por ejemplo, la

de ocupar el primer puesto en las Estenias (48), las Esciras (49) y otras fiestas que solemos celebrar. Por el contrario, la madre de un ciudadano cobarde e inútil, de un trierarca holgazán o de un piloto torpe, debería colocarse con el cabello cortado detrás de la que dio a luz un hombre valeroso. Porque, decidme, ciudadanos, ¿no es injusto que junto a la madre de Lámaco (50) se sienta la de Hipérbolo (51) vestida de blanco y flotante el cabello y que siga prestando a usura, cuando sus deudores, en vez de pagarle el interés, debieran decirle llevándose el dinero: « ¡Vaya que no eres digna de que se te pague después de habernos parido tal alhaja! »»

(42) General derrotado en una batalla naval, cerca de la isla Sime, contra el lacedemonio Astioco. Aristófanes lo opone a Nausímaca, nombre de una cortesana, escogido de intento, por significar, combate naval.

(43) General detestable y mal reputado. Era uno de los demagogos más influyentes, y acérrimo partidario de la guerra. Salabacca era una cortesana.

(44) Nombres alegóricos para indicar la decadencia de las armas atenienses. Aristómaca designa la gloriosa batalla de Maratón; y Estratónice, vale tanto como victoria del ejército.

(45) Otro nombre alegórico forjado para poner de relieve la desacertada conducta de los senadores que cedieron ante el gobierno de los Cuatrocientos y permitieron la abolición de la democracia.

(46) El taxiarco mandaba ciento veinticinco hombres, y era el jefe del batallón que suministraba cada tribu.

(47) Llamábase así al que mandaba un cuerpo de ejército.

(48) Fiestas que se celebraban en memoria de la vuelta de Deméter.

(49) Fiestas llamadas así del dosel bajo el cual eran llevadas procesionalmente las estatuas de Atenea, Deméter, Perséfone, Apolo y Poseidón.

(50) El mismo general de quien Aristófanes se burló en Los Acarnienses por su afición a la guerra. Aquí le hace ya justicia.

(51) El demagogo, sucesor de Cleón, tantas veces atacado por Aristófanes.

MNESÍLOCO.-Me he quedado bizco de tanto mirar a ver si viene y Eurípides no aparece. ¿Quién se lo impedirá? ¡Ah! Sin duda se avergüenza del frío Palamedes. ¿Con qué otro drama le atraeré? ¡Ya di en ello! Voy a imitar su reciente Helena. Tengo un vestido de mujer completo.

MUJER SEGUNDA.-¿Qué intentas ahora? ¿Qué miras? Me parece que te arrepentirás de tu Helena si no te estás quieto hasta que venga un Pritáneo.

MNESÍLOCO.-*(Imitando a Helena.)* Este es el Nilo, célebre por la hermosura de sus Ninfas: sus aguas, sustituyendo al agua del cielo, riegan los campos del blanco Egipto que alimentan a sus habitantes con la negra sirmea. (52)

MUJER SEGUNDA.-¡Por la luciente Hécate! Eres un saco de maldades.

MNESÍLOCO.-Mi patria no carece de gloria; vi en Esparta la luz y Tíndaro es mi padre.

MUJER SEGUNDA.-¡ Tíndaro tu padre, granuja! Mejor dirás Frimondas. (53)

MNESÍLOCO.-Me llamo Helena.

MUJER SEGUNDA.-¿Vuelves a fingirte mujer sin haber sufrido todavía el castigo por el primer disfraz?

MNESÍLOCO.-*(Mismo juego.)* Y numerosos héroes, a orillas del Escamandro, murieron por mi causa.

MUJER SEGUNDA.-¡Así te hubieras muerto tú también!

MNESÍLOCO.-Y yo me encuentro aquí, en tanto que mi esposo, ¡oh infeliz Menelao! no vuelve todavía... ¿Por qué estoy aún con vida?

MUJER SEGUNDA.-Por culpa de los cuervos.

MNESÍLOCO.-¿Pero qué dulce presentimiento hace palpitar mi corazón? ¡Oh Zeus, no burles mi esperanza! *(Aquí Eurípides entra en escena disfrazado de Menelao náufrago.)*

EURÍPIDES.-¿Quién es el dueño de estas soberbias mansiones? ¿Acogerá a unos náufragos extranjeros, que han sufrido sobre las olas del mar todos los horrores de la borrasca?

MNESÍLOCO.-Este es el palacio de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¿De qué Proteo? Por las dos diosas que mientes puesto que Proteo murió hace diez años (54)

EURÍPIDES.-¿En qué país ha abordado mi nave?

MNESÍLOCO.-En Egipto.

(52) Todos los pasajes impresos en cursiva están tomados de la Helena, de Eurípides.

(53) Ateniense de mala reputación.

(54) La mujer cree que se trata de Proteas, general ateniense.

EURÍPIDES.-¡Oh infortunado! ¡Adónde nos arrojó la tempestad!

MUJER SEGUNDA.-¿Cómo puedes creer las fábulas que te cuenta ese perdulario? Aquí estás en el Tesmoforión.

EURÍPIDES. ¿Está Proteo en su palacio, o se halla ausente?

MUJER SEGUNDA.-De seguro que estás mareado todavía. Acabas de oír que Proteo ha muerto, y preguntas si está o no en su palacio.

EURÍPIDES.-¡Ay, sí, murió! ¿Dónde reposan sus cenizas?

MNESÍLOCO.-Su tumba está aquí; estamos sentados en ella.

MUJER SEGUNDA.-Así perezcas miserablemente, y perecerás, por atreverte a llamar una tumba a este altar.

EURÍPIDES.-¿Y por qué, extranjera, estás sentada sobre ese monumento mortuario envuelta en fúnebre ropaje?

MNESÍLOCO.-Quieren obligarme a unir mi destino al del hijo de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¿Por qué engañas de nuevo a ese extranjero, miserable? (A Eurípides.) Este individuo es un bribón que se ha metido entre las mujeres para robarnos las joyas.

MNESÍLOCO.- (A la Mujer Segunda.) Ladra y arrójame tus reproches a la faz.

EURÍPIDES.-Extranjera, ¿quién es la vieja que te insulta?

MNESÍLOCO.-Es Teonoe, la hija de Proteo.

MUJER SEGUNDA.-¡No, por las dos diosas! Que yo soy Crítíla, hija de Antíteo, natural de Gargetes y tú, (a Mnesíloco) un canalla.

MNESÍLOCO.-Inútiles palabras; jamás me casaré con tu hermano; jamás seré infiel a Menelao, mi esposo, que combate bajo los muros de Troya.

EURÍPIDES.-¡Mujer!, ¿qué has dicho? Vuelve hacia mí tus ojos.

MNESÍLOCO (apartándose el velo de la cara).-Mis ultrajadas mejillas me lo impiden.

EURÍPIDES.-¿Qué veo? La voz se ahoga en mi garganta... ¡Dioses! ¿Qué facciones contemplo? Mujer, ¿quién eres?

MNESÍLOCO.-Y tú, ¿quién eres? Mi sorpresa iguala a la tuya.

EURÍPIDES.-¿Eres griega o indígena?

MNESÍLOCO. Griega, pero yo también anhelo saber tu patria.

EURÍPIDES.-Veo, oh mujer, que te asemejas a Helena.

MNESÍLOCO.-Y tú, a Menelao, a lo menos en esos ... perifollos. (55)

EURÍPIDES.-El mismo; yo soy aquel mortal infortunado.

MNESÍLOCO.-¡Oh! ¡Cuánto has tardado en venir a los brazos de tu esposa! Estréchame contra tu corazón, esposo mío; ciñe mi cuello con tus manos; déjame que te bese. Pronto, pronto, arráncame de estos funestos lugares.

MUJER SEGUNDA.-¡Pobre del que te lleve! Le sacudiré con esta antorcha.

EURÍPIDES. ¿Me prohibes que me lleve a la ciudad de Esparta a mi esposa, a la hija de Tíndaro?

MUJER SEGUNDA.-Tú me vas pareciendo también un redomado bribón, cómplice de ese otro canalla. No sin razón hablabais tanto de Egipto. (56) Pero ése a lo menos tendrá su merecido porque ya llegan el Pritáneo y el arquero.

EURÍPIDES.-Esto se complica. Habré de zafarme.

MNESÍLOCO.-¿Y qué haré yo, infeliz de mí?

EURÍPIDES.-Tranquilízate. Mientras me quede un soplo de vida, no te desampararé, a menos que mis infinitos ardides me abandonen.

(Se va.)

MNESÍLOCO.-¡Trabajo perdido! No ha caído nada en mi anzuelo.

EL PRITÁNEO.-¿Es ése el bribón que nos ha denunciado Clístenes? ¡Eh, tú, no te escondas! Arquero, átales a ese poste y sujétalo bien; encárgate de su guarda y no permitas que nadie se le acerque: si alguno se aproxima hazle huir a la tigazos.

MUJER SEGUNDA.-Excelente orden; pues hace un instante por poco se me lo lleva otro bribón.

MNESÍLOCO.-¡Oh Pritáneo! Por esa diestra que tiendes de tan buena gana cuando alguno te ofrece dinero, concédeme una pequeña gracia, ya que voy a morir.

EL PRITÁNEO.-¿Qué gracia?

MNESÍLOCO.-Manda al arquero que me desnude antes de atarme al poste, para que este pobre viejo no cause risa con su túnica amarilla y su mitra a los mismos cuervos que se lo han de comer.

EL PRITÁNEO.-El Senado ha dispuesto que te exponga con ese traje para que los transeúntes se enteren de tu delito.

MNESÍLOCO.-¡Oh maldito disfraz, a qué extremo me reduces! ¡Ya no tengo esperanza de salvación!

(55) Verso parodiado en su última palabra para aludir al oficio de la madre de Eurípides.

(56) La palabra griega significa también «emplear astucias», porque los egipcios tenían fama de pérfidos.

EL CORIFEO.-¡Ea, divirtámonos, como es costumbre de las mujeres cuando celebramos los misterios de las diosas en estos festivos días que Pauson (57) santifica con ayunos, rogando a las dos venerables que los multipliquen en consideración a su persona.

EL CORO.-Lanzaos con pie ligero; formad ruedas; enlazad vuestras manos; saltad acompasadamente con vivos y cadenciosos movimientos; girad los ojos en torno y mirad a todas partes. Al propio tiempo celebre el Coro, con transportes de religiosa alegría, a la raza de los Dioses Olímpicos. ¡Cuán engañado está quien se imagine que, porque soy mujer, voy a hablar mal de los hombres en este santuario! Sólo tratamos de ejecutar por primera vez como el baile lo exige, una armoniosa rueda. Partid, cantando al dios de la sonora lira y a la casta deidad armada del arco. (58) ¡Salve, Apolo de rápidas flechas, danos la victoria! Tributemos un justo homenaje a Hera, directora de todas las danzas, guarda de las llaves del dulce himeneo.

Hermes dios de los pastores. Pan, y vosotras, amadas Ninfas, conceded a los coros una

sonrisa benévola. Ea partamos con nuevos bríos y animémonos con vivos palmoteos. Divirtámonos oh mujeres, según es costumbre, y guardemos absoluto ayuno. Vuélvete ahora hacia ese otro lado; marca el compás con el pie y entona variados cánticos. Guíanos tú, Dionysos, coronado de hiedra, pues en mis cantos y danzas te celebro a ti. ¡Oh Evio! ¡Oh Bromio, (59) hijo de Semele, que te complaces en mezclarte en las montañas a los coros de las amables Ninfas concluyendo tus himnos con el alegre ¡Evios! ¡Evios! ¡Evoe! Eco, la Ninfa del Citerón, repite tus acentos, que resuenan bajo las opacas bóvedas del espeso follaje, y entre los peñascos de la selva; en torno de ti la hiedra enlaza sus ramos, cargados de flores.

(Mientras que el Coro se retira al fondo de la orquesta, llega el Arquero con su prisionero atado a un poste.)

EL ARQUERO.-Vas a pasar la pena negra aquí, al aire libre (60)

MNESÍLOCO.-Arquero, yo te suplico ...

EL ARQUERO.-No me supliques.

(57) Hombre arruinado, cuya miseria le obliga a ayunar más a menudo de lo que quería.

(58) Es decir, Apolo y Artemis.

(59) Otro sobrenombre de Dionysos

(60) El arquero, como escita, se expresa en un griego lleno de barbarismos y que dan lugar a unos efectos cómicos imposibles de traducir.

MNESÍLOCO.-Afloja un poco la argolla.

EL ARQUERO.-Eso es; voy a hacerlo.

MNESÍLOCO.-¡Ay! ¡Ay! La aprietas más.

EL ARQUERO.-¿Quieres más todavía?

MNESÍLOCO.-¡Ay, ay! ¡Así perezcas miserablemente!

EL ARQUERO.-Cállate, maldito viejo. Voy a traer una estera, para guardarte con más comodidad.

MNESÍLOCO.-¡Estos son los placeres que tengo que agradecer a Eurípides! (Eurípides se asoma a escena disfrazado de Perseo; Mnesíloco le ve.) Pero, ¡oh dioses y Zeus salvador!, aún tengo esperanzas. Parece que no piensa abandonarme... Perseo al desaparecer me indicó disimuladamente que me fingiese Andrómeda; (61) ya estoy atado como aquella princesa infeliz. No hay duda de que vendrá a salvarme; de otro modo no hubiera huido volando. (62)

EURÍPIDES.-(Fingiéndose Perseo.) Ninfas amadas, si pudiera acercarme sin que el escita me viera ... ¿Me oyes tú, moradora de los antros? (63) En nombre del pudor, permíteme

acercarme a mi esposa.

MNESÍLOCO.-*(Que unas veces habla por cuenta propia y otras fingiéndose Andrómeda.)* ¡Un implacable verdugo ha encadenado al más infeliz de los mortales! Logré escapar a duras penas de aquella repugnante vieja, y caí en un nuevo infortunio: ese escita no se aparta de mi lado; desprovisto de toda defensa, voy a servir de banquete a los cuervos. ¿Lo veis? Ya no tomo parte en los coros de las doncellas, ni llevo el cestillo de los sufragios; cargada de prisiones, me veo expuesta a la voracidad de la ballena Gláucetes. ¡Mujeres, deplorad mi suerte con el himno de la esclavitud y no con el del himeneo! ¡Ay, y cómo me agobian infortunios! ... ¡Infeliz de mí ... e infeliz por mis parientes! Presa de tormentos injustos, mis ayes son capaces de arrancar torrentes de lágrimas al insensible Tártaro. ¡Ay!, ¡ay!, socórreme, autor de mis males tú que me afeitaste primero y me enviaste después vestido con túnica amarilla al templo donde estaban reunidas las mujeres. ¡Oh hado inexorable! ¡Oh cruel destino! ¿Quién podrá ver sin conmovirse mi espantosa desdicha? ¡Ojalá el astro incendiario del Eter pueda consumir la pérdida del miserable que soy! Porque ya no me es grato contemplar la eterna luz desde que colgado, estrangulado, loco de dolor, desciendo por el camino más corto a la mansión de los muertos.

(61) Título de una tragedia de Eurípides, uno de cuyos personajes es Perseo.

(62) Perseo volvía del país de las Gorgonas, volando sobre el caballo Pegaso, cuando distinguió encadenada a un escollo a Andrómeda, expuesta a la voracidad de un monstruo marino. Conmovido por su desgracia, petrificó al monstruo, presentándole la cabeza de Medusa, y libertó a la infeliz princesa, con la cual se casó.

(63) Implora a la ninfa Eco.

EURÍPIDES.-*(Fingiéndose la ninfa Eco.)* ¡Salud, hija querida! ¡Que los dioses hagan perecer miserablemente a tu padre Cefeo, (64) por haberte expuesto de tal modo!

MNESÍLOCO.-*(Fingiéndose Andrómeda.)* ¿Quién eres tú, que así te compadeces de mis males?

EURÍPIDES.-Soy Eco, la ninfa que repite fielmente todas las voces; la misma que el año pasado presté en este lugar mi eficaz ayuda a Eurípides (65) Pero, hija mía, lo que tú debes hacer es representar tu papel y llorar tristemente.

MNESÍLOCO.-Y tú, repetir mis gemidos.

EURÍPIDES.-Así lo haré; pero eres tú quien ha de empezar.

MNESÍLOCO.-¡Oh noche sagrada! ¡Cuán larga es tu carrera! ¡Cuán lento rueda tu carro por la estrellada bóveda de los cielos y el venerado Olimpo!

EURÍPIDES.-Olimpo.

MNESÍLOCO.-¿Por qué a Andrómeda le han tocado con preferencia todos los males en suerte?

EURÍPIDES.-En suerte.

MNESÍLOCO.-¡Muerte mísera!

EURÍPIDES.-¡Muerte mísera!

MNESÍLOCO.-Me asesinas, vieja charlatana.

EURÍPIDES.-Vieja charlatana.

MNESÍLOCO.-Me crispas con tus interrupciones. Es demasiado.

EURÍPIDES. Demasiado.

MNESÍLOCO.-Deja que siga lamentándome solo. Basta ya.

EURÍPIDES.-Basta ya.

MNESÍLOCO.-¡Vete al infierno!

EURÍPIDES.-¡Vete al infierno!

MNESÍLOCO.-¡Qué peste!

EURÍPIDES.-¡Qué peste!

MNESÍLOCO.-¡Qué necedad!

EURÍPIDES.-¡Qué necedad!

(64) Rey de Etiopía. Vióse obligado a exponer a su hija Andrómeda para aplacar las iras de Poseidón, que había inundado su reino y enviado un monstruo marino para devastarlo.

(65) Al representar una tragedia en la cual Eco era uno de los personajes.

MNESÍLOCO.-Lo vas a sentir.

EURÍPIDES.-Lo vas a sentir.

MNESÍLOCO.-Y te va a doler.

EURÍPIDES.-Y te va a doler.

EL ARQUERO.-¡Eh, tú! ¿Qué charlas?

EURÍPIDES.-¡Eh, tú! ¿Qué charlas?

EL ARQUERO.-Llamaré a los Pritáneos.

EURÍPIDES.-Llamaré a los Pritáneos.

EL ARQUERO.-¡Es extraño!

EURÍPIDES.-¡Es extraño!

EL ARQUERO.-¿De dónde sale esa voz?

EURÍPIDES.-¿De dónde sale esa voz?

EL ARQUERO.-¿Hablas tú?

EURÍPIDES.-¿Hablas tú?

EL ARQUERO.-¡Cuidado!

EURÍPIDES.-¡Cuidado!

EL ARQUERO.-¿Te burlas de mí?

EURÍPIDES.-¿Te burlas de mí?

MNESÍLOCO.-Yo no, por Zeus; es esa mujer que está junto a ti.

EURÍPIDES.-Que está junto a ti.

EL ARQUERO.-No te escaparás.

EURÍPIDES.-No te escaparás.

EL ARQUERO.-¿Qué murmuras aún?

EURÍPIDES.-¿Qué murmuras aún?

EL ARQUERO.-Coged a esa bribona.

EURÍPIDES.-Coged a esa bribona.

EL ARQUERO.-¡ Gárrula y maldita mujer;

EURÍPIDES.-*(Fingiéndose Perseo.)* ¡Oh, dioses! ¿A qué bárbara región me ha traído mi rápido vuelo? Yo soy Perseo, que, surcando el Eter con mis alados pies, me encamino a Argos llevando la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.-¿Qué dices? ¿Estás hablando de la cabeza de Gorgo el escribano?

EURÍPIDES.-He dicho la cabeza de la Gorgona.

EL ARQUERO.-Pues bien, de Gorgo.

EURÍPIDES.-*(Declamando.)* ¡Ah! ¿Qué veo? ¿Una doncella semejante a las diosas encadenada a ese escollo como un navío en el puerto?

MNESÍLOCO.-*(Declamando.)* Extranjero, ten piedad de esta mísera, desata mis cadenas.

EL ARQUERO.-Cállate. ¡Habrás audacia como la suya; ¡Está para morir y aún charla!

EURÍPIDES.-¡Oh, doncella! Muéveme a compasión el verte encadenada.

EL ARQUERO.-Si no es doncella; es un viejo zorro, ladrón y canalla.

EURÍPIDES.-No desbarres, escita; ésa es Andrómeda, la hija de Cefeo.

EL ARQUERO.-Míralo bien; ¿te parece todavía una doncella?

EURÍPIDES.-Escita, dame la mano para que me acerque a esa joven. Todos los hombres tenemos nuestro flaco; el mío es estar enamorado de esa virgen.

EL ARQUERO.-No te envidio el gusto. Puedes hacer de él lo que quieras, sin que tenga celos.

EURÍPIDES.-¿Por qué no me permites desatarla y arrojarme en los brazos y en el tálamo

de una esposa querida?

EL ARQUERO.-Si tan furiosamente adoras a ese anciano, esa tabla no debe ser obstáculo a tus deseos.

EURÍPIDES.-¡Ah! Voy a soltar sus ligaduras.

EL ARQUERO.-Y yo, a molerte a palos.

EURÍPIDES.-Pues lo haré.

EL ARQUERO.-Pues te cortaré la cabeza con mi espada.

EURÍPIDES.-¡Ay! ¿Qué hacer?, ¿qué razones emplear? Ese bárbaro no las comprendería. Quien a ingenios rudos presenta pensamientos nuevos e ingeniosos, pierde sin fruto el tiempo. Busquemos otro medio apropiado a su condición.

EL ARQUERO.-¡Cómo trataba de engañarme el muy zorro!

MNESILOCO.-No olvides, Perseo, el infortunio en que me dejas.

EL ARQUERO.-Está visto que quieres llevar unos cuantos latigazos.

EL CORO.-Palas, amiga de los coros, yo te invoco obedeciendo al sagrado rito. Ven, casta doncella libre del yugo de himeneo, protectora de nuestra ciudad, única guarda de su poder y de sus puertas. Apareces como enemiga natural de los tiranos; el pueblo de las mujeres te llama; acude en compañía de la Paz, amiga de las fiestas. Vosotras también, diosas augustas, (66) venid benévolas y propicias a vuestro sagrado bosque donde la vista de los hombres no puede escudriñar los sagrados misterios; donde a la luz de las brillantes antorchas mostráis vuestra faz inmortal. Llegad, acer caos, os lo pedimos humildemente, venerandas Tesmóforas. Si alguna vez accediendo a nuestros ruegos, os dignasteis venir, venid ahora también y no desoigáis nuestros votos.

(66) Deméter y Perséfone.

EURÍPIDES.-Mujer, si queréis reconciliaros conmigo, consiento y me comprometo a no hablar mal de vosotras en adelante. Lo declaro con toda solemnidad.

EL CORO.-¿Qué motiva tu proposición?

EURÍPIDES.-El hombre que está atado a ese poste es mi suegro. Sí me lo entregáis, no volveré a hablar mal de vosotras; pero si no accedéis, me propongo denunciar a vuestros maridos a su regreso de la guerra todas vuestras prácticas clandestinas.

EL CORIFEO.-Por lo que a nosotras atañe, quedan aceptadas tus condiciones; pero tienes que persuadir a ese bárbaro. (Por el Arquero.)

EURÍPIDES.-Eso es cuenta mía. (Vuelve disfrazado de vieja, con una bailarina y una tañedora de flauta.) Acuérdate, Elafión,(67) de hacer lo que te he dicho en el camino. Pasa adelante y recógete el vestido. Tú, Teredón toca la flauta al modo pérsico.

EL ARQUERO.-¿Qué significa esa música? ¿Quién trata de excitarme?

EURÍPIDES.- (Disfrazado de vieja.) Arquero esta muchacha necesita ejercitarse, pues tiene que ir a bailar delante de unos hombres.

EL ARQUERO.- Que baile y se ejercite; yo no se lo he de impedir. ¡Qué ágil es! ¡Salta como una pulga en un pellejo de carnero!

EURÍPIDES.- Vamos, hija mía, quítate ese vestido; siéntate en las rodillas del escita, y preséntale los pies para que te descalce.

EL ARQUERO.- Sí, sí siéntate niña mía. ¡Oh, qué pechos tan duros y redondos!

EURÍPIDES.- Toca pronto la flauta. ¿Aún te da miedo el escita?

EL ARQUERO.- ¡Qué bonita y qué gusto tenerte así!

EURÍPIDES.- ¡Orden, amigo mío!

EL ARQUERO.- ¡Pues no quedaría descontenta!

EURÍPIDES.- Bien. (A la bailarina.) Ponte el vestido: ya es hora de marcharnos.

EL ARQUERO.- ¿Sin darme un beso?

EURÍPIDES.- Anda, bésale.

EL ARQUERO.- ¡Ajajá! ¡Qué boquita tan dulce! Ni la miel del Atica. Pero, ¿por qué no ha de tumbarse un rato conmigo?

EURÍPIDES.- Adiós, Arquero; eso no es posible.

EL ARQUERO.- Sí, sí, viejita mía, dame ese placer.

(67) Nombre de la bailarina, alusivo a su ligereza, pues significa cervatillo.

EURÍPIDES.- ¿Me darás tú un dracma?

EL ARQUERO.- Claro que te lo daré.

EURÍPIDES.- Pues venga el dinero.

EL ARQUERO.- No tengo un óbolo; pero toma mi carcaj. Yo te la traeré después. Ven conmigo niña. Tú vigila al viejo, viejita mía. ¿Cómo te llamas?

EURÍPIDES.- Artemisa.

EL ARQUERO.- No se me olvidará: Artamuxia. (Se va con la bailarina.)

EURÍPIDES.- Astuto Hermes, todo sale a pedir de boca. (Al flautista.) Corre, pobre muchacho; corre con la bailarina, mientras yo le desato. Tú, en cuanto te suelte, huye a toda prisa y refúgiate en casa, con tu mujer y tus hijos.

MNESÍLOCO.- Eso es cuenta mía, en cuanto me vea libre.

EURÍPIDES.- Ya lo estás. Ahora huye, antes de que venga el arquero y te sorprenda.

MNESÍLOCO.- Corro rápido. (Se van Eurípides y Mnesíloco.)

EL ARQUERO.-¡Qué hermosa hijita tienes, viejita; ¡Lo más dócil, lo más amable! ... ¿Dónde está la vieja? ¡Ah! ¡Estoy perdido! Y el viejo, ¿dónde está? Vieja viejita mía, eso no está bien hecho. Artamuxia me ha engañado. Lejos de mí, maldito carcaj. Con razón te llaman así; por tí me ha engañado la vieja. ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Dónde está Artamuxa?

EL CORIFEO. ¿Preguntas por una vieja que llevaba una lira?

EL ARQUERO.-Sí, sí. ¿La habéis visto?

EL CORIFEO.-Se marchó de aquí seguida de un anciano.

EL ARQUERO.-¿Un viejo con una túnica amarilla?

EL CORIFEO.-Eso es. Aún podrás alcanzarlos, si los persigues por ahí.

EL ARQUERO.-¡ Maldita vieja; ¿Por dónde han huido? ¡Artamuxia!

EL CORIFEO.-Sube todo derecho. ¿Adónde corres? Vuelve atrás; has tomado la dirección contraria.

EL ARQUERO.-¡Pobre de mí! Seguiré persiguiéndoles. ¡Artamuxia!

EL CORIFEO.-Corre, corre y que un viento propicio te lleve... al infierno. Pero ya es hora de que cesen nuestros juegos y de retirarnos a nuestros hogares. ¡Que las dos Tesmóforas nos testimonien, a su vez, su benevolencia!

Las ranas

Aristofanes

PERSONAJES

JANTIAS

BACO

HERACLES

UN MUERTO

CARONTE

CORO DE RANAS

CORO DE INICIADOS

ÉACO

UNA CRIADA DE PROSERPINA

DOS TABERNERAS

EURÍPIDES

ESQUILO

HADES

[La escena pasa al principio en el camino de Atenas a los Infiernos; después en los Infiernos mismos.]

JANTIAS

¿Diré, dueño mío, alguno de esos chistes de cajón que siempre hacen reír a los espectadores?

BACO

Di lo que se te antoje, excepto el consabido: “No puedo más” (3). Pues estoy harto de oírlo.

JANTIAS

¿Y algún otro más gracioso?

BACO

Con tal que no sea el “estoy hecho pedazos”.

JANTIAS

¿Entonces no he de decir ninguna agudeza?

BACO

Sí, por cierto, y sin ningún temor. Sólo te prohíbo...

JANTIAS

¿Qué?

BACO

Decir, al cambiar el hatillo de hombro, que no puedes aguantar cierta necesidad (4).

JANTIAS

¿Tampoco que si alguno no me alivia de este enorme peso tendré que dar suelta a algún gas? (5)

(3) Alusión a los poetas de poca vis cómica, que usaban chistes triviales y gastados.

(4) Ut cacaturias.

(5) Pedam.

BACO

Nada de eso, te lo suplico: a no ser cuando tengas que vomitar.

JANTIAS

No sé entonces qué necesidad había de echarme al hombro esta carga, para no poder hacer ninguna de aquellas cosas tan frecuentes en Frínico (6), Lucis (7) y Amipsias (8), que siempre introducen en sus comedias mozos de cordel.

BACO

No hagas tal; porque cuando yo me siento entre los espectadores y miro invenciones tan

vulgares, envejezco más de un año.

JANTIAS

¡Desdichado hombro mío! Sufres y no se te permite hacer reír.

BACO

¿No es esto el colmo de la insolencia y de la flojedad? Yo, Baco, hijo del ánfora⁹, voy a pie y me fatigo, mientras le cedo a ese sibarita mi asno para que vaya a su gusto y no tenga nada que llevar.

JANTIAS

Pues ¡qué! ¿no llevo yo nada?

BACO

¿Cómo has de llevar si eres llevado?

JANTIAS

Sí, con este equipaje encima.

(6) Frínico era un poeta cómico que concurrió con Aristófanes al premio cuando hizo representar Las ranas. Su poca inventiva, el abuso de palabras inusitadas, y los defectos de su versificación le hicieron pasar por extranjero. No debe confundirse este Frínico con el autor de tragedias.

(7) Poeta cómico contemporáneo de Aristófanes. Su principal defecto era la frialdad.

(8) Otro autor de comedias, que ganó dos veces el premio en competencia con Aristófanes. Su Conno fue preferido a Las nubes.

(9) Como dios del vino.

BACO

¿Cómo?

JANTIAS

Que pesa mucho.

BACO

¿Pero dejará de llevar el asno lo que tú llevas?

JANTIAS

Por Zeus, lo que yo llevo no lo lleva él.

BACO

¿Pero cómo puedes llevar nada, siendo llevado por otro?

JANTIAS

No lo sé; pero lo cierto es que mi hombro no puede resistir más.

BACO

Pues aseguras que el asno no te sirve de nada, cárgate el asno y llévalo a tu vez.

JANTIAS

¡Triste de mí! ¿Por qué no estuve en la última batalla naval? (10) Ya me hubieras pagado esa bromita.

BACO

Apéate, bribón; voy a llamar a esta puerta, donde tengo que hacer mi primera parada. ¡Esclavo! ¡Eh! ¡Esclavo! (11).

(10) Fue la de las Arginusas, ganada a los lacedemonios el año anterior a la representación de Las ranas. Algunos esclavos que pelearon entonces denodadamente recibieron la libertad en recompensa de su valor. Por consiguiente, si Jantias hubiese estado en aquella batalla podría exigir a su amo una satisfacción como emancipado de su potestad.

(11) Llama a la puerta del templo de Heracles, que estaba cerca de Atenas, en el demo de Melito.

HERACLES

¿Quieres derribar la puerta? Quienquiera que sea, llama como un centauro (12). Vamos ¿qué ocurre?

BACO

¡Jantias!

JANTIAS

¿Qué?

BACO

¿No has advertido?

JANTIAS

¿El qué?

BACO

El miedo que le he dado.

JANTIAS

¡Bah! tú estás loco.

HERACLES

Por Deméter, no puedo contener la risa; por más que me muerdo los labios, me río.

BACO

Acércate, amigo mío; te necesito.

HERACLES

¡Oh! me es imposible no soltar la carcajada al ver una piel de león debajo de una túnica amarilla (13). ¿Qué intentas? ¿qué tienen que ver la maza y los coturnos? ¿por qué país has viajado?

(12) Monstruo fabuloso, mitad hombre y mitad caballo. Sus proceder es sumamente brutales, y en la célebre lucha con los Lápidas dejaron de ello buena memoria.

(13) Baco traía sobre un vestido de mujer la piel de león y la maza que constituían el atavío característico de Heracles.

BACO

Me embarqué en el Clístenes (14).

HERACLES

¿Y diste una batalla naval?

BACO

Ya lo creo, y echamos a pique doce o trece naves enemigas.

HERACLES

¿Vosotros?

BACO

Por Apolo te lo juro.

HERACLES

Y entonces me desperté (15).

BACO

Estaba yo en la nave, leyendo para mí la *Andrómeda* (16), cuando de repente se apodera de mi corazón un vivo deseo...

HERACLES

¿Un deseo? ¿De qué especie?

BACO

Pequeñito, como Molón (17).

HERACLES

¿De una mujer?

(14) Habla de Clístenes como de un navío. Hay una alusión a las costumbres disolutas de Clístenes.

(15) Con esta frase, que es la que ordinariamente se emplea para concluir la narración de un sueño, da a entender Heracles que no cree una palabra de cuanto le ha dicho Baco. —Otras ediciones (la de Boissonade) la ponen en boca de Jantias, y aun del mismo Baco.

(16) Tragedia de Eurípides, de la cual sólo se conservan fragmentos, citada y parodiada en Las Tesmoforias.

(17) Había dos personas de este nombre, uno autor y otro ladrón, pero ambos de agigantada estatura.

BACO

No.

HERACLES

¿De un muchacho?

BACO

Ni por pienso.

HERACLES

¿Entonces de un hombre?

BACO

Eso es.

HERACLES

Como estabas con Clístenes...

BACO

No te burles, hermano mío; me siento mal de veras; el tal deseo me martiriza.

HERACLES

Pero, hermanito, sepamos cuál es.

BACO

No puedo revelártelo, pero te lo daré a entender por medio de un enigma. Di: ¿no te ha asaltado alguna vez un repentino deseo de comer puches?

HERACLES

¿De puches? Ya lo creo: mil veces en mi vida (18).

BACO

¿Comprendes bien? ¿o me explico más?

(18) La glotonería de Heracles era proverbial, y ya la ridiculizó Aristófanes en Las aves.

HERACLES

Lo que es de los puches no tienes que decir más; lo entiendo perfectamente.

BACO

Pues bien, tal es el deseo que me devora por Eurípides...

HERACLES

¿Por un muerto? (19)

BACO

Y ningún hombre me disuadirá de que vaya a buscarle.

HERACLES

¿A los profundos infiernos?

BACO

Y más abajo, si es preciso.

HERACLES

Pero ¿para qué lo necesitas?

BACO

Me hace falta un buen poeta (20), y no hay ninguno, pues los vivos todos son detestables.

HERACLES

¡Cómo! ¿Ha muerto Iofón? (21)

BACO

Ése es el único bueno que resta; si es que él es el bueno, pues tengo mis dudas sobre el particular.

(19) Eurípides había muerto poco antes de representarse Las ranas, en la corte de Arquelao, rey de Macedonia.

(20) El interés de Baco se explica, porque las tragedias se representaban en sus fiestas y habían nacido con ocasión de ellas.

(21) Hijo de Sófocles, que en vida de su padre, muerto poco tiempo antes de ponerse en escena Las ranas, había ganado una vez el premio en un certamen trágico. Había sospechas de que la obra laureada no era suya, sino de su padre; y por eso Baco se reserva para juzgarle a que presente una nueva tragedia.

HERACLES

Ya que tienes absoluta necesidad de sacar algún poeta de los

infiernos, ¿porqué no te llevas a Sófocles, que es superior a Eurípides?

BACO

No, antes quiero probar a Iofón y ver lo que puede hacer sin Sófocles. Además, como Eurípides es muy astuto, desplegará todos sus ardidés para escaparse conmigo, mientras que el otro es tan sencillote allí como aquí (22).

HERACLES

Y Agatón (23) ¿dónde está?

BACO

Aquel buen poeta y amigo querido me abandonó y partió.

HERACLES

¿Adónde se fue el mísero?

BACO

Al banquete de los bienaventurados (24).

HERACLES

¿Y Jenocles? (25)

BACO

¡Que el cielo le confunda!

HERACLES

¿Y Pitángelo? (26)

(22) Aristófanes hace justicia a la modestia de Sófocles, virtud rarísima en los poetas.

(23) Poeta trágico y cómico, uno de los personajes de Las Tesmofarias.

(24) A la corte de Arquelao, gran protector de los literatos y artistas de su época. Otros entienden que Agatón había muerto.

(25) Poeta trágico, hijo de Carcino, repetidas veces citado.

JANTIAS

¡De mí ni una palabra! y se me está hundiendo el hombro (27).

HERACLES

¿Pero no componen también tragedias otros diez mil mozalbetes infinitamente más habladores que Eurípides?

BACO

Ésos son ramillos sin savia, verdaderos poetas-golondrinas, gárrulos e insustanciales, peste del arte, que en cuanto la Musa trágica les concede el más pequeño favor lanzan de una vez todo su talento, y caen extenuados de fatiga. ¡Oh! por mucho que busques, no hallarás uno de esos vates fecundos que seducen con sus magníficas palabras.

HERACLES

¿Cómo fecundos?

BACO

Sí, fecundos y capaces de inventar estas atrevidas expresiones:

“el éter, habitacioncita de Zeus (28), “el pie del tiempo” (29), “el corazón no quiere jurar, pero la lengua perjura sin la complicidad del corazón” (30).

HERACLES

¿Y eso te gusta?

BACO

Estoy más que loco por ellas.

(26) Poeta trágico desconocido.

(27) Jantias se queja de que Baco y Heracles se entretengan en charlar, sin ocuparse para nada de la fatiga que le causa su hato.

(28) Tomado de la Melanipa de Eurípides, tragedia de la cual sólo quedan fragmentos.

(29) Parodia del Alejandro de Eurípides, tragedia perdida.

(30) Verso 612 del Hipólito de Eurípides, muchas veces criticado y parodiado.

HERACLES

Si son necesidades, tú mismo lo conoces.

BACO

“No habites en mi espíritu: ya tienes tú tu casa” (31).

HERACLES

Pues todo eso es lo más detestable.

BACO

En comer me podrás dar lecciones (32).

JANTIAS

¡De mí ni una palabra! (33)

BACO

Escucha ahora la razón de haberme vestido como tú. Es para que me digas, por si tengo necesidad, los huéspedes que te acogieron cuando fuiste a buscar al Cerbero. Indícamelos, y también los puertos, panaderías, lupanares, paradores, posadas, fuentes, caminos, ciudades, figones, y las tabernas donde haya menos chinches.

JANTIAS (34)

¡De mí ni una palabra!

HERACLES

¿Te atreverás a ir, temerario?

BACO

No hables una palabra en contra de mi proyecto; indícame solamente el camino más corto para ir al infierno: un camino que ni sea demasiado caliente ni demasiado frío.

JANTIAS

¿Cuál camino te indicaré el primero? ¿Cuál? ¡Ah! éste: coges un banquillo y una sogá, y te cuelgas.

(31) Parodia de un verso de la Andrómaca de Eurípides.

(32) Como glotón, debía ser maestro en gastronomía.

(33) Jantias repite su lamentación.

(34) Cada vez más impaciente por la interminable charla de su amo.

BACO

¡Otro! ése es asfixiante.

HERACLES

Hay otro camino muy corto y muy trillado: el del mortero (35).

BACO

¿Te refieres a la cicuta?

HERACLES

Precisamente.

BACO

Ése es frío y glacial: en seguida se hielan las piernas (36).

HERACLES

¿Quieres que te diga uno muy rápido y pendiente?

BACO

Sí, por cierto; pues no soy muy andarín.

HERACLES

Vete al Cerámico (37).

BACO

¿Y después?

HERACLES

Sube a lo alto de la torre...

(35) En que se majaba la cicuta.

(36) Alusión a los efectos de la cicuta. Véase el Fedón de Platón.

(37) Barrio de Atenas donde se celebraban las Lampadoforias, fiestas en honor de Atenea, Hefesto y Prometeo, por haber dado a los mortales el aceite, las lámparas y el fuego respectivamente. La parte principal de estas solemnidades, a la que se refiere el texto, consistía en correr con antorchas encendidas, procurando que no se apagasen hasta llegar al fin de la carrera. La señal de partida se daba arrojando una antorcha desde lo alto de la torre, de que habla luego Heracles.

BACO

¿Para qué?

HERACLES

Ten fijos los ojos en la antorcha, hasta que se dé la señal; y cuando los espectadores te manden que la tires, te arrojas tú mismo.

BACO

¿Adónde?

HERACLES

Abajo.

BACO

Y me romperé las dos membranas del cerebro. No me gusta ese camino.

HERACLES

¿Pues cuál?

BACO

Aquel por donde tú fuiste.

HERACLES

Pero es sumamente largo. Lo primero que encontrarás será una laguna inmensa y profundísima.

BACO

¿Cómo la atravesaré?

HERACLES

Un barquero viejo te pasará en un botecillo, mediante el pago de dos óbolos.

BACO

¡Oh, qué poder tienen en todas partes los dos óbolos! (38). ¿Cómo han llegado hasta allí?

(38) El barquero Caronte, según los mitógrafos, sólo exigía un óbolo; pero Aristófanes eleva sus derechos a dos, para aludir al salario que entonces cobraban los jueces, y que osciló de uno a tres óbolos, como se ve en Los caballeros y Las avispas.

HERACLES

Teseo (39) los llevó. Después verás una multitud de serpientes y monstruos horrendos.

BACO

No trates de meterme miedo y aterrarme; no me disuadirás.

HERACLES

Luego un vasto cenagal, lleno de inmundicias, y sumergidos en él todos los que faltaron a los deberes de la hospitalidad, los que negaron el salario a su bardaje, y los que maltrataron a su madre, abofetearon a su padre, o copiaron algún pasaje de Mórσιμο (40).

BACO

A éstos deberían agregarse todos los que aprendieron la danza pírrica de Cinesias (41).

HERACLES

Más lejos encantarás tus oídos el dulce sonido de las flautas; verás bosquecillos de mirtos iluminados por una luz purísima como la de aquí; encontrarás grupos bienaventurados de hombres y mujeres, y escucharás alegres palmoteos.

BACO

Y éstos ¿quiénes son?

(39) Teseo bajó al infierno, acompañado de Piríto, para robar a Perséфона.

(40) Poeta trágico, satirizado en Los caballeros, 401, y en La paz, 803, Según el Escoliasta, era mejor oculista que poeta.

(41) Autor de ditirambos, repetidas veces citado y puesto en escena. Aquí alude a sus gesticulaciones al ensayar los coros que habían de ejecutar sus cantos, pues la danza pírrica era sumamente rápida.

HERACLES

Los iniciados... (42)

JANTIAS

Y yo el asno portador de los misterios (43); pero, por Zeus, no los llevaré más.

HERACLES

Que te dirán todo cuanto necesites, pues habitan en el mismo camino, junto a la puerta del palacio de Hades. Conque, hermano mío, feliz viaje.

BACO

¡Adiós! y que Zeus te oiga. *(a Jantias.)* Vuelve a cargarte el hato.

JANTIAS

¿Antes de habérmelo descargado?

BACO

Y a escape.

JANTIAS

No, no, te lo suplico: más vale que te ajustes con algún muerto de los que necesariamente tienen que recorrer este camino.

BACO

¿Y si no lo encuentro?

JANTIAS

Entonces llévame.

BACO

Tienes razón. Ahí traen precisamente a un muerto. ¡En, tú, a ti te digo, el muerto! ¿Quieres llevar un hatillo a los infiernos?

(42) Los iniciados en los misterios de Deméter se creía que gozaban, después de morir, de una vida bienaventurada.

(43) Un asno transportaba de Atenas a Eleusis los útiles necesarios para celebrar los misterios. Parece que este rito tenía su origen en la circunstancia de haber huido Tifón sobre un asno, después de su derrota, por lo cual este animal era odiado en Egipto, de donde se introdujo en el Ática el culto de Deméter eleusinia.

UN MUERTO

¿Es pesado?

BACO

Míralo.

EL MUERTO

¿Me pagarás dos dracmas?

BACO

¡Oh, no! menos.

EL MUERTO

Adelante, sepultureros.

BACO

Espera un poco, amigo mío, para ver si podemos arreglarnos.

EL MUERTO

Si no me das dos dracmas, no hables.

BACO

Toma nueve óbolos (44).

EL MUERTO

¡Antes resucitar!

JANTIAS

¡Qué soberbio es el maldito! ¿Y no se le castigará? Iré yo mismo.

BACO

Eres un buen muchacho. Dirijámonos a la barca.

CARONTE

¡Hoop! Aborda.

JANTIAS

¿Qué es eso?

BACO

Es la laguna de que nos ha hablado Heracles; ya veo la barca.

JANTIAS

Por Posidón, ése es Caronte.

BACO

¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! ¡Salud, Caronte! (45)

CARONTE

¿Quién viene del país de las miserias y cuidados a los campos de reposo y del Leteo, a trasquilar la lana de los asnos (46), a la morada de los Cerberios (47), a los infiernos y al Ténaro? (48)

BACO

Yo.

CARONTE

Entra al punto.

BACO

¿Adónde nos vas a llevar? ¿al infierno, de veras?

(44) Como cada dracma valía seis óbolos, Baco ofrece al muerto una tercia parte menos.

(45) BOISSONADE, apoyado en un escolio, reparte el triple saludo entre Baco, Jantias y el Muerto. Sin embargo, según indica otro escolio, puesto solamente en boca de Baco tiene más intención, porque es parodia de una repetición análoga en una pieza de Aqueo.

(46) Con esta frase da a entender Aristófanes que no cree una palabra de las fábulas inventadas por los poetas respecto al infierno.

(47) Es decir, al pueblo de Cerbero perro trífauce, que guardaba la entrada del infierno.

(48) Promontorio de la Laconia, en el cual había una caverna tenida por una de las bocas del infierno.

Taenarias etiam fauces, alta ostia Ditis.

(VIRGILIO, Geórgicas, IV, 467.)

CARONTE

Sí, por Zeus, para servirte. Vamos, entra.

BACO

Ven acá, muchacho.

CARONTE

No paso al esclavo si no ha combatido en alguna batalla naval por salvar el pellejo (49).

JANTIAS

No pude, porque tenía entonces los ojos malos.

CARONTE

Pues tienes que dar la vuelta a la laguna.

JANTIAS

¿Y dónde me detengo?

CARONTE

En la piedra de Aveno (50), junto a las posadas.

BACO

¿Has entendido?

JANTIAS

Perfectamente. ¡Qué desgraciado soy! Sin duda al salir de casa tuve algún encuentro de mal agüero.

(Vase.)

CARONTE

(A Baco.) Siéntate al remo. — Si hay algún otro que desee pasar, que se apresure. — ¡Eh, tú! ¿Qué haces? (51)

BACO

¿Qué he de hacer? Me he sentado sobre el remo como me has dicho.

(49) Alusión a la reciente batalla de las Arginusas.

(50) Lugar imaginario, inventado por Aristófanes para indicar el sitio donde se secan los muertos (de αὐάίνεσθαι).

(51) A Baco, que se ha sentado sobre el remo en vez de echar mano de él.

CARONTE

Colócate ahí, panzón.

BACO

Ya estoy.

CARONTE

Adelanta los brazos; extiéndelos.

BACO

Ya están.

CARONTE

¡Basta de tonterías! Rema vigorosamente.

BACO

¿Cómo he de poder remar si no conozco este oficio ni he estado nunca en Salamina?

CARONTE

Facilísimamente; porque en cuanto cojas el remo vas a oír bellísimos cánticos.

BACO

¿De quién?

CARONTE

De las ranas, émulas de los cisnes; ¡son deliciosos!

BACO

Ea, manda la maniobra.

CARONTE

¡Hoop, op! ¡Hoop, op!

LAS RANAS (52)

Brekekekex, coax, coax; brekekekex, coax, coax. Húmedas hijas de los pantanos, mezclemos nuestro cántico sonoro a los dulces sonidos de las flautas, coax, coax; repitamos los himnos que en honor de Baco Niseo (53), hijo de Zeus, entonamos en la sagrada fiesta de las ollas (54), cuando la multitud embriagada se dirige a nuestro templo del pantano (55). Brekekekex, coax, coax.

BACO

Principian a dolerme las nalgas, carísima coax, coax. Pero a vosotras no se os importa nada.

LAS RANAS

Brekekekex, coax, coax.

BACO

¡Así reventéis con vuestro coax! ¡Siempre coax, coax!

LAS RANAS

Y con razón, imbécil. Porque yo soy la favorita de las Musas, hábiles tañedoras de la lira, y del cornípedo Pan, diestro en el caramillo. Me ama también el guitarrista Apolo, porque hago crecer en los pantanos caños para los puentes de sus liras.

Brekekekex, coax, coax.

BACO

Ya se me han levantado ampollas; tengo el trasero inundado de sudor, y pienso que pronto empezaré a decir brekekekex, coax, coax. Pero callad, raza graznadora.

LAS RANAS

¡Callar! al contrario, cantaremos con más fuerza. Porque a nosotras nos deleita en los días

apacibles saltar entre el fleos (56) y la juncia, entonando los himnos que solemos cantar cuando nadamos; o bien, cuando Zeus vierte la lluvia, sumergidas en el fondo de nuestras moradas, unir nuestras ágiles voces al ruido de las gotas. Brekekekex, coax.

(53) Sobrenombre de Baco, que entra en la composición de Dionisos, nombre con que generalmente le designaron los griegos.

(54) El tercer día de las Antesterias, fiesta de que se habla en Los acarnienses (v. nota), se cocían legumbres de todas clases en ollas que se ofrecían a Baco y Atenea.

(55) Baco tenía cerca de Atenas un templo junto a un pantano.

(56) Planta que crece en los pantanos y prados húmedos.

BACO

Os prohíbo cantar.

LAS RANAS

El silencio es para nosotras insoportable.

BACO

Más insoportable es para mí el destrozarme remando.

LAS RANAS

Brekekekex, coax, coax.

BACO

¡Ojalá reventéis! poco me importaría.

LAS RANAS

Pues nosotras graznaremos a toda voz, desde la mañana hasta la noche, brekekekex, coax, coax.

BACO

En eso no me ganaréis.

LAS RANAS

Ni tú a nosotras.

BACO

Ni vosotras a mí. Graznaré, si es preciso, todo el día hasta dominar vuestro coax. Brekekekex, coax, coax. Ya sabía yo que os había de hacer callar.

CARONTE

¡Eh! para, para. Empuja el bote a la orilla con el remo. Desembarca, y paga.

BACO

Ahí tienes dos óbolos. — ¡Jantias! ¿Dónde está Jantias? ¡Eh, Jantias!

JANTIAS

¡Eh!

BACO

Ven acá.

JANTIAS

Salud, amo mío.

BACO

¿Qué es lo que hay ahí?

JANTIAS

Tinieblas y cieno.

BACO

¿Has visto en algún lugar a los parricidas y perjuros de que aquél nos habló?

JANTIAS

¿No los has visto tú?

BACO

Por Posidón, ahora los veo (57). ¡Ea! ¿qué hacemos?

JANTIAS

Lo mejor será ir más adelante, porque éste es el sitio donde nos dijo que estaban los monstruos horrendos.

BACO

¡Cómo se va a fastidiar! Nos contaba fábulas para meterme miedo; fue pura envidia. ¡Como sabe que yo soy lo más bravo...! Heracles es muy arrogante. Yo quisiera tener algún encuentro, alguna ocasión de hacer famoso mi viaje.

(57) Mirando a los espectadores.

JANTIAS

Por Zeus, siento no sé qué ruido.

BACO

(*asustado*) ¿Dónde? ¿dónde?

JANTIAS

Detrás.

BACO

Anda detrás.

JANTIAS

No, es delante.

BACO

Pues anda delante.

JANTIAS

Por Zeus, veo un monstruo gigantesco.

BACO

¿Cómo es?

JANTIAS

¡Horrendo! Toma toda clase de formas: ya es un buey, ya es un mico, ya una mujer muy hermosa.

BACO

¿Dónde está? ¡Oh! voy a salirle al encuentro.

JANTIAS

Ya no es mujer, ahora es un perro.

BACO

Entonces es Empusa (58).

JANTIAS

Todo su rostro está lleno de fuego.

BACO

Tiene una pierna de bronce.

JANTIAS

Y otra de asno (59). Tenlo por seguro.

BACO

¿Adonde me escapo?

JANTIAS

¿Y yo?

BACO

¡Oh sacerdote! (60) Sálvame para que pueda beber contigo.

JANTIAS

¡Estamos perdidos, Heracles poderoso!

BACO

No lo mientes, querido mío; no pronuncies su nombre.

JANTIAS

Entonces diré: ¡oh Baco!

BACO

Menos aún.

(58) Espectro que Hécate enviaba a los hombres para aterrorizarlos. Tomaba diferentes formas, todas horribles.

(59) Lit.: de basura, pues tal es el significado de βόλτινον. Sin embargo, el Escoliasta dice que este adjetivo era equivalente a όνοχόλωνζ, pata de asno, y así lo traducimos, porque hace sentido mejor.

(60) Se dirige al sacerdote de Baco, que ocupaba en las fiestas dramáticas lugar preferente.

JANTIAS

Sigue todo derecho. — Aquí, aquí, amo mío.

BACO

¿Qué pasa?

JANTIAS

Tranquilízate: la cosa va bien; ya podemos decir como Hegéloco: “Después de la tempestad veo la calma” (61). Empusa ha desaparecido.

BACO

Júramelo.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

Júralo otra vez.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

Vuélvemelo a jurar.

JANTIAS

Lo juro por Zeus.

BACO

¡Oh, cómo he palidecido al ver esa fantasma!

JANTIAS

Pues ese otro se ha puesto rojo de miedo (62).

(61) Alusión a la mala manera con que el actor Hegélocos pronunció la frase citada, que es del verso 269 del Orestes de Eurípides, dándole un sentido ridículo, que estuvo a punto de hacer fracasar la tragedia; pues en vez de decir γαλήν (oxítono), que significa calma, pronunció γαλην (perispómeno), esto es, “después de la tempestad veo el gato”.

(62) El sacerdote de Baco, que sin duda honraba a su dios más de lo debido.

BACO

¡Ay! ¿Cuál es la causa de todos estos males? ¿A qué dios acusaré de mi desgraciada suerte? “¿Al Éter, habitacioncita de Júpiter, o al pie del Tiempo?” (63)

JANTIAS

¡En, tú!

BACO

¿Qué hay?

JANTIAS

¿No has oído?

BACO

¿Qué?

JANTIAS

Las flautas.

BACO

Es verdad, también ha llegado hasta mí el perfume místico de las antorchas. Cállate y escuchémoslos escondidos.

CORO (64)

¡Iaco, oh Iaco! ¡Iaco, oh Iaco! (65)

JANTIAS

Eso mismo es, dueño mío; son los juegos de los iniciados de que nos hablaba; pues cantan a Iaco, como Diágoras (66).

(63) Expresiones de Eurípides ya citadas.

(64) Éste es el verdadero coro de la comedia, y está compuesto de iniciados en los misterios de Eleusis.

(65) Sobrenombre de Baco en los Misterios Eleusinos, en los cuales su culto iba unido al de Deméter.

(66) Diágoras de Milo, filósofo acusado de ateísmo, había sido en su juventud poeta lírico y había compuesto ditirambos.

BACO

También a mí me lo parece. Por lo cual, lo mejor es guardar silencio, hasta enterarnos bien de lo que sea.

CORO

Iaco, veneradísimo Iaco, oye la voz de los que adoran tus misterios, y acude a este prado, tu mansión favorita, para dirigir sus coros; ven, y haciendo retemblar sobre tu cabeza la corona de mirto cuajado de bayas ejecuta con atrevido pie aquella suelta y regocijada danza llena de gracias, solemne y mística, puro encanto de los iniciados.

JANTIAS

Augusta y veneranda Deméter, ¡qué delicioso olor a carne de cerdo ha acariciado mis narices! (67)

BACO

Vamos, ¿será necesario darte un pedazo para que calles?

(67) A Deméter se le ofrecían cerdos en sacrificio.

(68) Alude aquí Aristófanes a la voracidad del poeta, dándole irónicamente el epíteto detaurófago, que se encuentra aplicado a Baco en una tragedia de Sófocles titulada Tiro.

CORO

Reanima la luz de las flameantes antorchas, blandiéndolas en tus manos. ¡Iaco, oh Iaco, fúlgida estrella de la iniciación nocturna! El prado deslumbra lleno de luces: vigorízanse las rodillas del anciano, disípanse sus penas, y aligérasele la carga de los años para poder formar parte de los sagrados coros. Guía tú, deidad resplandeciente, sobre esta fresca y florida alfombra las danzas de la garrida juventud. ¡Silencio! lejos de aquí, profanos, almas impuras, nunca admitidos a las fiestas y danzas de las nobles Piérides, ni iniciados en el misterioso lenguaje ditirámbico del taurófago Cratino (68), apasionados de los versos chocarreros e inoportunos chistes. Lejos de aquí todo el que, en vez de reprimir una

sedición funesta y mirar por el bien de sus conciudadanos, atiza y exacerba las discordias, atento sólo a saciar la propia avaricia. Lejos de aquí el que, estando al frente de una ciudad agobiada por la desgracia, se deja sobornar y entrega una fortaleza o las naves; o el que, como ese infame Torición (69), cobrador de vigésimas, exporta de Egina (70) a Epidauro (71) cueros, lino, pez y demás mercancías prohibidas.

Lejos de aquí todo el que aconseja a cualquiera que preste a nuestros enemigos dinero para la construcción de naves (72), o mancha de inmundicia las imágenes de Hécate, mientras entona ditirambos (73). Lejos de aquí todo orador que cercena el salario a los poetas (74) porque le pusieron en escena en las fiestas nacionales de Baco. A todos éstos les digo, una y cien veces, que dejen libre el campo a los rústicos coros. Vosotros, elevad vuestros cantos y los himnos nocturnos propios de estas fiestas.

Adelántese cada cual osadamente por los prados floridos de esta profunda mansión, dando rienda suelta a los chistes, burlas y dicterios. ¡Basta de festines! ¡Adelante! Celebrad a nuestra divina protectora (75), que ha prometido defender siempre este país, a pesar de Torición.

Ea, principiad ahora otros himnos en honor de la frugífera Deméter; celebradla en religiosos cantos.

Oh Deméter, reina de los puros misterios, senos propicia y protege a tu coro; permíteme entregarme en todo tiempo a los juegos y a las danzas, y que mezclando mil donaires y discretas razones llegue a merecer con obra digna de tus fiestas ser ceñido por las bandas triunfales.

(69) Cobrador de contribuciones en Egina, que se aprovechaba de su cargo para ejercer el contrabando de que habla el texto, defraudando al Estado en la percepción de los derechos de aduana, digámoslo así, que subían a una vigésima.

(70) Isla próxima al Ática, de floreciente comercio. Los atenienses se habían apoderado de ella al principio de la guerra.

(71) Ciudad del Peloponeso, situada en la costa oriental, cerca de la Argólida.

(72) Alusión a Alcibíades, que se decía había conseguido que Ciro el joven prestase a Lisandro una respetable suma para equipar la flota lacedemonia.

(73) Alusión al poeta Cinesias, acusado de haber profanado (concacavisse) el pedestal de una estatua de Hécate.

(74) En Las mujeres en la asamblea se cita como uno de estos oradores a Agirrio.

(75) Atenea.

Ea, invoca ahora en tus cantos el numen jovial, eterno compañero de estas danzas.

Veneradísimo Iaco, inventor de las suavísimas melodías que en estas fiestas se cantan, ven a acompañarnos al templo de la diosa, y prueba que puedes recorrer sin fatigarte un

largo camino (76). Iaco, amigo del baile, guía mis pasos; tú has desgarrado mis sandalias y pobres vestidos, para que causen risa y me permitan danzar con más desenfado.

Iaco, amigo del baile, guía mis pasos. Mirando de reojo, acabo de ver una hermosísima doncella, por cuya túnica desgarrada asomaba indiscretamente parte de su seno (77). Iaco, amigo del baile, guía mis pasos.

BACO

Sí, a mí me gusta unirme a esos coros, y deseo bailar con ella.

JANTIAS

Yo también.

CORO

¿Queréis que nos burlemos juntos de Arquedemo? (78) A los siete años no era todavía ciudadano, y ahora es jefe de los muertos de la tierra (79), y ejerce allí el principado de la bribonería. He oído que Clístenes se arranca sobre los sepulcros los pelos de las nalgas y se araña las mejilla (80): tendido sobre las tumbas gime, llora y llama desolado a Sebine de Anaflisto (81). También cuentan que Calías, el hijo de Hipobino (82), cubierto de una piel de león (83), se entrega sobre sus naves a un combate amoroso.

BACO

¿Podrías decirnos dónde está la morada de Hades? Somos unos extranjeros recién llegados.

CORO

No vayas más lejos, ni repitas la pregunta: sabed que estáis en su misma puerta.

BACO

Muchacho, coge de nuevo el hato.

JANTIAS

La eterna muletilla de “la Corinto de Zeus” (84) se repite en el hato.

(76) Del Cerámico, barrio de Atenas, a Eleusis había próximamente cien estadios (18 kilómetros). Éste era el trayecto que recorría la procesión de los iniciados.

(77) Esto parece ser una alusión a la tacañería de los coregos, que no habían hecho trajes nuevos a los coristas.

(78) Extranjero que había conseguido ponerse al frente del partido popular en Atenas. Los niños eran inscritos a los siete años de su edad en el registro de la tribu a que su padre pertenecía, circunstancia que probaba su cualidad de ciudadanos.

(79) Los atenienses.

(80) Las mujeres en los funerales se arrancaban los cabellos y hacían las demás demostraciones de dolor que el poeta atribuye burlescamente al bardaje Clístenes.

(81) Nombre forjado por Aristófanes, que contiene alusiones obscenas: Sebine, de βiveiv, coire; Anaflisto, demo del

Ática, que tiene la radical parecida a ἀναφλαν.

(82) Calias era hijo de Hipónico, cuyo nombre parodia obscenamente Aristófanes en Hipobino (qui coit cum equo), aludiendo a la disolución de sus costumbres. En su casa se dio el banquete, asunto de una de las obras de Jenofonte.

(83) Esto equivale a llamarle nuevo Heracles, aludiendo a la aventura de este semidiós, que triunfó en una sola noche de cincuenta vírgenes.

(84) Los corintios enviaron a Mégara un embajador, que para ponderar la grandeza de su ciudad repetía constantemente: la Corinto de Zeus. La frase se hizo proverbial, y se aplicó a todos los que decían muchas veces una misma cosa.

CORO

Sobre el césped de este florido bosque bailad en rueda en honor de la diosa (85) los admitidos a esta piadosa fiesta.

BACO

Yo iré con las doncellas y matronas al sitio donde se celebra la velada de las diosas, llevando la sagrada antorcha (86).

CORO

Vamos a los prados floridos, esmaltados de rosas, a recrearnos, según costumbre, en esas brillantes danzas presididas por las bienaventuradas Parcas. El sol y la luna sólo lucen para nosotros los iniciados, que durante la vida fuimos benéficos con propios y extraños (87).

BACO

¿Cómo llamaré a esta puerta? ¿Cómo? ¿De qué manera acostumbran llamar las gentes de este país?

JANTIAS

No pierdas el tiempo; llama con la fuerza de Heracles, para no estar en contradicción con tu disfraz.

BACO

¡Esclavo! ¡Esclavo!

ÉACO

¿Quién va?

BACO

Heracles el valeroso.

(85) Deméter.

(86) En el templo de Deméter, en Atenas, había una estatua de Baco con una antorcha.

(87) Sólo los iniciados se creía que gozaban de la bienaventuranza después de la muerte.

ÉACO

¡Ah, infame, atrevido, sinvergüenza, canalla, más canalla que todos los canallas juntos, tú nos llevaste nuestro perro Cerbero retorciéndole el pescuezo, y escapaste con él estando yo encargado de su guarda. Pero ya has caído en mi poder: las negras rocas de la Estigia y el peñasco ensangrentado del Aquerón te cierran el paso; los perros vagabundos del Cocito y la Hidra de cien cabezas te desgarrarán las entrañas; la murena Tartesia (88) devorará tus pulmones; y las Gorgonias Titrasiás (89) se llevarán entre las uñas, revueltos con los intestinos, tus sanguinolentos riñones (90). ¡Ah! corro a llamarlas.

JANTIAS

¡Puf! ¿Qué has hecho?

BACO

Una libación (91); invoca al dios (92).

JANTIAS

¡Qué ridiculez! Levántate pronto, antes de que algún extraño te vea.

BACO

Me siento desfallecer, ponme una esponja sobre el corazón (93).

JANTIAS

Toma.

BACO

Acércate.

(88) Se suponía nacida de la unión de las víboras y las murenas. Su mordedura era mortal.

(89) Titrasió era un lugar de la Lidia habitado por las Gorgonas; otros creen que era un demo del Ática.

(90) Todo este lujo de sangrientas amenazas es una parodia de la poesía de Eurípides. Para demostrarlo, el Escoliasta cita tres versos del Teseo, tragedia perdida.

(91) Cocavi; de miedo a las amenazas de Éaco.

(92) Fórmula usada después de las libaciones. Comice his verbis significat Bacchus se omnem ventris proluviem ejfudisse.

(93) Se acostumbraba esto con las personas desmayadas para que recobrasen el sentido.

JANTIAS

¿Dónde estás? ¡Santos dioses! ¿Aquí tienes el corazón?

BACO

De miedo se me ha caído al bajo vientre (94).

JANTIAS

Eres el más cobarde de los dioses y los hombres.

BACO

¡Yo cobarde! ¡y te he pedido una esponja! Nadie en mi lugar hubiera hecho otro tanto.

JANTIAS

¿Pues qué?

BACO

Un cobarde hubiera quedado tendido sobre su propia inmundicia y yo me he levantado y me he limpiado.

JANTIAS

¡Gran hazaña, por Posidón!

BACO

Ya lo creo, por Zeus. ¿No has temblado tú al oír sus gritos y formidables amenazas?

JANTIAS

No se me importó de ellas ni un comino.

BACO

Ea, si eres tan valiente y animoso, haz mi papel, y puesto que nada te hace temblar toma la clava y la piel de león; yo a mi vez llevaré el hato.

JANTIAS

Venga al momento; es necesario obedecer. Contempla a Heracles-Jantias, y mira si soy un cobarde y si me parezco a ti.

(94) Istud dicens famuli manum, spongiam tenentem, sibi ad cutero adducit.

BACO

A mí en nada; eres el vivo retrato del bribón melitense (95). Ea, voy a cargarme el equipaje.

UNA CRIADA

¿Eres tú, querido Heracles? Entra, entra. En cuanto la diosa (96) ha sabido tu venida ha mandado amasar pan, cocer dos o tres ollas de legumbres y puches, asar un buey entero, y preparar tortas y pasteles (97); vamos, entra.

JANTIAS

Gracias. Es mucho honor.

LA CRIADA

¡Ah, por Apolo! No te dejaré marchar. Ha cocido aves; ha frito deliciosas confituras y preparado un vino exquisito. Vamos, entra conmigo.

JANTIAS

Mil gracias.

LA CRIADA

¿Estás loco? No te he de soltar. Tiene también a tu disposición una bellísima tañedora de flauta y dos o tres bailarinas.

JANTIAS

¿Qué dices? ¿Bailarinas?

LA CRIADA

En la flor de la juventud, y recién salidas del tocador. Fero entra; el cocinero iba ya a sacar del fuego los peces, y a llevarlos a la mesa.

(95) Melito era un demo del Ática donde había un magnífico templo de Heracles. El bribón melitense es Heracles representado por Jantias.

(96) Perséfone.

(97) Lit., colabas, pasteles llamados así porque se les daba la forma de una clavija de templar la lira.

JANTIAS

Sea; vete a decir a esas bailarinas que entro al instante. Tú, muchacho, sígueme con el ható al hombro.

BACO

¡Eh, tú, alto! Sin duda has tomado en serio el papel de Heracles que yo te he dado en broma. Basta de sandeces, Jantias; vuelve a cargarte el ható.

JANTIAS

¿Qué es esto? Creo que no pensarás quitarme lo que me has dado.

BACO

Es más: lo hago, y al momento. ¡Pronto! Venga esa piel.

JANTIAS

Pongo a los dioses por testigos y les encomiendo mi venganza.

BACO

¿A qué dioses? ¿Habrá necedad e insensatez como la tuya? ¡Un esclavo, un mortal querer pasar por hijo de Alcmena!

JANTIAS

¡Bien! ¡Bien! Toma tu traje. Quizá me necesites algún día, si Dios quiere.

CORO

Todo hombre cuerdo, sensato y experimentado sabe buscar el costado de la nave que se sumerge menos, en vez de estarse como una figura pintada, siempre en la misma actitud; pero sólo un hombre hábil, como Terámenes (98), sabe cambiar a medida de su conveniencia.

(98) Uno de los treinta tiranos, famoso por su versatilidad. Para caracterizar su habilidad en los cambios políticos, le llamaron coturno, calzado que por ser muy holgado servía para todos los pies. Cuando se representaron Las ranas, estaba en el apogeo de su poder pero después fue condenado a la pena capital y ejecutado por la acusación de Cricias, otro de los treinta.

BACO

¿No sería ridículo ver a Jantias, a un esclavo, tendido sobre tapices de Mileto, acariciar a una bailarina y pedirme el orinal, mientras yo le miraba rascándome (99), expuesto a que ese bribón me saltase de un puñetazo los dientes de delante?

TABERNERA PRIMERA

¡Platana! ¡Platana! (100) Ven acá. Ése es aquel canalla que entró un día en nuestra taberna y se nos comió dieciséis panes.

TABERNERA SEGUNDA

Justamente. El mismo.

JANTIAS

Esto va mal para alguno.

TABERNERA PRIMERA

Y además veinte tajadas de carne cocida, de a medio óbolo cada una.

JANTIAS

Alguno lo va a pagar.

TABERNERA PRIMERA

Y ajos sin cuento.

BACO

Tú deliras, mujer; no sabes lo que te dices.

TABERNERA PRIMERA

¿Creías que no te iba a conocer porque te has puesto coturnos? (101) Pues aún no he dicho nada de aquella enormidad de pescados.

TABERNERA SEGUNDA

Ni de aquel queso fresco que se me tragó ¡pobre de mí! con cesto y todo; y cuando le exigí el pago me lanzó una mirada feroz y empezó a mugir.

(99) Τούρεδίνθονδράττομεν

(100) Nombre de la tabernera segunda.

(101) El coturno era el calzado de Baco, y no el de Heracles.

JANTIAS

Ésas son cosas tuyas; en todas partes hace lo mismo.

TABERNERA SEGUNDA

Y desenvainó su espada como un energúmeno.

TABERNERA PRIMERA

¡Ay! sí.

TABERNERA SEGUNDA

Nosotras espantadas nos subimos de un salto al sobradillo, y él se escapó llevándose las cestas.

JANTIAS

Eso es muy propio de él. Pero no debías de haberlo dejado así.

TABERNERA PRIMERA

Anda, llama a Cleón, nuestro protector.

TABERNERA SEGUNDA

Y tú trata de hallar a Hipérbole (102), para que nos las pague todas juntas ese bribón.

TABERNERA PRIMERA

¡Maldito gaznate! ¡Mi mayor placer sería majarte con un canto esas muelas con que

devoraste mis provisiones.

TABERNERA SEGUNDA

Yo quisiera arrojarte al Báratro (103).

TABERNERA PRIMERA

Y yo segarte con una hoz esa condenada garganta, por donde pasaron mis ricos tripacallos. Voy en busca de Cleón para que te cite hoy mismo a juicio y desenrede este embrollo.

(Vanse.)

(102) Cleón e Hipérbole habían muerto, y Aristófanes les conserva en el infierno el mismo carácter y aficiones que en vida.

(103) Precipicio al cual eran arrojados los criminales.

BACO

Que me muera si no es verdad que quiero a Jantias como a las niñas de mis ojos.

JANTIAS

Te veo, te veo. Te excusas de hablar más. No quiero hacer de Heracles.

BACO

¡Oh, no digas eso, Jantias mío!

JANTIAS

¿Pero cómo he de poder pasar por el hijo de Alcmena, yo, un esclavo, un mortal?

BACO

Vamos, ya sé que estás enfadado y no te falta razón: aunque me pegases no te replicaría. Mira, si en adelante vuelvo a quitarte estos atavíos, haga el cielo que seamos exterminados yo, mi mujer, mis hijos, toda mi casta, y el legañoso Arquedemo.

JANTIAS

Recibo tu juramento, y acepto el papel de Heracles con esa condición.

CORO

Ahora, después de haber vestido de nuevo tu traje de Heracles, tienes que aparentar juveniles bríos y lanzar torvas miradas a ejemplo del dios que representas; pues si representas mal tu papel y te muestras flojo o cobarde, volverás a cargar con el hato.

JANTIAS

Os agradezco el consejo, amigos míos; pero eso ya lo tenía yo pensado. Si la cosa va bien, ya veréis cómo quiere volver a desnudarme; lo tengo previsto; sin embargo, no por eso dejaré de manifestarme fuerte y arrogante, y de mirar con el gesto avinagrado del que

mastica orégano. Llegó a lo que parece el momento de obrar, pues oigo rechinar la puerta.

ÉACO

(*a sus esclavos*) Atadme pronto a ese ladrón de perros (104), para castigarle; despachad.

BACO

Esto va mal para alguno.

JANTIAS

¡Ay del que se acerque!

ÉACO

¡Cómo! ¿te resistes? ¡Eh, Dítilas, Esceblías, Párdocas (105), avanzad y combatid con él!

BACO

¿No es insufrible que después de robar a otros trate todavía de maltratarlos?

JANTIAS

Eso pasa ya de la raya.

ÉACO

Sí, es insufrible e intolerable.

JANTIAS

Aniquíleme Zeus si jamás he venido aquí o te he robado el valor de un cabello. Quiero darte una prueba de generosidad; apodérate de ese esclavo; somételo al tormento (106), y si llegas a averiguar algo contra mí, dame la muerte.

(104) Heracles había robado el cerbero.

(105) Nombres de esclavos de Tracia.

(106) Era costumbre en el procedimiento ateniense someter al tormento a los esclavos para que declarasen contra sus señores.

ÉACO

¿A qué tormento le someteré?

JANTIAS

A todos; átalos a una escalera, dale de palos, desuéllalo, tortúralo, échale vinagre en las narices, cárgale de ladrillos; en fin, emplea todos los medios, menos el de azotarle con ajos o puerros verdes (107).

ÉACO

Muy bien dicho; pero, si estropeo a tu esclavo, ¿me exigirás los daños y perjuicios?

JANTIAS

No lo temas; puedes llevártelo y someterlo a la tortura.

ÉACO

Lo haré aquí mismo, para que hable delante de ti. — Tú, deja la carga, y cuidado con mentir.

BACO

Prohíbo que nadie me atormente; yo soy inmortal; si lo haces, todo el mal caerá sobre ti.

ÉACO

¿Qué dices?

BACO

Digo que yo soy un inmortal, Baco, hijo de Zeus, y que ése es un esclavo.

ÉACO

(a Jantias) ¿Has oído?

JANTIAS

Perfectamente; por lo mismo hay que azotarle más fuerte; si es un dios, no sentirá los golpes.

(107) Menciona las torturas más crueles. Las madres griegas solían azotar a sus hijos con tallos de ajos y cebollas para amedrentarles sin hacerles daño.

BACO

¿Por qué, pues, ya que pretendes pasar por un inmortal, no has de someterte también a la fustigación?

JANTIAS

Tienes razón. Aquel que lllore antes, o se muestre sensible a los palos, es señal de que no es dios.

ÉACO

Eres indudablemente un hombre generoso: no rehuyes nada de lo que es justo. Ea, desnudaos.

JANTIAS

¿Cómo nos darás tormento conforme a justicia?

ÉACO

Nada más fácil; se os distribuirán los golpes alternativamente.

JANTIAS

¡Feliz idea!

ÉACO

¡Toma! (*pega a Jantias*)

JANTIAS

Observa si me muevo.

ÉACO

Pues ya te he pegado.

JANTIAS

No por cierto.

ÉACO

Parece que no los has sentido. Ahora voy a sacudirle a este otro.

BACO

¿Cuándo?

ÉACO

Sí, ya te he pegado.

BACO

¿Cómo? ¿si ni siquiera me has hecho estornudar? (108)

ÉACO

Lo ignoro; repetiré con el otro.

JANTIAS

Anda listo. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

ÉACO

¡Hola! ¿Qué significa ese ay, ay, ay? Duele, ¿eh?

JANTIAS

¡Ca! estaba pensando en la fiesta de Heracles, que se celebra en Diomea (109).

ÉACO

¡Qué hombre tan piadoso! Volvamos al otro.

BACO

¡Oh, oh!

ÉACO

¿Qué te pasa?

BACO

Veo caballeros (110).

ÉACO

¿Y eso te hace llorar?

(108) Es decir, “ni siquiera me ha producido tu golpe el ligero cosquilleo que hace estornudar”.

(109) Demo del Ática donde había un templo dedicado a Heracles. Los que concurrían a la fiesta lanzaban en honor del dios el grito que el dolor arranca a Jantias.

(110) Finge que su grito no es de dolor, sino de asombro.

BACO

No, es que he oído cebollas.

ÉACO

¿No se te importan nada los palos?

BACO

Nada absolutamente.

ÉACO

Volvamos a éste.

JANTIAS

¡Ay de mí!

ÉACO

¿Qué te pasa?

JANTIAS

Sácame esta espina.

ÉACO

¿Qué significa eso? Ahora al otro.

BACO

“¡Apolo adorado en Delos y Delfos!” (111)

JANTIAS

Ya te duele. ¿No has oído?

BACO

No, es que me he acordado de un verso de Hipónax.

JANTIAS

No adelantas nada; pega en los costados.

ÉACO

Es verdad; vamos, presenta el vientre.

(111) Este verso es atribuido a Ananio, poeta con el cual se ha confundido frecuentemente a Hipónax. El escoliasta dice que Baco se equivoca por el dolor que le ha causado el latigazo.

BACO

¡Oh Posidón!...

JANTIAS

Alguien se lamenta.

BACO

“...Que reina sobre los promontorios del Egeo, o sobre el salado abismo del cerúleo mar”
(112).

ÉACO

Por Deméter, no puedo conocer cuál de vosotros es. Entrad; mi amo y Perséfone, que son también dioses, os podrán reconocer.

BACO

Tienes razón. Pero eso debía de habérsete ocurrido antes de azotarme.

CORO (113)

Musa, asiste a nuestros sagrados coros; ven a deleitarte con mis versos y a contemplar esa infinita muchedumbre, entre la cual hallarás muchos hábiles ciudadanos más noblemente ambiciosos que ese Cleofón (114), de cuyos gárrulos labios se escapa incesantemente un sonido ingrato, como el de la golondrina de Tracia, posada sobre un ramo en aquella bárbara región: ahora grazna ya los lamentables cantos del ruiseñor, porque va a morir, aun cuando en la votación resulte empate (115).

(112) Fragmento del Laocoonte de Sófocles.

(113) Parábasis.

(114) Orador de mala reputación, ya citado. Véanse Las Tesmoforias, (805, nota). Se le acusaba de ser originario de Tracia. La predicción burlesca de Aristófanes se cumplió pronto, pues murió en una sedición el año 406 antes de J. C.

(115) Cuando había empate el acusado quedaba absuelto.

Justo es que el sagrado coro dé a la república consejos y enseñanzas. Nuestra primera atención debe ser establecer la igualdad entre los ciudadanos y librarlos de temores; después, si alguno faltó, engañado por los artificios de Frínico (116), creo que debe permitírsele defenderse y justificarse, pues es vergonzoso que a los que tomaron parte una vez en una batalla naval (117) los equiparéis a los plateenses, convirtiéndolos de esclavos en señores. No es que yo halle esto censurable; al contrario, lo aplaudo y pienso que es lo único en que estuvisteis acertados; pero entiendo que sería igualmente justo que los que tantas veces, lo mismo ellos que sus padres, pelearon en el mar con nosotros y nos están unidos por su nacimiento, obtuvieran el perdón de su única falta (118). Aplacad, pues, un poco vuestra indignación, discretísimos atenienses, y procuremos que cuantos combatieron en nuestras galeras formen una sola familia y alcancen con su rehabilitación el pleno goce de los derechos de ciudadanos: el mostrarnos tan altivos y soberbios en la concesión de la ciudadanía, sobre todo ahora que fluctuamos a merced de las olas (119), es una imprudencia de que en el porvenir nos arrepentiremos. Si soy hábil en conocer la vida y costumbres de los que habrán de arrepentirse de su conducta, me parece que no está lejos la hora del castigo del pequeño Clígenes (120), ese mico revoltoso que es el peor de cuantos bañeros mezclan a la ceniza falso nitro y tierra de Cimolo (121). Él ya lo conoce; y por eso va armado siempre de un grueso garrote, receloso de que, al encontrarle ebrio, le despojen de sus vestidos.

(116) General que se opuso a la vuelta de Alcibíades (TUCÍDEDES, VIII, 50). Contribuyó al establecimiento del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos y fue asesinado en la plaza pública.

(117) La de las Arginusas. Los esclavos que en ella tomaron parte fueron declarados ciudadanos. —Los plateenses gozaban de este derecho en Atenas.

(118) Se cree que Aristófanes intercede aquí por alguno de los generales condenados con motivo de la batalla de las Arginusas.

(119) Los negocios de la república iban empeorando cada día. Dos años después de la representación de Las ranas, Lisandro se apoderó de Atenas.

(120) Demagogo, de quien no se tienen más noticias que las que da Aristófanes.

(121) Materias empleadas para blanquear la ropa. Cimolo era una de las Cicladas.

Muchas veces he notado que en nuestra ciudad sucede con los buenos y malos ciudadanos lo mismo que con las piezas de oro antiguas y modernas. Las primeras no falsificadas, y las mejores sin disputa por su buen cuño y excelente sonido, son corrientes en todas partes entra griegos y bárbaros, y sin embargo no las usamos para nada, prefiriendo esas detestables piezas de cobre, recientemente acuñadas, cuya mala ley es notoria (122). Del

mismo modo despreciamos y ultrajamos a cuantos ciudadanos sabemos que son nobles, modestos, justos, buenos, honrados, hábiles en la palestra, en las danzas y en la música, y preferimos para todos los cargos a hombres sin vergüenza extranjeros, esclavos, bribones de mala ralea, advenedizos, que antes la república no hubiera admitido ni para víctimas expiatorias.

Ahora, pues, insensatos, mudad de costumbres y utilizad de nuevo a las gentes honradas, pues de esta suerte si os va bien seréis elogiados, y, si algún mal os resulta, al menos dirán los sabios que habéis caído con honra.

ÉACO

¡Por Zeus salvador, tu amo es todo un excelente sujeto!

JANTIAS

¿Un excelente sujeto? Ya lo creo, no sabe más que beber y amar.

ÉACO

Lo que me asombra es que no te haya castigado por haberte fingido el amo siendo el siervo.

JANTIAS

Es que se hubiera arrepentido.

ÉACO

En eso obraste como buen esclavo; a mí me gusta hacer lo mismo.

(122) Alusión a una reciente acuñación de moneda hecha durante el arcontado de Antígenes.

JANTIAS

Te gusta hacer eso, ¿eh?

ÉACO

Yo soy feliz cuando digo pestes de mi dueño sin que él me oiga.

JANTIAS

¿Y cuando te marchas gruñendo después de haber recibido una paliza?

ÉACO

También estoy satisfecho.

JANTIAS

¿Y si te metes en lo que no te importa?

ÉACO

No conozco nada más grato.

JANTIAS

¡Oh Zeus! ¿Y si escuchas la conversación de los amos?

ÉACO

Me vuelvo loco de júbilo.

JANTIAS

¿Y cuándo se la cuentas a los vecinos?

ÉACO

¡Oh, con eso no hay placer comparable! (123)

JANTIAS

¡Oh Apolo! Dame tu mano, amigo, y permíteme que te abrace.

Ahora, en nombre de Zeus vapuleado (124), dime qué significan ese estruendo, ese griterío y esas disputas que se oyen allá dentro.

(123) La frase griega tiene una energía intraductible: χαί έχ μιáίνομαι.

(124) Invocación burlesca. Así como los extranjeros suplicaban a Zeus hospitalario, Jantias, que era apaleado a menudo, se dirige al padre de todos los dioses bajo la advocación devapuleado.

ÉACO

Son Esquilo y Eurípides.

JANTIAS

¿Cómo?

ÉACO

Se ha promovido una contienda, una gran contienda entre los muertos, una verdadera sedición.

JANTIAS

¿Por qué motivo?

ÉACO

Hay aquí establecida una ley, en virtud de la cual todo hombre superior a sus émulos en las artes más nobles e importantes tiene derecho a ser alimentado en el Pritáneo y a sentarse junto a Hades...

JANTIAS

Entiendo.

ÉACO

Hasta que venga otro más hábil en la misma arte: entonces el primero debe cederle el puesto.

JANTIAS

¿Y eso por qué le alborota a Esquilo?

ÉACO

Porque, como príncipe en el género, ocupaba el trono de la tragedia.

JANTIAS

¿Y ahora quién?

ÉACO

Cuando Eurípides descendió a estos lugares, dio una muestra de sus versos a los rateros, cortadores de bolsas, parricidas y horadores de paredes que pululan en el infierno: toda esta canalla, en cuanto oyeron sus dimes y diretes, sus discreteos y sutilezas, enloquecieron por él, y le proclamaron el sabio de los sabios. Entonces Eurípides, hinchado de orgullo, se apoderó del trono que ocupaba Esquilo.

JANTIAS

¿Y no le han apedreado?

ÉACO

Al contrario, la multitud clamaba por un juicio en que se decidiese cuál de los dos era el mejor poeta.

JANTIAS

¿Aquella multitud de bribones?

ÉACO

¡Y con qué gritos! Llegaban hasta el cielo.

JANTIAS

¿Pero Esquilo no tenía defensores?

ÉACO

Aquí como ahí (125), el número de los buenos es muy exiguo.

JANTIAS

¿Qué piensa hacer Hades?

ÉACO

Abrir cuanto antes un certamen, para probar y decidir sobre el mérito de cada uno.

JANTIAS

¿Y cómo es que Sófocles no ha reclamado el trono?

ÉACO

¡Oh! Ése es muy distinto. En cuanto llegó abrazó a Esquilo y le tendió la mano, dejándole en posesión pacífica del trono. Ahora, como dice Clidémides (126), está de reserva; si vence Esquilo, permanecerá en su puesto; pero si es vencido, disputará con Eurípides.

JANTIAS

¿Cuándo va a ser eso?

ÉACO

Dentro de muy poco va a principiar aquí mismo el gran combate. Su ingenio poético va a ser pesado en una balanza.

JANTIAS

¡Cómo! ¿Se pesan las tragedias?

ÉACO

Traerán reglas y varas de medir versos, y moldes cuadriláteros, como los de los ladrillos, diámetros y cuñas. Pues Eurípides dice que ha de examinar las tragedias verso por verso.

JANTIAS

Esquilo, a mi ver, llevará todo eso muy a mal.

ÉACO

Bajaba la cabeza y lanzaba miradas furiosas.

JANTIAS

¿Y quién será juez?

ÉACO

Ahí está la dificultad, porque hay gran carestía de hombres sensatos. A Esquilo no le agradaban los atenienses.

JANTIAS

Quizá porque veía entre ellos muchos ladrones.

(125) Señalando a los espectadores.

(126) Hijo de Sófocles. Otros creen que era uno de los actores que representaban sus tragedias.

ÉACO

Y además no los creía muy aptos para apreciar el ingenio de los poetas. Por fin, encomendaron el asunto a tu señor, como perito en la materia. Pero entremos; pues cuando los amos tienen gran interés por alguna cosa, suelen pagarlo nuestras costillas.

CORO

¡Oh, qué horrenda cólera hervirá en el pecho del grandilocuente poeta, cuando vea a su facundo enemigo aguzar provocativamente sus dientes! ¡Qué terribles miradas le hará lanzar el furor! ¡Qué lucha entre las palabras de penachudo casco y ondulante cimera y las sutilezas artificiosas! ¡Qué combate de gigantesco períodos con frases atrevidas y pigmeas! Se verá al titán erizando las crines de su espesa melena y frunciendo espantosamente el entrecejo, rugir con poderoso aliento versos compactos como la tablazón de un navío; mientras el otro, tascando el freno de la envidia, pondrá en movimiento su ágil y afilada lengua, y arrojándose sobre las palabras de su rival desmenuzará su estilo y reducirá a polvo el producto de su inspiración vigorosa (127).

EURÍPIDES

No te empeñes; no he de ceder el trono, porque le soy superior en la poesía.

BACO

¿Por qué te callas, Esquilo? Ya entiendes lo que ha dicho.

EURÍPIDES

Primero se estará callando con gravedad; es una especie de charlatanería peculiar a sus tragedias.

BACO

No tanta arrogancia, amigo mío.

EURÍPIDES

¡Sí, le conozco hace tiempo! ¡Y conozco también sus caracteres feroces, y su lenguaje altivo, desenfrenado, desmedido, sin regla, enfático y cuajado de palabras hinchadas y vacías!

(127) Este pasaje pinta admirablemente, aunque en estilo cómico, la manera de Esquilo y la de Eurípides.

ESQUILO

¿Y eres tú, hijo de una rústica diosa (128), tú, colector de necesidades, fabricante de mendigos y remendón de andrajos, quien se atreve a decirme...? Pero tu audacia no ha de quedar impune.

BACO

Basta, Esquilo; no te dejes arrebatarse por la ira.

ESQUILO

No callaré sin haber demostrado hasta la evidencia lo que vale ese insolente con todos sus cojos (129).

BACO

¡Esclavos, traed una oveja, una oveja negra (130), pues la tempestad va a estallar!

ESQUILO

¿No te avergüenzas de tus monólogos cretenses y de los incestuosos himeneos que has introducido en el arte trágico? (131)

BACO

Modérate, venerable Esquilo. — Tú, mi pobre Eurípides, déjate de temeridades y escapa de esta granizada, no te acierte en la sien con alguna de esas grandiosas palabras que haga saltar a tu Télefo. — Vamos, Esquilo, calma; no discutas con esa furia. Los poetas no deben injuriarse como si fuesen panaderas; tú gritas desde el principio, como una encina a la que se prende fuego.

(128) Se hace aparecer a la madre de Eurípides como verdulera.

(129) Belerofonte, Télefo y Filoctetes.

(130) Virgilio hace mención de la costumbre de sacrificar una oveja negra para conjurar las tempestades.

Nigram hiemi pecudem, Zephyris felicibus albam.

(ENEIDA, III, 120.)

(131) Alusión a Fedra, natural de Creta, y al Éolo, en que Macario viola a su hermana.

EURÍPIDES

Estoy dispuesto a luchar; yo no retrocedo: lo mismo me da atacar que ser atacado; admito discusión sobre cuanto quiera; sobre los versos, el diálogo, los coros, el nervio trágico, el *Peleo*, el *Éolo*, el *Meleagro*, y hasta sobre el mismo *Télefo* (132).

BACO

¿Y tú, Esquilo, qué piensas hacer?

ESQUILO

Yo no hubiera querido combatir aquí; pues entre los dos la lucha es desigual.

BACO

¿Por qué?

ESQUILO

Porque mis tragedias me han sobrevivido (133), y las tuyas murieron con él; de suerte que puede utilizarlas contra mí. Sin embargo, ya que lo deseas, hay que obedecerte.

BACO

Ea, traedme fuego e incienso; antes de la contienda, quiero suplicar a los dioses que me inspiren una decisión acertada sobre este certamen. Vosotros, entonad un himno a las

Musas.

CORO

Hijas de Zeus, castas Musas, que leéis en la mente ingeniosa y sutil de los forjadores de sentencias, cuando, aguzando su talento y desplegando todos sus artificiosos recursos, descienden a combatir sobre la arena de la discusión, venid a contemplar la fuerza de estos dos robustos atletas, y otorgad al uno grandiosas frases, y al otro limaduras de versos. El gran certamen de ingenio va a principiar.

(132) Títulos de tragedias.

(133) Los atenienses decretaron que se suministrase un coro al que quisiera poner en escena las tragedias de Esquilo, después de la muerte de este poeta.

BACO

Orad también vosotros, antes de recitar vuestros versos.

ESQUILO

¡Oh Deméter, que has formado mi inteligencia, hazme digno de tus misterios! (134)

BACO

(A Eurípides) Quema tú también incienso.

EURÍPIDES

Gracias, yo dirijo mis oraciones a otros dioses.

BACO

¿Dioses particulares tuyos y recién acuñados?

EURÍPIDES

Precisamente.

BACO

Invoca, pues, a esos dioses tuyos.

EURÍPIDES

Éter de que me alimento, volubilidad de la lengua, ingenio sutil, olfato finísimo, haced que triture los argumentos de mi adversario.

CORO

Deseosos estamos de saber, doctos poetas, qué terreno vais a elegir para principiar la lucha. Vuestra lengua empieza ya a desencadenarse, y ni a vuestro pecho le falta valor, ni energía a vuestra mente. Debemos, pues, esperar que el uno atacará con lenguaje limitado y pulido; y que el otro, lanzándole inmensas palabras, pulverizará sus infinitas

triquiñuelas.

(134) Esquilo era natural de Eleusis; por eso invoca a la diosa titular de aquella comarca.

BACO

Vamos, principiad cuanto antes, pero en estilo elegante, sin figuras ni vulgaridades.

EURÍPIDES

Hablaré en último término de mí y del carácter de mi poesía; pues lo primero que me propongo demostrar es que ése es un charlatán y un impostor, que engañaba a su grosero auditorio con recursos pobres, aprendidos en la escuela de Frínico (135). Por ejemplo, presentando en escena un personaje velado, como Aquiles o Níobe (136), que se pavoneaban sin mostrar el rostro ni pronunciar una palabra...

BACO

Es verdad, por Zeus.

EURÍPIDES

El coro endilgaba en tanto cuatro tiradas de versos, y ellos se estaban sin decir esta boca es mía.

BACO

A mí me agradaba más aquel silencio que la charla que hoy emplean.

EURÍPIDES

Porque eres un estúpido; tenlo por cierto.

BACO

Así lo creo; pero ¿por qué lo hacía?

EURÍPIDES

Por charlatanismo; así, el espectador esperaba sin moverse a que Níobe hablase algo, y mientras, el drama iba adelante.

(135) Uno de los más antiguos poetas trágicos, que floreció a fines del siglo VI. Esquilo le imitó en Los persas.

(136) El autor griego de la vida de Esquilo cita entre sus tragedias la Níobe y las Frigias o el Rescate de Héctor, en las cuales aparecían los personajes mudos de que habla Eurípides.

BACO

¡Malvado! ¡Cómo me engañaba! (A Esquilo) ¿Por qué te agitas e impacientas?

EURÍPIDES

Porque le confundo. Después de haberse pasado la mitad de la tragedia con estas vaciedades, soltaba una docena de palabrotas campanudas, muy fruncidas de entrecejo y empenachadas, verdaderos espantajos que aterraban a los espectadores asombrados!

ESQUILO

¡Oh rabia!

BACO

(A Esquilo) ¡Silencio!

EURÍPIDES

Y no decía nada inteligible...

BACO

(A Esquilo) No rechines los dientes.

EURÍPIDES

Pues todo se volvían Escamandros y fosos, y enseñas de escudos, y águilas-grifos de bronce, y palabras ampulosas, difíciles de comprender.

BACO

Es verdad; yo me pasé en claro toda una noche tratando de averiguar qué pájaro era su gran gallo amarillo (137).

(137) *Ξοῦθὸν υπαλεχτρούονο* , expresión empleada por Esquilo en *Los Mirmidones*, tragedia perdida.

ESQUILO

¡Ignorantón! Es la figura que se pone en la popa de las naves.

BACO

Pues yo creía que era Erixis (138), hijo de Filóxeno.

EURÍPIDES

¿Qué necesidad había de gallos en la tragedia?

ESQUILO

Y tú, enemigo de los dioses, ¿qué has hecho?

EURÍPIDES

No he presentado en mis dramas grandes gallos ni hircociervos como los que se ven en los tapices de Persia. Yo había recibido de tus manos la tragedia cargada de inútil y pomposo fárrago, y principié por aliviarla de su molesto peso y curar su hinchazón por medio de versitos, digresiones sutiles, cocimientos de acelgas blancas (139), y jugos perfectamente

filtrados de filosóficas vaciedades; después lo alimenté de monólogos, mezclados con algo de Cefisofón (140); y jamás dije a la ventura cuanto se me ocurría, ni lo revolví todo sin distinción: el primer personaje que se presentaba en escena explicaba el carácter y el nacimiento del drama.

ESQUILO

Mejor era eso que decir el tuyo (141).

EURÍPIDES

Después, desde los primeros versos, cada personaje desempeñaba su papel; y hablaban todos, la mujer, el esclavo, el dueño, la joven y la vieja (142).

(138) Famoso por su fealdad.

(139) Con esto quiere indicar Aristófanes la insipidez de algunas sentencias de Eurípides.

(140) Amigo, criado o actor de Eurípides. Se pretende que le ayudaba en sus obras, y que todo era común entre ellos, hasta el tálamo conyugal.

(141) Alusión a la humilde cuna de Eurípides.

(142) Censura Aristófanes el haber introducido Eurípides en la tragedia personajes de todas clases, rebajando su majestad.

ESQUILO

¿No merecería la muerte tal atrevimiento?

EURÍPIDES

Al contrario, mi objeto era agradar al pueblo.

BACO

Déjate de eso, amigo; ése es tu punto flaco.

EURÍPIDES

Luego enseñé a los espectadores el arte de hablar.

ESQUILO

Lo reconozco; ¡ojalá hubieras reventado antes!

EURÍPIDES

Y el modo de usar la palabra en línea recta, o en ángulo, y el arte de discurrir, ver, entender, engañar, amar, intrigar, sospechar, pensar en todo...

ESQUILO

Lo reconozco también.

EURÍPIDES

Puse en escena la vida de familia y las cosas más usuales y comunes, lo cual es atrevido, pues todo el mundo puede emitir sobre ellas su opinión; no aturdí a los espectadores con incomprensible y fastuosa palabrería; ni los aterró con Cienos (143) y Memnones (144), guiando corceles llenos de campanillas y penachos. Ved sus discípulos y los míos. Los suyos son Formisio y Megenetes (145), de Magnesia, armados de lanzas, cascos, barbas y sarcásticas sonrisas; los míos, Clitofón, y el elegante Terámenes.

(143) No se sabe en qué tragedia de Esquilo intervenía Cieno.

(144) En la lista de las tragedias de Esquilo hay una titulada.

(145) Formisio y Megenetes no eran poetas, y sí notables por su desaseo y grosería.— En el texto hay palabras colosales, parodia de las empleadas por Esquilo.

BACO

¿Terámenes? ¿Ese hombre astuto y bueno para todo, que cuando cae en un mal negocio y le ve las orejas al lobo suele escurrir el bulto, diciendo que no es de Quíos sino de Ceos? (146)

EURÍPIDES

Así he conseguido perfeccionar la inteligencia de los hombres, introduciendo en mis dramas el raciocinio y la meditación; de suerte que ahora todo lo comprenden y lo penetran, y han llegado a administrar mejor que antes sus casas, inspeccionándolo todo, y diciendo: “¿En qué anda tal asunto? ¿Dónde está tal cosa? ¿Quién ha cogido esta otra?”

BACO

Es verdad; ya en cuanto un ateniense entra en su casa llama a sus esclavos y les pregunta: “¿Dónde está la olla? ¿Quién se ha comido la cabeza de sardina? El plato que compré el año pasado ¿ha fenecido? ¿Dónde está el ajo de ayer? ¿Quién ha mordisqueado la aceituna?” (147) Y antes se estaban hechos unos bobos, con la boca abierta, como imbéciles papanatas.

CORO

“Tú lo ves, ínclito Aquiles” (148). Vamos, ¿qué dices tú a todo eso? Procura que la ira no te arrastre más allá de la meta, pues te ha dicho cosas terribles. Noble Esquilo, no le respondas con ferocidad, recoge tus velas y deja sólo algunos cabos a merced de los vientos; dirige con circunspección tu nave, y no avances hasta conseguir una brisa leda y apacible. Vamos, tú que fuiste el primero de los griegos en dar pompa (149) y elevación al estilo exornando la Musa trágica, abre atrevidamente tus esclusas.

(146) Frase proverbial que se aplicaba a las personas versátiles.

(147) *Crítica de los detalles familiares a que Eurípides hizo descender la tragedia.*

(148) *Verso de Los Mirmidones de Esquilo.*

(149) *La frase griega equivalente es muy pintoresca, aunque intraducible a la letra: πνργώσαζ, edificando torres. — Antípatro de Tesalónica; en un epigrama a Esquilo, la adopta para caracterizar la elocución magnífica del gran poeta.*

ESQUILO

Esta lucha me enfurece; sólo al considerar que tengo que disputar con él, hierve mi bilis. ¡Pero que no crea haberme vencido! Respóndeme: ¿qué es lo que se admira en un poeta?

EURÍPIDES

Los hábiles consejos que hacen mejores a los ciudadanos.

ESQUILO

Y si tú, lejos de obrar así, los has hecho malísimos, de nobles y buenos que eran antes, ¿cuál castigo merecerás?

BACO

La muerte; no lo preguntes.

ESQUILO

Pues bien, mira cómo te los dejé yo: valientes, de elevada estatura (150), sin rehuir las públicas cargas (151), no holgazanes, charlatanes y bribones como los de hoy, sino apasionados por las lanzas, las picas, los cascos de blancas cimeras, las grevas y corazas, verdaderos corazones de hierro, defendidos por el séptuple escudo de Áyax (152).

EURÍPIDES

El mal va en aumento: me va a aplastar bajo el peso de tantas armas.

BACO

¿Y cómo conseguiste hacerlos tan valientes? Responde, Esquilo, y modera tu arrogante jactancia.

(150) *Lit., de cuatro codos. El codo tenía cuarenta y cinco centímetros.*

(151) *Alusión a los contemporáneos de Aristófanes, que no querían encargarse de más magistraturas que las que producían algún lucro, rehuyendo aquéllas en que podían ser útiles al Estado.*

(152) *Véase HOMERO, Iliada, VII.*

ESQUILO

Componiendo un drama lleno del espíritu de Ares.

BACO

¿Cuál?

ESQUILO

Los siete sobre Tebas (153). Todos los espectadores salían llenos de bélico furor.

BACO

En eso obraste mal; pues hiciste que los tebanos fueran mucho más atrevidos para la guerra, lo cual merece castigo.

ESQUILO

Vosotros podíais también haberos dedicado a ello, pero no quisisteis. Después, con *Los persas*, mi obra maestra, os inspiré un ardiente deseo de vencer siempre a los enemigos.

BACO

Es verdad; me alegré mucho a la noticia de la muerte de Darío (154); y el coro palmoteo al punto, exclamando: ¡Victoria!

ESQUILO

Éstos son los asuntos que deben tratar los poetas: “Considerad, si no, qué servicios prestaron los más ilustres desde la antigüedad más remota: Orfeo (155) nos enseñó las iniciaciones y el horror al homicidio; Museo (156), los remedios de las enfermedades y los oráculos; Hesíodo la agricultura y el tiempo de las sementeras y recolecciones (157); y al divino Hornero ¿de dónde le ha venido tanta gloria, sino de haber enseñado cosas útiles, la estrategia, las virtudes bélicas y la profesión de las armas?

(153) Tragedia de Esquilo.

(154) En la tragedia de Esquilo no se da tal noticia, por lo cual este pasaje ha preocupado mucho a los comentadores. Para explicarlo, han supuesto unos que Esquilo compuso otros Persas, cuyo asunto era la batalla de Platea, y otros que en vez de Darío debía entenderse Jerjes.

(155) Silvestres homines sacer interpresque deorum, Caedibus et victu faedo deterru.it Orpheus.

(HORACIO, Arte poética, 391.)

(156) Discípulo de Orfeo, tracio de nación, cuya existencia es dudosa, pues más bien parece un mito que un personaje histórico. El Escoliasta dice que compuso un poema sobre los misterios.

(157) En su poema Los trabajos y los días.

BACO

Sin embargo, no ha podido instruir en nada, al architonto de Pantacles (158); hace poco

debía ir al frente de una procesión, y, después de haberse atado el casco, se acordó de que no le había puesto la cimera.

ESQUILO

En cambio ha educado a otros mil valientes, entre ellos el héroe Lámaco (159). Inspirándose en él mi fantasía, representó las hazañas de los Patroclos y los Teucros (160), bravos como leones, para excitar a imitarlos a todos los ciudadanos en cuanto resuena el bélico clarín. Nunca puse en escena Fedras ni impúdicas Estenobeas (161); y nadie podrá decir que he pintado en mis versos una mujer enamorada (162).

EURÍPIDES

Es verdad, jamás has conocido a Afrodita.

(158) El Escoliasta dice que era un hombre completamente inepto, y cita una frase de La edad de oro de Éupolis, en que le llama οχαίος, torpe.

(159) Nótese el cambio de Aristófanes respecto a Lámaco. En los acarnienses le ridiculizó terriblemente, y ya en Las Tesmoforias le tributó elogios, merecidos por cierto, pues Lámaco era un valiente y entendido general.

(160) Hijo de Telamón, rey de Salamina y hermano de Áyax.

(161) Mujer de Preto, rey de Argos. Enamorada ciegamente de Belerofonte, que se había refugiado en su corte, y viendo despreciada su pasión, le acusó de haber atentado a su honor, y procuró que su marido le diese muerte. Habiendo huido Belerofonte, se suicidó Estenobea.

(162) Esto no es del todo exacto, pues en el Agamenón de Esquilo Clitemnestra aparece enamorada de Egisto.

ESQUILO

Ni la quiero conocer; en cambio, por tu mal, tú y los tuyos la conocéis demasiado.

BACO

Cierto, cierto; los delitos que imputaste a las mujeres de otros los viste en la tuya propia (163).

EURÍPIDES

Pero, importuno, ¿qué mal hacen a la república mis Estenobeas?

ESQUILO

Las nobles esposas de los ciudadanos nobles han bebido la cicuta arrastradas por la vergüenza que les han causado tus Belerofontes (164).

EURÍPIDES

¿He cambiado siquiera en lo mínimo la historia de Fedra?

ESQUILO

Es verdad, no la has cambiado; pero un buen poeta debe ocultar el vicio y no sacarlo a luz y ponerlo en escena, pues ha de ser para los adultos lo que para los niños los maestros. Nuestra obligación es enseñar sólo el bien.

EURÍPIDES

¿Y cuando tú hablas de los Licabetos y de las altas cumbres del Parnaso (165) nos enseñas el bien? ¿Por qué no empleas un lenguaje humano?

ESQUILO

Pero, desdichado, las expresiones deben ser proporcionadas a la elevación de las sentencias y pensamientos. El lenguaje de los semidioses debe ser sublime, lo mismo que sus vestiduras deben ser más ostentosas que las nuestras. Lo que yo ennoblecí, tú lo has degradado.

(163) Se pretende insinuar que dos mujeres con quienes estuvo casado Eurípides no fueron modelo de castidad conyugal.

(164) Es decir, que han imitado a Estenobea, sintiendo amores adúlteros y envenenándose como aquella princesa.

(165) Montañas del Ática y la Fócida. Alusión al pomposo lenguaje de Esquilo.

EURÍPIDES

¿Cómo?

ESQUILO

En primer lugar, vistiendo de harapos a los reyes para que inspirasen más profunda compasión.

EURÍPIDES

¿Qué mal hay en eso?

ESQUILO

Por culpa tuyo ningún rico quiere armar ya a su costa una galera; pues para librarse del compromiso se cubre de andrajos, llora y dice que es pobre.

BACO

Es verdad, por Deméter; y debajo lleva una túnica de lana fina; y después de habernos engañado se le ve aparecer en la pescadería... (166).

ESQUILO

En segundo lugar, tú has inspirado tal afición a la charlatanería y las argucias, que las palestras están abandonadas, los jóvenes corrompidos (167), y los marineros se atreven a contradecir a sus comandantes; en mis tiempos no sabían más que pedir su ración de pan y gritar “¡Rippape!” (168)

(166) Sólo los ricos podían regalarse con pescado fresco. Ya hemos visto la estimación y alto precio a que se vendían las anguilas del Copáis.

(167) Aristófanes acusa de pederastia a los oradores y maestros de retórica.

(168) Grito de los marineros.

BACO

¡Oh! pues ahora, ya saben lanzar un flato (169) a la boca del remero del banco inferior y embrear a sus compañeros, y, cuando desembarcan, robar los vestidos al primer transeúnte, y pasarse el tiempo en discusiones, sin cuidarse de remar, dejando que la nave bogue a la ventura.

ESQUILO

¿De qué crímenes no es autor? ¿No ha puesto en escena alcahuetas, mujeres que paren en sagrado (170), hermanas incestuosas (171), y otras que dicen que la vida no es la vida? (172) Así es que nuestra ciudad se ha plagado de escribanos y bufones, especie de monos que tienen al pueblo constantemente engañado; mientras que ya nadie sabe llevar una antorcha (173); por falta de ejercicio.

BACO

Nadie, es verdad; así es que en las Panateneas me faltó poco para morir de risa viendo a un hombre blanco, gordo y pesado que corría encorvado y con un trabajo infinito, mucho más atrás que los otros. En la puerta del Cerámico, los espectadores le pegaron en el vientre, en el pecho, en los costados y en las nalgas, hasta que, en vista de aquella lluvia de palmadas, mi hombre soltó un flato (174) con el cual apagó la antorcha y se escapó.

CORO

El negocio es importante; la disputa vehemente; grave la guerra. Difícil será el formar opinión, pues si el uno ataca vigorosamente, el otro huye el cuerpo con agilidad y responde con destreza. No permanezcáis siempre en el mismo terreno: tenéis abiertos muchos caminos e infinitas argucias. Decid, exponed, manifestad todos vuestros recursos viejos y nuevos; aventurad algunos argumentos alambicados e ingeniosos. No temáis que la ignorancia de los espectadores no pueda comprender vuestras sutilezas; lejos de ser gente ruda, todos se han ejercitado, y cada cual tiene su libro donde aprende sabias lecciones; además su natural ingenio está hoy más aguzado que nunca. Nada temáis, emplead todos los medios, pues estáis ante un público ilustrado.

(169) Oppedere.

(170) Auge, seducida por Heracles, dio a luz un hijo en el templo de Atenea. Se ignora en qué tragedia de Eurípides tenía lugar este hecho.

(171) *Las hijas de Éolo.*

(172) *Es decir, se entretienen en discusiones filosóficas. La frase parodiada se encontraba en el Frixo.*

(173) *Alusión a Las lampadodromias (véase la nota al verso 129 de esta comedia).*

(174) *Pedendo.*

EURÍPIDES

Empecemos por sus prólogos; siendo lo primero que se encuentra en una tragedia, es natural que principiemos por ellos el estudio de este hábil poeta. Era oscuro en la exposición de sus asuntos.

BACO

¿Cuál de sus prólogos van a examinar?

EURÍPIDES

Muchos. Recítame por de pronto el de *La Orestía*.

BACO

Silencio todos. Recita tú, Esquilo.

ESQUILO

Oh subterráneo Hermes, que vigilas sobre el paterno reino, dame ayuda; vengo al fin a mi patria y entro en ella (175).

BACO

¿Hallas alguna falta en esos versos?

(175) *Palabras que Orestes pronuncia ante el sepulcro de su padre, al volver a su patria, en el principio de Las coéforas.*

EURÍPIDES

Más de doce.

BACO

Pero si no son más que tres versos.

EURÍPIDES

Es que cada uno tiene veinte faltas.

BACO

Esquilo, te aconsejo que te calles: si no, además de esos tres yambos, te censurará otros

muchos.

ESQUILO

¿Yo callarme delante de ése?

BACO

Si me haces caso.

EURÍPIDES

En el principio ha cometido ya una falta enorme.

ESQUILO

(a Baco) ¿No ves que no tienes razón?

BACO

Sea. A mí poco me importa.

ESQUILO

(a Eurípides) ¿Dónde dices que está la falta?

EURÍPIDES

Repite desde el principio.

ESQUILO

Oh subterráneo Hermes, que vigilas

sobre el paterno reino...

EURÍPIDES

Eso lo dice Orestes ante la tumba de su padre, ¿verdad?

ESQUILO

No lo niego.

EURÍPIDES

¿De suerte que quiere decir que Hermes velaba por su padre, para que cayendo en un pérfido lazo fuese vilmente asesinado por su mujer?

ESQUILO

No es al dios de la astucia, sino al Mermes benéfico, a quien llama subterráneo, y lo prueba diciendo que recibió esa misión de su padre.

EURÍPIDES

Entonces el yerro es más grande de lo que yo pretendía; pues si recibió de su padre aquella misión subterránea...

BACO

Es que su padre le había nombrado enterrador.

ESQUILO

¡Ay Baco! tu vino no está perfumado (176).

BACO

Recita el otro verso; y tú acecha sus faltas.

ESQUILO

...dame ayuda; vengo al fin a mi patria y entro en ella.

EURÍPIDES

El sabio Esquilo nos dice dos veces la misma cosa.

BACO

¿Cómo dos veces?

(176) *Esto es: tus chistes son de muy mal gusto.*

EURÍPIDES

Examina esa frase y te haré ver la repetición. “Vengo al fin a mi patria —dice—, y entro en ella.” *Vengo* es enteramente lo mismo que *entro*.

BACO

Entiendo; es como si uno dijera a su vecino: “Préstame la artesa, o si quieres el arca de amasar.”

ESQUILO

No es lo mismo, charlatán; mi verso es inmejorable.

BACO

¿Cómo? Pruébamelo.

ESQUILO

Todo el que goza de los derechos de ciudadanía puede *venir a* su patria, porque *viene* sin haber experimentado antes ningún infortunio; pero el desterrado *viene y entra* (177).

BACO

¡Muy bien, por Apolo! ¿Qué dices a eso, Eurípides?

EURÍPIDES

Digo que Orestes no *entró* a su patria, porque vino secretamente, sin haber obtenido la competente autorización de los que entonces ejercían el mando.

BACO

¡Muy bien, por Hermes! Pero no te comprendo.

EURÍPIDES

Recita, pues, otro.

BACO

Vamos, Esquilo, recítalo pronto. Tú acecha las faltas.

ESQUILO

Invocando los manes de mi padre sobre su propia tumba, que se digne oírme y escucharme le suplico (178).

EURÍPIDES

Otra repetición: *oír y escuchar* son dos cosas idénticas.

BACO

Pero, desdichado, ¿no ves que estaba hablando con los muertos, a los que no basta invocar tres veces? (179)

ESQUILO

Y tú ¿cómo hacías los prólogos?

EURÍPIDES

Te lo voy a decir; y si encuentras una sola repetición, o un solo ripio, me doy por vencido.

ESQUILO

Empieza ya: mi deber es escucharte; veamos qué hermosos son los versos de tus prólogos.

EURÍPIDES

Edipo, que al principio era dichoso... (180).

ESQUILO

De ningún modo; su sino era la desgracia, pues ya antes de que se le engendrara predijo Apolo que mataría a su padre, y aún no había nacido. ¿Cómo, pues, al principio era dichoso?

EURÍPIDES

¡Mortal infelicísimo fue luego!

(177) El verbo χατέρχομαι se decía con especialidad de la vuelta de los desterrados.

(178) Las coéforas, 4 y 5.

(179) En las invocaciones a los muertos se les llamaba tres veces por su nombre.

(180) Principio de la Antígona de Eurípides, tragedia perdida.

ESQUILO

De ningún modo, repito. No dejó de ser lo que era. Además, esa felicidad fue imposible. Apenas nació, ya le expusieron metido en una olla (181) en el rigor del invierno, para que no llegase a ser el asesino de su padre; después, por desgracia suya, llegó al palacio de Pólipo, con los pies hinchadoa (182); luego, joven todavía, se casó con una vieja, que por añadidura era su madre, y por último se sacó los ojos.

BACO

¡Feliz él si hubiera mandado la escuadra con Erasínides! (183)

EURÍPIDES

Desbarras, mis prólogos son buenos.

ESQUILO

Por Zeus, no pienso ir desmenuzando tus versos palabra por palabra, sino con la ayuda de los dioses aniquilar tus prólogos sin más que con una pequeña alcuza.

EURÍPIDES

¿Con una alcuza?

ESQUILO

Sí, con una sola; pues tus yambos son de tal naturaleza que se les puede añadir lo que se quiera, un pellejito, una alcucita, un saquito, como te lo demostraré en seguida.

EURÍPIDES

¿Tú demostrarme eso?

ESQUILO

Sí, yo.

BACO

Vamos, recita.

(181) Cuando se exponía un niño en Atenas se le metía en una olla o especie de cuna de barro que empleaban las clases pobres.

(182) Ésta es la etimología de Edipo.

(183) Uno de los generales que mandaban la flota ateniense en la batalla de las Arginusas; fue condenado a muerte con sus colegas, por no haber dado sepultura a los soldados muertos en el combate.

EURÍPIDES

Cuando, según la fama más creída, con sus cincuenta hijas llegó Egipto de Argos a la región... (184).

ESQUILO

Perdió su alcuza (185).

EURÍPIDES

¿Qué alcuza? ¡Así te mueras!

BACO

Recita otro prólogo, y veamos.

EURÍPIDES

Baco, que armando del pomposo tirso y cubierto de pieles de cervato, danza en las cumbres del Parnaso agreste de antorchas al fulgor... (186).

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

De nuevo nos sacude con su alcuza.

EURÍPIDES

No nos fastidiará más, pues a este prólogo no le podrá colgar la alcuza. No existe, no, felicidad completa; tal de ilustre familia, es pobre; y otro de modesta extracción... (187).

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Eurípides!

EURÍPIDES

¿Qué hay?

BACO

Recoge velas; pues esta alcuza va a convertirse en huracán.

EURÍPIDES

Poco se me importa, por Ceres; ya verás cómo se lo hago soltar de las manos.

BACO

Continúa recitando, y mucho ojo con la alcuza.

EURÍPIDES

La ciudad de Sidón abandonando, Cadmo, hijo de Agenor... (188).

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Ay, amigo mío! Cómprale esa bendita alcuza, pues, si no, *va a* echar a pique todos los prólogos.

EURÍPIDES

¡Cómo! ¿yo comprársela?

BACO

Si me haces caso.

(184) Principio del Arquelao, tragedia de Eurípides que se ha perdido.

(185) Ληχόθειον ἀπώλεσα, frase análoga a la latina oleum perdidit (trabajo perdido), con cuya adición a los versos que recita Eurípides da a entender que no tienen ningún valor, y que el autor ha perdido lastimosamente el tiempo y el trabajo que le ha costado el componerlos...

(186) Prólogo de la Hipsipile, tragedia de Eurípides que ha perdido.

(187) Prólogo de la Estenobea.

(188) Prólogo del Frixo.

EURÍPIDES

No por cierto. Puedo citarle una porción de prólogos, a los que no podrá aplicarles la alcuza. Pélope, hijo de Tántalo, partiendo para Pisa, animando los corceles de su carro veloz... (189).

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¿Lo ves? De nuevo le ha colgado su alcuza. Vamos, Esquilo, véndesela a cualquier precio que tú por un óbolo podrás comprar otra hermosísima.

EURÍPIDES

Te digo que no; aún me quedan muchos.

Eneo en su heredad... (190).

ESQUILO

Perdió su alcuza.

EURÍPIDES

Déjame acabar el primer verso.

Eneo en su heredad, habiendo un día

pingüe cosecha recogido y de ella

ofrecido a los dioses las primicias
en piadosa oblación...

ESQUILO

Perdió su alcuza.

BACO

¡Durante el sacrificio! ¿Quién se la quitó?

EURÍPIDES

Permíteme, amigo mío, que pruebe con este verso:

Zeus (la verdad misma lo asegura)... (191)

BACO

Estás perdido; en seguida va a añadir: “Perdió su alcuza.”

Porque la tal alcuza se adhiere a tus prólogos como el orzuelo a los párpados. Pero, por todos los dioses, pasa ya a ocuparte de la parte lírica de sus dramas.

EURÍPIDES

Puedo demostrar hasta la evidencia que sus cantos son perversos y llenos de las mismas repeticiones.

CORO

¿En qué parará esto? Ansioso estoy de saber qué censuras se atreverá a presentar contra sus infinitos y bellísimos cantos, tan superiores a los de los poetas del día; no acierto a comprender en qué podrá motejar a este rey de las fiestas de Baco (192), y le auguro una derrota.

EURÍPIDES

¡Sí! ¡admirables cantos líricos! Ahora se verá, pues voy a reunirlos todos en uno.

BACO

Y yo llevar la cuenta con estas piedrecitas.

EURÍPIDES

Aquiles (193), rey de Ftía, ¿por qué, si oyes
el estruendo feral de la matanza,
a aliviar sus trabajos, di, no vuelas? (194).

Nosotros, habitantes de este lago,
culto rendimos al astuto Hermes,
egregio fundador de nuestra raza,
y a aliviar sus trabajos tú no corres (195).

BACO

Ya tienes dos *trabajos*, Esquilo.

EURÍPIDES

Oh el más ilustre aqueo, ínclito Atrida,
jefe de muchos pueblos poderosos (196),
¿a aliviar sus trabajos tú no corres?

BACO

Va el tercer *trabajo*, Esquilo.

EURÍPIDES

Silencio: las proféticas Melisas (197).
de Ártemis van a abrir el templo agosto.
¿Y a aliviar sus trabajos tú no vuelas?

Yo puedo proclamar que los guerreros (198)
partieron con auspicios la victoria;
a aliviar sus trabajos tú no corres.

BACO

¡Soberano Zeus! ¡qué infinidad de *trabajos*! Quiero ir a bañarme; pues con
tanto *trabajos* se me han inflamado los riñones.

EURÍPIDES

Por favor, no te vayas antes de oír este canto arreglado para cítara.

(189) Prólogo de la Ifigenia en Tauros.

(190) Prólogo del Meleagro.

(191) Prólogo de la Melanipa.

(192) Es decir, de la tragedia. Véase cómo Aristófanes hace justicia al mérito de Esquilo.

(193) Reunión de fragmentos que no forman sentido, citados por Eurípides para demostrar que su adversario incurre en muchas repeticiones.

(194) Versos de Los Mirmidones de Esquilo.

(195) Tomado de Los psicagogos (conductores de las almas).

(196) No se sabe si este fragmento pertenecía al Télefo o a la Ifigenia, tragedias de Esquilo.

(197) Sacerdotisas de Ártemis. Dábase este nombre a todas las mujeres inspiradas, dedicadas al cuidado de los templos.

(198) Verso 104 del Agamenón de Esquilo.

BACO

Sea; pero pronto y sin *trabajos*.

EURÍPIDES (199)

¿Por qué los dos monarcas que

comandan

la ardiente juventud de los Aqueos,

flatotrato-flatotrat,

la aterradora Esfinge han enviado,

perro fautor de negros infortunios?

flatotrato-flatotrat.

Vibrando el asta en la potente garra

el ave que impetuosa y vengadora

flatotrato-flatotrat.

entrega al crudo diente de los perros,

osados vagabundos de los aires,

flatotrato-flatotrat.

los que se inclinan al partido de Áyax.

flatotrato-flatotrat.

BACO

¿Qué es ese flatotrat? ¿En Maratón, o dónde has recogido ese canto de aguadores?

ESQUILO

No; yo di a lo que era ya bueno una forma igualmente bella, para que no se dijese que cogía en el jardín sagrado de las Musas las mismas flores que Frínico (200). Pero Eurípides, para tomar sus cantos, acude a los de todas las meretrices, y a los escollos de Meleto (201), a los aires de la flauta caria, a los acentos doloridos, y a los himnos coreo gráficos, como os lo voy a demostrar en seguida. Traedme una lira. ¿Pero qué necesidad hay de lira para éste? ¿Dónde está la mujer que toca las castañuelas? Ven, oh Musa de Eurípides. Tú eres la única digna de modular sus canciones.

(199) La tirada de versos que recita Eurípides está compuesta de fragmentos tomados de diversas obras de Esquilo, como la Esfinge, el Agamenón y los Traeos. El ridículo estribillo flatotrato flatotrat es para imitar el traqueteo de algunas frases de Esquilo, cuyo sentido no se penetra con facilidad.

(200) Parece natural que sea el poeta trágico; pero el Escoliasta dice que Esquilo se refiere al lírico.

(201) Poeta trágico y lírico de poco mérito. Se cree que es el mismo que sostuvo la acusación contra Sócrates.

BACO

¿No ha imitado nunca esa Musa a las lesbianas? (202)

ESQUILO (203)

Alciones que gorjeáis sobre las olas
infinitas del piélagos salado,

con gotas titilantes

de rocío, menudas y cambiantes,

el nítido plumaje salpicado;

arañas que en los lóbregos rincones

de las habitaciones

hi-i-i-láis (204) la trama prodigiosa

con la pata ligera,

y con la resonante lanzadera.

El delfín cautivado

por el son de las flautas delicadas,

augurando buen viaje,

salta regocijado

en torno de las proas azuladas.

Adorno de la vid, crespo follaje,

sostén lozano del racimo bello,

enlaza, hijo, tus brazos a mi cuello,

¿Ves tú el ritmo?

(202) En sus nefandas torpezas.

(203) Centón de versos tomados de la Hipsípila, el Meleagro, la Ifigenia en Tauros y la Electra de Eurípides, sin enlace ninguno y citados sin más objeto que demostrar defectos de ritmo.

(204) Esta recepción de una misma vocal es una burla que el poeta hace de la costumbre de cantar varias notas sobre una misma sílaba que iba introduciéndose en la melopea; tal vez serían una especie de grupetti o fioriture.

BACO

Lo veo.

ESQUILO

¡Cómo! ¿Lo ves?

BACO

Lo veo.

ESQUILO

¿Y tú, autor de semejantes versos; tú que imitas al componerlos las doce posturas de Cirene (205), te atreves a censurar los míos?

Tales son sus cantos líricos: examinemos ahora sus monólogos (206):

Oscuridad profunda de la noche,

del fondo de tu abismo tenebroso

¿qué ensueño pavoroso

envías a mi mente conturbada?

Sin duda es un aborto del averno,

un alma inanimada,

de horrible aspecto y de letal mirada,

un hijo de la noche y del infierno,

de uñas de acero y veste rozagante.

La lámpara brillante,

esclavas, encended, y al cristalino

río hurtadle la linfa en vuestras urnas;

calentadla y podré de este divino

sueño purificarme,

que en las horas nocturnas

ha venido espantoso a atormentarme.

¡Oh Posidón! ¿Qué es esto?

El prodigio funesto

ved, mis consortes en destino impío,

¡ah! Glice sin entrañas

¡huye, huye, y se lleva el gallo mío!

¡Ninfas de las montañas,

y tú, Mania, prended, prended a Glice!

Yo que estaba ¡infelice!
a mi labor atenta
el blanco lino hi-i-i-ilando
que mi rueca cubría,
y el ovillo formando
que al despuntar el día
en la plaza pensaba
a buen precio vender; mas él volaba
¡ay! volaba (207) y con alas incansables
por el éter cruzaba;
y penas, penas ¡ay! interminables,
me dejó solamente,
y tristezas y enojos,
y convertidos en perenne fuente
de lágrimas, de lágrimas mis ojos!
Cretenses, acudid; hijos del Ida,
con el arco homicida
en mi auxilio volad, cercad la casa;
divina cazadora,
Ártemis clara, acude con tus canes
y registra los últimos desvanes.
Hécate, hija del gran Zeus, enciende
dos antorchas, y guía
a la mansión de la ladrona Glice;
quizá, quizá a su luz, ¡ay infelice!
pueda encontrar la pobre hacienda mía.

(205) Famosa cortesana quae duodecim venéreas staturas profitebatur. Esquilo increpa de nuevo a Eurípides sobre la inmoralidad de sus dramas.

(206) Parodia del monólogo de Hécuba, en la tragedia de este título, y otros pasajes desconocidos para nosotros.

(207) Esta repetición y las siguientes se encuentran en el texto original, y son parodia del estilo de Eurípides.

BACO

Basta de coros.

ESQUILO

Sí, basta. Ahora quiero traer una balanza, pues es el único medio de aquilatar el valor de nuestra poesía y calcular el peso de nuestras palabras.

BACO

Vamos, venid. Me veo reducido a vender por libras el numen de los poetas, como si fuese queso (208).

CORO

Las gentes de talento son muy ingeniosas. Es ésta una idea peregrina, admirable y extraña que antes a nadie se le había ocurrido. Yo, si alguno me lo hubiese contado, no le hubiera dado crédito pensando que deliraba.

BACO

Ea, acercaos a los platillos...

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya estamos.

BACO

Recitad teniéndolos cogidos, cada uno un verso, y no los soltéis hasta que yo diga: ¡Cucú!

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya están cogidos.

BACO

Decid ya un verso sobre la balanza.

EURÍPIDES

¡Oh, si el *Argos* jamás volado hubiera!... (209)

ESQUILO

¡Oh río Esperquio! ¡oh pastos de los toros!... (210)

BACO

¡Cucú! Soltad. ¡Oh! el verso de Esquilo baja mucho más.

EURÍPIDES

¿Por qué?

BACO

Porque, a ejemplo de los vendedores de lana, ha mojado su verso, poniendo en él un río, y tú le has aligerado poniéndole alas.

EURÍPIDES

Que recite otro y lo pese.

BACO

Coged de nuevo los platillos.

ESQUILO Y EURÍPIDES

Ya están.

BACO

(a Eurípides) Di.

EURÍPIDES

De la Persuasión dulce es la elocuencia

el único santuario... (211).

ESQUILO

Sólo la muerte es la deidad

que no ama las oblacones pías... (212).

(208) Se acerca a una gran balanza que acaban de traer a la escena.

(209) Verso primero de la Medea de Eurípides. El Argos es el navío en el cual hicieron los héroes griegos su expedición a la Cólquide.

(210) Verso del Filoctetes de Esquilo. El Esperquio era un río de Tesalia que nacía en el Pindó y desembocaba en el Golfo Malio.

(211) Verso de la Antígona de Eurípides. El sentido es que para persuadir no es preciso decir la verdad, sino hablar bien.

(212) Verso de la Níobe de Esquilo.

BACO

Soltad, soltad. De nuevo la balanza cae hacia el lado de Esquilo; y es porque ha echado en el plato la Muerte, que es el más pesado de los males.

EURÍPIDES

Y yo la Persuasión; mi verso es inmejorable.

BACO

Pero la Persuasión es cosa ligera y de poco peso. Vamos, busca entre tus versos más pesados uno muy robusto y vigoroso que incline la balanza a tu favor.

EURÍPIDES

¿Pero dónde encontrarlo? ¿dónde?

BACO

Yo te lo diré: “Aquiles ha sacado dos y cuatro” (213). Recitad; ésta es la última prueba.

EURÍPIDES

Se apoderó de una ferrada maza (214).

ESQUILO

El carro sobre el carro, y el cadáver sobre el cadáver... (215).

BACO

(a Eurípides) Otra vez te ha vencido.

EURÍPIDES

¿Cómo?

BACO

Ha puesto dos carros y dos cadáveres, cuyo peso no podrían levantar ni cien egipcios (216).

ESQUILO

Dejémonos de disputar verso por verso: póngase Eurípides en un plato de la balanza, con sus hijos, su mujer, Cefisofón (217) y todos sus libros, y yo pondré solamente dos versos en el otro.

BACO

Ambos poetas son amigos míos, y no quiero decidir la cuestión, pues sentiría enemistarme con uno de ellos. El uno me parece muy diestro, el otro me encanta.

HADES

Entonces no has logrado el objeto de tu viaje.

BACO

¿Y si sentencio?

HADES

Te llevarás el que prefieras; y no habrás hecho en balde el viaje.

BACO

Gracias, Hades. Ahora, escuchadme: yo he bajado aquí en busca de un poeta...

EURÍPIDES

¿Para qué?

BACO

Para que la ciudad, una vez libre de peligros (218), haga representar sus tragedias. Estoy resuelto a llevarme a aquel de vosotros que me dé un buen consejo para la república.

Decidme: ¿qué pensáis de Alcibíades? Ésta es cuestión que ha puesto en aprietos a Atenas (219).

EURÍPIDES

¿Y qué piensa de él?

BACO

¿Qué piensa? Le desea, le aborrece y no puede pasarse sin él. Vamos, decid vuestra opinión.

EURÍPIDES

Detesto al ciudadano lento en ayudar a su patria, pronto en hacerla daño, hábil para el propio interés, torpe para los del Estado.

BACO

¡Bien, por Posidón! Sepamos ahora tu parecer.

EURÍPIDES

No conviene criar en la ciudad al cachorro del león. Lo mejor es esto; pero, una vez criado, es necesario someterse a sus caprichos.

BACO

Por Zeus salvador, quedo en la misma indecisión; el uno habló con ingenio y el otro con claridad. Decidme ambos vuestra opinión sobre los medios de salvar la república.

EURÍPIDES

Poniendo a Cinesias, a modo de alas, sobre Cleócrito (220), de suerte que el viento se llevase a ambos sobre las olas del mar...

BACO

La idea es chistosa, pero ¿adonde vas a parar?

(213) Verso del Télefo de Eurípides. Aquiles jugaba en esta tragedia a los dados, cuya circunstancia hubo de suprimirse en otra representación, por haber sido silbada.

(214) Verso del Meleagro de Eurípides.

(215) Verso del Glauco de Esquilo.

(216) Muchos de los mozos de cordel y cargadores de Atenas eran egipcios.

(217) Amigo de Eurípides ya citado.

(218) La situación de Atenas era al representarse Las ranas sumamente crítica.

(219) Alcibíades estaba entonces fugitivo de Atenas, y muchas personas trabajaban para que volviese.

(220) Cinesias era sumamente flaco, y Cleócrito muy alto y grueso. A éste le llamaban el avestruz, por su elevada estatura.

EURÍPIDES

Cuando hubiera una batalla naval podrían echar vinagre a los ojos de nuestros enemigos. Pero voy a deciros otra cosa.

BACO

Di.

EURÍPIDES

Si confiamos en lo que ahora desconfiamos, y desconfiamos en lo que ahora confiamos...

BACO

¿Cómo? No entiendo. Dilo más llana y comprensiblemente.

EURÍPIDES

Si desconfiamos de los ciudadanos en que hoy confiamos, y empleamos a los que tenemos en olvido, quizá nos salvaremos. Pues si con aquellos somos infelices, ¿no conseguiremos ser felices empleando a sus contrarios?

BACO

¡Admirable! Eres el hombre más ingenioso, un verdadero Palamedes (221). Dime: ¿esa idea es tuya o de Cefisofón? (222)

EURÍPIDES

Es mía; la del vinagre es de Cefisofón.

BACO

¿Qué dices tú?

ESQUILO

Dime antes a quiénes emplea la república. ¿A los hombres de bien?

BACO

No; los aborrece de muerte.

(221) Tenía talento inventivo. Se le atribuyen la invención de los pesos, las medidas, los juegos de dados y las cuatro letras.

(222) Alusión a la participación que se decía tenía Cefisofón en las tragedias de Eurípides.

ESQUILO

¿Le agradan los malos?

BACO

Tampoco; pero la necesidad le obliga a echar mano de ellos.

ESQUILO

¿Qué medios de salvación puede haber para una ciudad que no quiere paño fino ni burdo?
(223)

BACO

Por favor, Esquilo, discurre alguno que nos saque del abismo.

ESQUILO

En la tierra te lo diré; aquí no quiero.

BACO

De ningún modo; envíales desde aquí la felicidad.

ESQUILO

Se salvarán cuando crean que la tierra de sus enemigos es suya, y la suya de sus enemigos; y que sus naves son sus riquezas, y sus riquezas su ruina (224).

BACO

Muy bien; pero los jueces lo devoran todo (225).

HADES

(a Baco) Sentencia.

(223) Es decir, que no le agrada ni el partido aristocrático ni el democrático.

(224) Aristófanes reproduce el sabio consejo de Pericles, quien consideraba que la verdadera fuerza de Atenas estaba en la marina, y que nada importaba fuese devastado su territorio.

(225) Alusión a su salario, que, al representar Las ranas, era de dos óbolos, y que absorbía grandes sumas que podían ser destinadas al mantenimiento de la flota.

BACO

Sentenciad vosotros. Yo elijo al predilecto de mi corazón.

EURÍPIDES

Tomaste a los dioses por testigos de que me llevarías. Sé fiel a tu juramento y elige a tus amigos.

BACO

“La lengua ha jurado” (226), pero escojo a Esquilo.

EURÍPIDES

¿Qué has hecho, miserable?

BACO

¿Yo? Declarar vencedor a Esquilo. ¿Por qué no?

EURÍPIDES

¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de tu vergonzosa felonía?

BACO

¿Hay algo vergonzoso mientras el auditorio no lo tenga por tal?

EURÍPIDES

¿Cruel, me vas a dejar entre los muertos?

BACO

¿Quién sabe si el vivir es morir, si el respirar es comer, si el sueño es un vellón? (227)

HADES

Entrad. Baco, ven conmigo.

BACO

¿Para qué?

HADES

Para que os dé hospitalidad antes de que partáis.

(226) Frase del Hipólito de Eurípides, muchas veces citada.

(227) Parodia de pasajes de Eurípides.

BACO

Bien dicho, por Zeus; eso me agrada más.

CORO

¡Feliz el poseedor de toda la sabiduría! Mil pruebas lo demuestran. Esquilo, gracias a su ingenio y habilidad, vuelve a su casa para dicha de sus conciudadanos, amigos y parientes.

Guardémonos de charlar con Sócrates, despreciando la música y demás accesorios importantes de las Musas trágicas. El pasarse la vida en discursos enfáticos y vanas sutilezas es haber perdido el juicio.

HADES

Parte gozoso, Esquilo; salva nuestra ciudad con tus buenos consejos y castiga a los tontos: ¡hay tantos! Entrega esta cuerda (228) a Cleofón (229), ésta a los recaudadores Mírmex y Nicómaco (230), y ésta a Arquénomo (231), y diles que se vengan por aquí pronto y sin tardar. Pues si no bajan en seguida, los agarro, los marco a fuego (232), y atándolos de

pies y manos con Adimante (233) hijo de Leucólofo, los precipito, hechos un fardo, a los infiernos.

ESQUILO

Cumpliré tus órdenes: coloca tú en mi trono a Sófocles para que me lo conserve y guarde, por si acaso vuelvo; porque después de mí, le creo el más hábil. En cuanto a ese intrigante, impostor y chocarrero, haz que jamás ocupe mi puesto, aun cuando quieran dárselo contra su voluntad.

HADES

(al Coro). Alumbradle con vuestras sagradas antorchas, y acompañadle cantando sus propios himnos y coros.

CORO

Dioses infernales, conceded un buen viaje al poeta que retorna a la luz, y a nuestra ciudad grandes y sensatos pensamientos. De esta suerte nos libraréis de los grandes males y del horrible estruendo de las armas. Cleofón y los que como él piensan, váyanse a pelear a su patria (234).

(228) Para que se ahorquen.

(229) Extranjero influyente, enemigo de la paz.

(230) Recaudadores concesionarios. Contra Nicómaco se ha conservado un alegato de Lisias.

(231) Desconocido.

(232) Como a los esclavos fugitivos.

(233) General ateniense que mandaba parte de la ilota.

(234) Da a entender que son extranjeros.

La asamblea de las mujeres

Aristófanes

PERSONAJES:

PRAXÁGORA.

UN HERALDO.

VARIAS MUJERES.

TRES VIEJAS.

CORO DE MUJERES.

UNA JOVEN.

BLEPIRO, marido de Praxágora.

UN JOVEN.

UN HOMBRE.

LA CRIADA DE PRAXÁGORA.

CREMES.

La escena representa una plaza, en Atenas, donde están la casa de Praxágoras y otras dos casas. Praxágoras sale de la suya disfrazada de hombre con una lámpara en la mano.

PRAXÁGORA.-

(Parodiando ciertos prólogos trágicos.)

¡Oh lámpara preciosa de reluciente ojo que tan bien iluminas los objetos visibles! Vamos a decir tu nacimiento y tu oficio; labrada sobre el ágil torno del alfarero tus brillantes narices rebrillan como soles. Lanza con tus llamas las señales convenidas...

Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posturas del amor, tú sola nos asistes y nadie te rechaza como testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrazar su vegetación feraz, iluminas nuestros recónditos encantos. Tú sola nos acompañas cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestros deleites, jamás se los revelas a la vecindad.

Justo es, por tanto, que conozcas también los actuales proyectos aprobados por las mujeres, mis amigas, en las fiestas de los Esciros. Pero ninguna de las que deben acudir se presenta; ya empieza a clarear el día y de un momento a otro dará principio la Asamblea.

Es necesario apoderarnos de nuestros puestos, que, como ya recordaréis, dijo el otro día Firómaco, deben ser los otros, y una vez sentadas, mantenernos ocultas. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse las barbas postizas, como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos?—¡Ah! Allí veo una luz que se aproxima. Voy a retirarme un poco, no sea un hombre.

MUJER PRIMERA.—Ya es hora de ponerse en marcha; cuando salíamos de casa, el heraldo ha cantado por segunda vez.

PRAXÁGORA.—Y yo me he pasado toda la noche en vela esperándoos. Paro ... un momento; voy a llamar a esta vecina arañando suavemente su puerta, porque es preciso que su marido no note nada.

MUJER SEGUNDA.—Ye ha oído, al ponerme los zapatos, el ruido de tus dedos, pues no estaba dormida; mí marido, querida, es un marinero da Salamina; me ha estado atacando toda la noche bajo las sábanas; hasta ahora no he podido cogerle este manto que ves.

MUJER PRIMERA.—¡Ah! Ahí veo a Clináreta y Sóstrata, que vienen con su vecina Filéneta.

PRAXÁGORA.—¡Dáos prisa! Glice ha jurado que la que llegue la última pagará en castigo tres congios de vino y un quénice de garbanzos.

MUJER PRIMERA.—¿No ves e Melística, la mujer de Esmicición, como viene corriendo con los zapatos da su marido? Creo que esa es la única que habrá podido separarse sin dificultad da su marido.

MUJER SEGUNDA.—Mirad a Gensístrata, la mujer del tabernero, con su lámpara en la mano, acompañada de las mujeres de Filodoreto y Querétades.

PRAXÁGORA.-También veo a otras muchas flor y nata de le ciudad, que se dirigen hacía nosotras.

MUJER TERCERA.-A mí, querida mía, me ha costado un trabajo ímprobo poder escaparme sin que me vieran. Mí marido ha estado tosiendo toda le noche por haber cenado demasiadas sardinas.

PRAXÁGORA.-Bien sentaos; y puesto que ya estamos reunidas, decidme sí habéis cumplido todo lo que acordamos en la fiesta de los Esciros.

MUJER CUARTA.-Yo sí. Lo primero que hice, como convenido, fue ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Después, cuando mí marido se iba al Agora, me untaba con aceite de pies e cabeza y me tostaba al sol durante todo al día.

MUJER QUINTA.-Yo también he suprimido el uso de la navaja, para estar completamente velluda y no parecer en nada una mujer.

PRAXÁGORA.-¿Traeis las barbas con que dijimos que nos presentaríamos en la Asamblea?

MUJER CUARTA.-¡Sí por Hécate! Yo traigo esta, que es muy hermosa.

MUJER QUINTA.-Y yo, otra más bella que la de Epícretas.

PRAXÁGORA.-Y vosotras, ¿qué decís?

MUJER CUARTA.-Dicen que sí, con le cabeza.

PRAXÁGORA.-También veo que os habéis provisto de lo demás, pues traéis calzado lacedemonio, bastones y ropas da hombre, como dijimos.

MUJER SEXTA.-Yo traigo el bastón de Zemía, e quien se lo he quitado mientras dormía.

PRAXÁGORA.-Es uno da aquellos bastones sobre los que se apoya para expulsar sus flatos.

MUJER SEXTA.-Sí, ¡por Zeus salvador! Si ese hombre se pusiera la piel de Argos, sería el único para administrar la cosa pública.

PRAXÁGORA.-Ea, mientras todavía quedan estrellas en el cielo, dispongamos lo que debemos hacer, pues la Asamblea, para la que venimos dispuestas, empezará con la aurora.

MUJER PRIMERA.-¡Por Zeus! Tú debes tomar asiento al pie de la tribuna, frente e los Pritáneos.

MUJER SÉPTIMA.-Yo me he traído esta lana para cardarla durante la Asamblea.

PRAXÁGORA.-¿Durante la Asamblea? ¿Pero qué dices desgraciada?

MUJER SÉPTIMA.-Sí, por Artamis, sí. ¿Dejaré de oír porque esté cardando? Tengo a mis hijitos desnudos.

PRAXÁGORA.-¿Pero estáis oyendo esto? ¿Ponerse a cardar cuando es preciso no dejar ver a los asistentes ninguna parte de nuestro cuerpo! ¡Estaría bonito que en medio de la multitud una de nosotras se lanzase a la tribuna, se alzase los vestidos y dejase ver su... Formisio .

Por el contrario, si envueltas en nuestros mantos ocupamos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y las dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién sería capaz de no tomarnos por hombres? Agirrio , gracias a la barba de Prónimo , engañó a todo el mundo: antes era mujer, y ahora, como sabéis, ocupa el primer puesto en la ciudad.

Por tanto, yo os conjuro por el día que va a nacer, a que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos tomar en nuestras manos el gobierno de la ciudad; porque lo que es ahora ni a remo ni a vela se mueve la nave del Estado.

MUJER SÉPTIMA.-¿Y cómo una Asamblea de mujeres con sentimientos femeninos podrá arengar a la masa?

PRAXÁGORA.-Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más disolutos sean en general los de más fácil palabra, y, por fortuna, esta condición no nos falta a nosotras.

MUJER SÉPTIMA.-No sé, no sé; mala cosa es la inexperiencia.

PRAXÁGORA.-Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. Vamos, ponte pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en el arte de hablar.

MUJER OCTAVA: Pero, querida, ¿qué mujer necesita ejercitarse para eso?

PRAXÁGORA.-Ea, ponte la barba y conviértete cuanto antes en hombre. Aquí dejo las coronas ; ahora me voy yo también a plantar la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

MUJER SEGUNDA.-Querida Praxágora, ¡mira qué ridiculez!

PRAXÁGORA.-¿Cómo ridiculez?

MUJER SEGUNDA.-Es como ponerle las barbas a unos calamares asados.

PRAXÁGORA.-Purificador, da la vuelta con la comadreja; adelante; silencio. Arifrades, pasa y ocupa tu puesto. ¿Quién quiere usar de la palabra?

MUJER OCTAVA.-Yo.

PRAXÁGORA.-Pues ponte la corona, y buena suerte.

MUJER OCTAVA.-Ya está.

PRAXÁGORA.-Puedes hablar.

MUJER OCTAVA.-¿Y he de hablar antes de beber?

PRAXÁGORA.-¿Qué es eso de beber?

MUJER OCTAVA. Pues si no, querida, ¿para qué necesito la corona?

PRAXÁGORA.-Vete de aquí; allí nos hubieras hecho lo mismo.

MUJER OCTAVA.-¿Y qué? ¿No beben también ellos, aunque sea en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-¡Y dale con la bebida!

MUJER OCTAVA.-Sí, por Artemis, y vino del más puro. Por eso, a los que los examinan y estudian detenidamente les parecen sus insensatos decretos resoluciones de borrachos. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harían las libaciones a Zeus y demás ceremonias? Por otra parte, suelen maltratarse como personas que han bebido demasiado, y los arqueros se ven obligados a llevarse de la Asamblea a más de un borracho revoltoso.

PRAXÁGORA. Vete y siéntate; no sirves para nada.

MUJER OCTAVA.-Sí, por Zeus; mejor me hubiera valido no ponerme la barba pues, por lo que veo, me voy a morir de sed.

PRAXÁGORA.-¿Hay alguna otra que quiera hablar?

MUJER PRIMERA.-Yo.

PRAXÁGORA.-Pues bien, corónate, que la cosa urge. Procura hablar virilmente, como es debido y bien apoyada sobre el bastón.

MUJER PRIMERA.-Hubiera deseado ciertamente que cualquiera de los que están avezados a las lides oratorias me hubiera permitido con lo excelente de sus proposiciones permanecer tranquilo en mi lugar; mas no puedo consentir, por lo que a mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes. ¡No!, por las dos diosas...

PRAXÁGORA.-¡Por las dos diosas! ¿En qué estás pensando desdichada?

MUJER PRIMERA.-¿Qué ocurre? Aún no te he pedido de beber.

PRAXÁGORA.-Cierto, por Zeus; pero, siendo hombre, como lo eres ahora, has jurado por

las dos diosas. En lo demás has estado bien.

MUJER PRIMERA.-Tienes razón, por Apolo.

PRAXÁGORA.-¡Basta, pues! No daré un paso para ir a la Asamblea hasta que todo quede perfectamente ensayado.

MUJER PRIMERA.-Dame la corona; voy a arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien: En cuanto a mí, ¡oh mujeres aquí reunidas... !

PRAXÁGORA.-¡Desdichada! ¿Otra vez te equivocas diciendo «mujeres» en vez de hombres?

MUJER PRIMERA.-Epígono tiene la culpa. Le estaba mi-rando, y he creído que hablaba delante de mujeres.

PRAXÁGORA.-Vete tú también y siéntate allá lejos. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo antes a los dioses que concedan un éxito feliz a nuestra empresa.

(Iniciando su discurso.)

La felicidad de este país me interesa tanto como a vosotros, y me conduelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. La veo, en efecto, siempre gobernada por detestables jefes, y considero que si uno llega a ser bueno un solo día, luego es malo otros diez. ¿Quiéres encomendar a otro el gobierno? De seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro descontentadizo humor, que os hace temer a los que os aman y suplicar incesantemente a los que os detestan.

Hubo un tiempo en que no teníamos asambleas y pensábamos que Agirrio era un bribón; hoy que las tenemos, el que recibe dinero no tiene boca para ponderarlas; mas el que nada recibe, juzga dignos de pena capital a los que trafican con las públicas deliberaciones.

MUJER PRIMERA.-¡Muy bien dicho, por Afrodita!

PRAXÁGORA.-¡ Infeliz, has nombrado a Afrodita! Nos dejarás lucidas si te sales con esa pata de gallo en la Asamblea.

MUJER PRIMERA.-Allí no lo hubiera dicho.

PRAXÁGORA.-Bueno será que no te acostumbres.

(Siguiendo su discurso):

«Cuando deliberábamos sobre la alianza todo el mundo decía que era inminente la perdición de la ciudad si no se llegaba a hacer; hízose por fin, y todo el mundo lo llevó tan a mal, que el orador que la había aconsejado huyó y no ha vuelto a parecer. Es necesario armar naves -sostienen los pobres-. No es necesario –opinan los labradores y los ricos-. ¿Os indisponéis con los corintios? Ellos os pagan en la misma moneda. Ahora, pues, que los tenéis amigos, sedlo vosotros también. El argivo es ignorante; pero Hierónimo es un sabio . ¿Asoma una ligera esperanza de salvación? Pero Trasíbulo está enojado; nadie ha acudido a pedirle que vuelva.

MUJER PRIMERA.-¿Qué hombre tan inteligente!

PRAXÁGORA.-

(Esta vez me has elogiado como conviene.)

«¡Tú oh pueblo, eres la causa de todos estos males! Pues te haces pagar un sueldo de los fondos del Estado, con lo cual cada uno mira sólo a su particular provecho, y la cosa pública anda cojeando como Esimo. Pero si me atendéis, aún podéis salvaros. Mi opinión es que debe entregarse a las mujeres el gobierno de la ciudad, ya que son intendentas y administradoras de nuestras casas.

MUJER SEGUNDA.-Bien, muy bien, por Zeus. Sigue, sigue hablando...

PRAXÁGORA.-Yo os demostraré que las mujeres son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, según la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Atenas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas, ¿no tendría asegurada su salvación?

Se sientan para freír las viandas, como antes; llevan la carga en la cabeza, como antes; celebran las Tesmoforias, como antes; amasan las tortas, como antes; hacen rabiar a sus maridos, como antes; ocultan en casa a los galanes, como antes; sisan, como antes; les gusta el vino puro, como antes, y se complacen en el amor, como antes. Y al entregarles, ioh, ciudadanos! las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas ni les preguntemos lo que vayan a hacer; dejémoslas en plena libertad de acción, considerando solamente que, como madres que son, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién suministrará con más celo las provisiones a los soldados que la que les parió?

La mujer es ingeniosísima, como nadie, para reunir riquezas; y si llegan a mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas a hacerlo. No enumeraré las demás ventajas; seguid mis consejos y seréis felices toda la vida.

MUJER PRIMERA.-¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien, amiga mía?

PRAXÁGORA.-Durante las proscripciones , viví con mí esposo en el Pnix y, a fuerza de oír a los oradores, acabé por instruirme.

MUJER PRIMERA.-Ya no me extraña que seas tan hábil y elocuente. Tú serás nuestro jefe; procura poner en práctica tus proyectos. Pero sí Céfalo se lanza sobre tí para injuriarte, ¿cómo le replicarás en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-Le diré que delira.

MUJER PRIMERA.-Eso lo sabe el mundo.

PRAXÁGORA.-Que es un atrabiliario.

MUJER PRIMERA.-También eso se sabe.

PRAXÁGORA.-Que es tan buen político como mal alfarero.

MUJER PRIMERA.-¿Y si te insulta el legañoso de Neóclides?

PRAXÁGORA.-A ése le diré que vaya a mirar por el trasero de un perro.

MUJER PRIMERA.-¿Y sí te tumban de espaldas?

PRAXÁGORA.-También les tumbaré yo; en ese ejercicio pocos me ganarán.

MUJER PRIMERA.-Esa es una cosa que no hemos pensado: sí te llevan los arqueros, ¿qué harás?

PRAXÁGORA.-Me defenderé poniéndome así, en jarras, y no dejaré que me cojan por el talle.

MUJER PRIMERA.-Sí te sujetan, nosotras les obligaremos a que te suelten.

MUJER SEGUNDA.-Todo está perfectamente dispuesto; pero en lo que no hemos reflexionado es en cómo podremos acordarnos de levantar las manos en la junta, puesto que sólo estamos acostumbradas a levantar las piernas.

PRAXÁGORA.-Eso es lo difícil, y, sin embargo, no hay más remedio que alzar las manos, descubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos levantáos las túnicas y poneos pronto los zapatos, como habéis visto que lo hacen nuestros maridos cuando salen para dirigirse a la Asamblea. En cuanto os hayáis calzado perfectamente, sujetaos las barbas; después de atadas éstas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraídos a vuestros esposos, y marchad, apoyándoos en los bastones y entonando alguna vieja canción, a imitación de los campesinos.

MUJER SEGUNDA.-Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán al Pnix, directamente desde el campo.

PRAXÁGORA.-Apresuraos; ya sabéis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, se van sin recibir nada.

EL CORIFEO.-Llegó el momento de partir, ¡oh hombres! palabra ésta que no debe caérsenos nunca de la boca por temor a un descuido, porque, en verdad, no lo pasaríamos muy bien, sí se nos sorprendiera fraguando este golpe de audacia en las tinieblas.

EL CORO.-¡A la Asamblea, oh hombres! El Tesmoteta ha dicho que todo el que a primera hora, y antes de disiparse las tinieblas de la noche, no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisioncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Cartímides, Escímito, Draces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es preciso hacer.

Cuando hayamos recibido nuestro salario sentémonos juntos para votar decretos favorables a nuestras amigas. ¿Pero qué digo? Quería decir nuestros amigos. Procuremos expulsar a los que vengan de la ciudad; antes, cuando sólo recibían un óbolo por asistir a la Asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados, pero ahora la concurrencia es extraordinaria.

En el arcontado del valiente Mirónides nadie se hubiera atrevido a cobrar sueldo por su intervención en los negocios públicos, sino que todo el mundo acudía trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres o cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por el Estado, en seguida se reclama el trióbolo, como cualquier obrero albañil.

(Se va el Coro.)

BLÉPIRO.-

(En la puerta de su casa, calzado con pérsicas y vestido con las ropas de su mujer.)

¿Qué es ésto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? Está amaneciendo y no aparece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad, ando a oscuras buscando mi manto y mis zapatos sin lograr encontrarlos; y como lo que aquí me aprieta

(señalando el vientre)

Llama impaciente a la puerta, me he visto obligado a coger este chal de mi mujer y a calzarme los borceguíes pérsicos. ¿Dónde encontraré un lugar libre donde poder aliviar el cuerpo? ¡Eh!, de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¡Qué desgracia, haberme casado viejo! ¡Merezco que me muelan a golpes! De seguro que mi mujer no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, desahoguémonos.

Un HOMBRE.-¿Quién va? ¿No eres mi vecino Blépiro? Sí, por Zeus, es el mismo. Dime, ¿qué es eso de color marrón? ¿Cinesias te ha llenado quizá de inmundicia?

BLÉPIRO.-No; he salido de casa con el vestido azafranado que suele ponerse mi mujer.

EL HOMBRE.-¿Pues dónde está tu manto?

BLÉPIRO.-No lo sé; lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama y no he podido encontrarlo.

EL HOMBRE.-¿Y por qué no le has dicho a tu mujer que lo buscase?

BLÉPIRO.-Porque no está en casa. Se ha escurrido yo no sé cómo y temo no me esté jugando alguna mala partida.

EL HOMBRE.-¡Por Poseidón!, entonces te ocurre lo mismo que a mí. También mi mujer ha desaparecido, llevándoseme el manto que suelo ponerme; y no es eso lo peor, sino que también me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

BLÉPIRO.-Ni yo mi calzado lacedemonio, por Dionysos; y como apremiaba la necesidad, me he puesto a toda prisa sus coturnos, no fuera a ensuciar la colcha, que está recién lavada.

EL HOMBRE.-¿Qué puede haber sucedido? ¿Le habrá convidado a comer alguna de sus amigas?

BLÉPIRO.-Eso creo yo, porque ella no es perversa, que yo sepa.

EL HOMBRE.-Pero ¿estás haciendo cordilla? Ya es hora de ir a la Asamblea; aunque lo peor es que he de encontrar un manto, pues no tengo más que el que he perdido.

BLÉPIRO.-Y yo también, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

EL HOMBRE.-Será la misma que se le atravesó a Trasíbulo cuando aquello de los Lacedemonios.

BLÉPIRO.-¡Por Dionysos, que no hay quien la arranque; ¿Qué haré? Porque no es sólo el mal presente lo que me aflige, sino el pensar por dónde habrá de salir lo que coma. Este maldito Acradusio ha cerrado la puerta a cal y canto. ¿Quién me traerá un médico? ¿Y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad? ¿Quizá Aminon? Pero no querrá venir. Buscadme a Antístenes a toda costa; a juzgar por sus suspiros, debe ser práctico en esto de estreñimientos. ¡Santa Patrona de los Partos, no me dejes morir de esta obstrucción para que los cómicos se burlen después de mí!

CREMES.-

(Que viene de la Asamblea.)

¡Eh, tú, ¿qué haces? ¿Tus necesidades, por lo que veo?

BLÉPIRO.-Ya no; terminé, por Zeus y me levanto.

CREMES.-¿Cómo te has puesto el vestido de tu mujer?

BLÉPIRO.-Lo cogí sin darme cuenta, en la oscuridad. Y tú ¿de dónde vienes?

CREMES.-De la Asamblea.

BLÉPIRO.-Pues qué, ¿se ha concluído?

CREMES.-Ya lo creo, casi al amanecer. Por Zeus, que me he reído a gusto viendo la pintura roja extendida con profusión por todo el recinto.

BLÉPIRO.-¿Habrás recibido el trióbolo?

CREMES.-¡Ojalá! Pero llegué tarde y eso es lo que siento: volverme a casa con el zurrón vacío.

BLÉPIRO.-¿Cómo ha sido eso?

CREMES.-Ha habido en el Pnix una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos a todos por zapateros, pues sólo se veían rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la Asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

BLÉPIRO.-¿De suerte que yo tampoco lo cobraría, aunque fuera.

CREMES.-No, por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO.-¡Infeliz de mí! «¡Oh, Antíloco! Llórame más vivo sin el trióbolo que muerto con él; perdido soy» . Pero ¿por qué acudió esa multitud tan temprano?

CREMES.-Los Pritáneos habían resuelto abrir un debate sobre el medio de salvar la ciudad. Al instante se plantó en la tribuna el pitañoso Neóclides; pero al punto gritó el pueblo en masa (ya puedes figurarte con qué fuerza) : «¿No es una indignidad que, tratándose de la salvación de la ciudad, se atreva a arengarnos ése, que ni siquiera ha podido salvar sus pestañas?» Entonces Neóclides, ha dicho, replicando y mirando en derredor: «Pues ¿qué debía hacer?»

BLÉPIRO.-Machacar ajos, con jugo de laserpicio y euforbio de Lacedemonia y untarte con ello los párpados todas las noches, le hubiera contestado yo, de estar presente.

CREMES.-Después de Neóclides, el pobre Eveón se ha presentado desnudo, según creían los más, aunque él aseguraba que llevaba manto y ha pronunciado un discurso lleno de espíritu popular. «Ya véis, decía, que yo mismo tengo necesidad de ser salvado, y que me hacen falta precisa dieciséis dracmas ; sin embargo, no por eso dejaré de hablar de los

medios de salvar a la ciudad y a los ciudadanos.

En efecto, si al empezar el invierno los bataneros suministrasen mantos de abrigo a los necesitados, ninguno de nosotros sería atacado nunca por la pleuresía. Además, propongo que los que carezcan de camas y de colchas, vayan después del baño a dormir a casa de un curtidor, el cual, si se niega a abrir la puerta en invierno, debe ser condenado a pagar tres pieles de multa.»

BLÉPIRO.-¡Excelente idea! Pero hubiera debido añadir (y de seguro que nadie le contradice) que los vendedores de harina tendrán obligación de dar tres quénices a los indigentes bajo las más severas penas; así, al menos, Nausírides podría ser útil al pueblo.

CREMES.-Luego ha subido a la tribuna un hermoso joven, muy blanco y parecido a Nicias, y ha empezado por decir que convenía entregar a las mujeres el gobierno de la ciudad. Entonces la muchedumbre de zapateros empezó a alborotarse y a gritar que tenía razón; pero la gente del campo se opuso vivamente.

BLÉPIRO.-Y le sobran motivos, ¡por Zeus!

CREMES.-Pero eran los menos. En tanto el orador continuaba vociferando a más y mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo pestes de tí.

BLÉPIRO.-Pues ¿qué dijo?

CREMES.-Ante todo que eres un bribón.

BLÉPIRO.-¿Y tú?

CREMES.-No me preguntes todavía. Además, un ladrón.

BLÉPIRO.-¿Yo solo?

CREMES.-Sí, por cierto; y un sicofante.

BLÉPIRO.-¿Yo solo?

CREMES.-Tú y también, por Zeus, todos esos.

(Designa a los espectadores.)

BLÉPIRO.-¿Y quién dice lo contrario?

CREMES.-«Las mujeres, proseguía, están llenas de discreción y dotadas de especial aptitud para atesorar; las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadía) revelamos siempre lo que tratamos en nuestras deliberaciones».

BLÉPIRO.-Y no mentía, ¡por Hermes!

CREMES.-«Las mujeres, continuaba, se prestan unas a otras vestidos, alhajas, plata, vasos, a solas; sin testigos; y se lo devuelven todo religiosamente, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres.»

BLÉPIRO.-¡Por Poseidón! es cierto, aunque haya habido testigos.

CREMES.-«Las mujeres jamás delatan ni persiguen a nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático.» En fin, que concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

BLÉPIRO.-¿Y qué se resolvió por último?

CREMES.-Encomendarles la dirección del Estado; es la única novedad que no se había ensayado en Atenas.

BLÉPIRO.-¿Eso se decretó?

CREMES.-Sí, por cierto.

BLÉPIRO.-¿De modo que quedan a cargo de las mujeres todas las cosas que estaban antes a nuestro cargo?

CREMES.-Eso es.

BLÉPIRO.-¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

CREMES.-Y tu mujer, y no tú, será la que en adelante alimente a los hijos.

BLÉPIRO.-¿Y no tendré que bostezar desde al amanecer?

CREMES.-No, por cierto; todo es ya cosa de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad.

BLÉPIRO.-Sólo una cosa es de temer para las personas de nuestra edad, y es que en cuanto se apoderen de las riendas del gobierno, no nos obliguen por la violencia...

CREMES.-¿A qué?

BLÉPIRO.-A... fornicarlas.

CREMES.-¿Y si no podemos?

BLÉPIRO.-No nos darán de comer.

CREMES.-Pues bien, arréglatelas de modo que puedas... cumplir y comer.

BLÉPIRO.-Siempre es odioso lo que se hace por fuerza.

CREMES.-Pero cuando el bien del Estado lo exige, debemos resignarnos; hay un proverbio antiguo que dice: «Todas las decisiones descabelladas e insensatas que tomamos son las que suelen dar mejores resultados para nosotros». ¡Ojalá sea ahora así, oh Augusta Palas y demás diosas! Pero yo me voy. Pásalo bien.

BLÉPIRO.-Igualmente, Cremes.

(Vanse.)

EL CORO.-En marcha, adelante. ¿Nos sigue algún hombre? Vuélvete y mira; ten mucho cuidado, porque hay una multitud de redomados bribones que espían por detrás nuestro

talante. Haz al andar el mayor ruido posible. Sería para todas la mayor vergüenza el ser sorprendidas por los hombres.

Envuélvete bien, mira a todas partes, a la derecha, a la izquierda, no fracase nuestra empresa. Apretemos el paso; ya estamos cerca del lugar donde partimos para la Asamblea, ya se ve la casa de nuestra estratega, la atrevida autora del decreto aprobado por los ciudadanos.

Vamos, no hay que retrasarse y dar tiempo a que alguien nos sorprenda con barbas postizas y nos denuncie. Retirémonos a la sombra, detrás de esa pared y, mirando con precaución, cambiémonos de traje y vistámonos como de ordinario. No hay que tardar. Mirad, ya viene de la Asamblea nuestra estratega. Apresuraos todas; es ridículo tener aún puestas estas barbas, mucho más cuando aquellas compañeras

(mostrando a Praxágora y a las otras mujeres)

ya vuelven con su habitual vestido.

PRAXÁGORA.-¡Oh, mujeres!, todos nuestros proyectos se han visto coronados por el éxito más favorable. Antes de que ningún hombre os vea, arrojad los mantos, quitaos ese calzado, desatad las correas lacedemonias y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy a entrar con precaución en casa antes de que me vea mi marido, y a poner el manto y demás prendas en el sitio de donde las cogí.

EL CORO.-Ya están cumplidas todas tus instrucciones; dínos ahora lo que debemos hacer para demostrarte nuestra sumisión, pues nunca he visto mujer más competente que tú.

PRAXÁGORA.-Quedaos para que me aconsejéis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Allá, en medio del tumulto y de las dificultades, ya me habéis dado la prueba de vuestra gran virilidad. (Entra en su casa.)

BLÉPIRO.-

(Saliendo.)

¡Eh, Praxágora! ¿De dónde vienes?

PRAXÁGORA.-¿Te importa mucho, querido?

BLÉPIRO.-¿Qué si me importa? ¡Vaya una pregunta!

PRAXÁGORA.-Supongo que no dirás que vengo de casa de un amante.

BLÉPIRO.-No de uno sólo, quizá.

PRAXÁGORA.-Pues puedes averiguarlo, si lo deseas.

BLÉPIRO.-¿Cómo?

PRAXÁGORA.-Comprueba si mi cabeza huele a perfumes.

BLÉPIRO.-¿Es que los perfumes son indispensables para hacer el amor?

PRAXÁGORA.-Para mí, sí.

BLÉPIRO.-¿Adónde has ido tan temprano y tan callandito, llevándote mi manto?

PRAXÁGORA.-Me ha enviado a llamar una compañera y amiga con dolores de parto.

BLÉPIRO.-¿Y no podías habérmelo dicho antes de marcharte?

PRAXÁGORA.-Pero hombre, ¿cómo dejarla sin asistencia en un trance tan urgente?

BLÉPIRO.-Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

PRAXÁGORA.-¡No, por las dos diosas! Fui como estaba, porque me decía que acudiera a toda prisa.

BLÉPIRO.-¿Y por qué no llevaste tus vestidos? Por el contrario te apoderas de los míos, me echas encima la túnica y te largas, dejándome como a un cadáver, salvo que no me has puesto coronas ni una lamparilla a mi lado.

PRAXÁGORA.-Hacia frío, y como soy débil y delicada, cogí tu manto por llevar más abrigo; además, marido mío, te dejé bien calentito bajo las colchas.

BLÉPIRO.-¿Y para qué te llevaste los zapatos lacedemonios y mi bastón?

PRAXÁGORA.-Para defender el manto. Cambié mis zapatos por los tuyos, y me fui, como si fueras tú mismo, pisando fuerte y golpeando las piedras con el bastón.

BLÉPIRO.-¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la Asamblea?

PRAXÁGORA.-No te apures: ha tenido un niño.

BLÉPIRO.-¿Quién? ¿La Asamblea?

PRAXÁGORA.-No, por Zeus, la mujer que me ha llamado. Pero, ¿de veras que se ha celebrado la Asamblea?

BLÉPIRO.-Si, por Zeus; ¿no recuerdas que te lo dije ayer?

PRAXÁGORA.-Si, ahora lo recuerdo.

BLÉPIRO.-¿Y no sabes lo que se ha decidido en ella?

PRAXÁGORA.-No.

BLÉPIRO.-Pues hija, en adelante ya puedes quedarte ahí sentada mascando calamares; dicen que os han confiado el poder a las mujeres.

PRAXÁGORA.-¿Para qué? ¿Para hilar?

BLÉPIRO.-No, por Zeus, sino para gobernar.

PRAXÁGORA.-¿Para gobernar qué?

BLÉPIRO.-Todos los asuntos de la Ciudad, sin excepción.

PRAXAGORA.-¡Por Afrodita, y que dichosa va a ser la Ciudad de ahora en adelante!

BLÉPIRO.-¿Por qué?

PRAXÁGORA.-Por mil razones. No se permitirá a los des-vergonzados que la deshonren, levantando falsos testimonios, ni acumulando infames delaciones.

BLÉPIRO.-¡No vayáis a hacer semejante cosa, en nombre de los dioses! ¡No vayáis a cortarnos los víveres!.

EL CORO.-No seas tonto y deja de hablar a tu mujer.

PRAXÁGORA.-A nadie le estará ya permitido robar, ni envidiar a los vecinos, ni ir desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas a los deudores.

CREMES.-Si, por Poseidón; grandes cosas, en verdad, con tal de que sean ciertas.

PRAXÁGORA.-Yo os digo que las realizaré.

(Al Coro.)

Tú me serás testigo; y él

(designando a su marido)

no tendrá nada que objetar.

EL CORO.-Ahora es la ocasión de poner en juego los recursos de tu ingenio y de probar tu amor al pueblo y lo que sabes hacer en favor de tus amigas. Ahora es la ocasión de desplegar en provecho de todos esa hábil inteligencia que colme de infinitas prosperidades la vida de un pueblo culto, demostrando su inagotable poder. Ahora es, sí, la ocasión, porque nuestra Ciudad necesita de un plan sabiamente combinado. Pero cuidemos de hacer cosas nunca hechas ni dichas; porque nuestros hombres aborrecen lo que están acostumbrados a ver. No tardes; pon enseguida manos a la obra. La diligencia es lo que mejor conquista el favor del público.

PRAXÁGORA.-Confío en la bondad de mis consejos; pero mucho me temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades y se aferren a las antiguas y habituales prácticas; esto es lo que me inquieta.

BLÉPIRO.-No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como el despreciar lo antiguo.

PRAXÁGORA.- (A los espectadores.) Pues bien; que nadie me contradiga ni interrumpa antes de conocer mi sistema y de haberme oído. Quiero que todos los bienes sean comunes, y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos; que no sea éste rico y aquél pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos y quien carezca de un solo servicio; en una palabra: establezco una vida común e igual para todos.

BLÉPIRO.- ¿Cómo podrá ser común a todos?

PRAXÁGORA.-

(Con un movimiento de impaciencia.)

Comiendo tu estiércol antes que yo.

BLÉPIRO.- ¿También será común el estiércol?

PRAXÁGORA.- ¡No, por Zeus! Pero me has interrumpido. Iba a decir que haré primero comunes los campos, el dinero y las demás propiedades. Y después, con todo este acervo de bienes, os alimentaremos, administrándolos económica y cuidadosamente.

BLÉPIRO.- ¿Y el que no posea tierras, sino dinero, dáricos y otras riquezas que no están a la vista?

PRAXÁGORA.- Las aportará al acervo común; de lo contrario será reo de perjurio.

BLÉPIRO.- Es decir, por lo mismo como las ganó.

PRAXÁGORA.- Pero no le servirán absolutamente de nada.

BLÉPIRO.- ¿Por qué?

PRAXÁGORA.- Porque nadie hará nada impelido por la pobreza. Todo será de todos: panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas, garbanzos. ¿Qué provecho se obtendría de no ponerlo todo en común? Dinos tu opinión sobre esto.

BLÉPIRO.-¿Los que disfrutaban de todas esas cosas no son, hoy, los que más roban?

PRAXÁGORA.-Hasta ahora, sí, amigo mío; pero cuando todo sea común, ¿qué provecho podrá haber en no traer su parte?

BLÉPIRO.-Si alguno ve a una linda muchacha y desea gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerle un obsequio, y de este modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

PRAXÁGORA.-Es que lo podrá obtener gratis. Pues yo haré que las mujeres sean también comunes, de suerte que puedan acostarse con los hombres y hacer hijos con cualquiera.

BLÉPIRO.-¿Pero cómo podrá ser así si todos se dirigirán a la más bonita y tratarán de poseerla?

PRAXÁGORA.-Las más feas e imperfectas estarán junto a las más lindas, y todo el que solicite a una de éstas deberá antes consumir un turno con las primeras.

BLÉPIRO.-Pero ¿no ves que, conforme a tu sistema, los ya machuchos flojaremos cuando lleguemos a las hermosas?

PRAXÁGORA.-No les dará ningún cuidado.

BLÉPIRO.-¿De qué?

PRAXÁGORA.-Tranquilízate, no les importará gran cosa.

BLÉPIRO.-¿El qué te digo?

PRAXÁGORA.-Acostarse o no acostarse con viejos como tú.

BLÉPIRO.-Veo que, en cuanto a vosotras, habéis tomado todas las precauciones para que ninguna carezca de galán. Pero ¿y los hombres? ¿Qué haremos? Porque es de suponer que las mujeres rechazarán a los feos y se entregarán a los hermosos.

PRAXÁGORA. Los feos acecharán a los hermosos al salir de los banquetes y en los lugares públicos y tampoco se permitirá que las mujeres cohabiten con los buenos mozos sin haber cedido antes a las instancias de los deformes y chiquitejos.

BLÉPIRO.-De suerte que la nariz de Lisíscrates, el chato, podrá competir ahora con los más gallardos mancebos.

PRAXÁGORA.-¡Sí, por Apolo! Esta decisión es eminentemente democrática. ¡Qué mortificación para esos vanitontos que llevan los dedos cargados de sortijas, cuando un viejo calzado con gruesos zapatones le diga: Amigo mío deja el paso al más anciano; espera a que yo haya concluido; resígnate a ser plato de segunda mesa.

BLÉPIRO.-Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer a sus propios hijos?

PRAXÁGORA.-¿Y para qué? Los jóvenes considerarán como padres a todas las personas de más edad.

BLÉPIRO.-Pero entonces, a pretexto de ignorarlo, ¿no estrangularán sin ningún empacho a todo viejo, cuando ahora lo hacen, sabiendo a ciencia cierta que son sus padres?

PRAXÁGORA.-Nadie lo permitirá, de ahora en adelante. Antes, a nadie le importaba que apaleasen a los padres ajenos; pero ahora todo el mundo, en cuanto oiga que ha sido maltratado un anciano, le defenderá en la duda de si será su propio padre.

BLÉPIRO.-En eso no andas descaminada. Pero te aseguro que pasaría un mal rato si Epicuro o Leucólofas se me acercasen llamándome papá.

PRAXÁGORA.-Peor rato pasarías...

BLÉPIRO.-¿Cómo?

PRAXÁGORA.-Si Aristilo te besara pretendiendo que eres su padre.

BLÉPIRO.-¡Pobre de él, si se atreviera!

PRAXÁGORA.-Pero tú olerías a calamento . Además, como ha nacido antes del decreto, no tienes que temer sus besos.

BLÉPIRO.-No podría aguantarlo. Pero ¿quién cultivará la tierra?

PRAXÁGORA.-Los esclavos. Tú no tendrás otro quehacer que acudir limpio y perfumado al banquete cuando sea de diez pies la sombra del cuadrante solar.

BLÉPIRO.-¿Y quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saberlo.

PRAXÁGORA.-Usad por de pronto los que tenéis; ya os daremos después otros.

BLÉPIRO.-Una sola pregunta: Si los magistrados condenan a uno a una multa, ¿de dónde tomará el dinero para pagarla? No es justo que sea del tesoro común.

PRAXÁGORA.-Ni siquiera habrá ya más procesos.

BLÉPIRO.-¡La de gente que veo en la ruina!

PRAXÁGORA.-Así lo he decidido. Además, ¿para qué había de haberlos?

BLÉPIRO.—¡Para mil cosas, por Apolo! En primer lugar, para el caso de negarse una deuda.

PRAXÁGORA.-Siendo todos los bienes comunes, ¿de dónde habría de sacar dinero el prestamista? Sería un ladrón manifiesto.

BLÉPIRO.-¡Sí, por Deméter! Y ahora, otra cosa: los que después de bien bebidos maltratan a los transeúntes, ¿con qué pagarán la multa correspondiente? Esto sí que no lo resuelves.

PRAXÁGORA.-Con su ordinaria pitanza: con este castigo de estómago no volverán a excederse así como quiera.

BLÉPIRO.-¿Y tampoco habrá más ladrones?

PRAXÁGORA.-¿Quién ha de robar lo que en parte ya posee?

BLÉPIRO.-¿No despojarán por las noches a los transeúntes?

PRAXÁGORA.-No, por cierto. Lo mismo si duermes en tu casa que si duermes fuera de ella, como sucedía antes, todo el mundo tendrá con qué vivir. Si alguno quiere despojar de sus vestidos a otro, éste se los cederá de buen grado; ¿a qué ha de oponerse? Ya sabe que podrá recibir del fondo común otros mejores.

BLÉPIRO. Y los hombres ¿ya no jugarán a los dados?

PRAXÁGORA.-No; ¿qué podían jugarse?

BLÉPIRO.-¿Qué género de vida vas a organizar?

PRAXÁGORA.-El mismo para todos. Pretendo hacer de nuestra ciudad una sola habitación, derribando todas las separaciones, hasta la más pequeña y de tal modo que todos sean libres de circular por todas partes.

BLÉPIRO.-¿Dónde se darán las comidas?

PRAXÁGORA.-Todos los pórticos y tribunales se convertirán en comedores.

BLÉPIRO.-¿Y para qué servirá la tribuna?

PRAXÁGORA.-Para colocar las cráteras y los cántaros de agua; un coro de niños celebrará desde ella la gloria de los valientes y el oprobio de los cobardes; así, si hay alguno de éstos, se retirará de la mesa avergonzado.

BLÉPIRO.-¡Buena idea, por Apolo! ¿Y dónde colocarás las urnas de los sorteos?

PRAXÁGORA.-Las pondré en el Agora junto a la estatua de Harmodio: iré sacando de ellas los nombres de los ciudadanos, hasta que todos se vayan contentos, sabiendo la letra donde les corresponda ir a comer ; así, el heraldo pregonará que los de la letra Beta vayan

a comer al pórtico Basílico; los de la Zeta, al de Teseo, y los de la Kappa, al mercado de las harinas.

BLÉPIRO.-¿Para atracarse de trigo?

PRAXÁGORA.-No; por Zeus; sólo para cenar.

BLÉPIRO.-Y al que no le toque en suerte ninguna letra para cenar le arrojarán de todas partes.

PRAXÁGORA.-Eso no sucederá, porque tendremos especial cuidado en dar copiosamente de todo a todos; de manera que cada cual se retirará del banquete ebrio con su corona y su antorcha. Entonces las mujeres os saldrán al encuentro, cuando volváis del festín, diciendos: «Ven acá, tenemos una hermosa muchacha.» Aquí hay una, hermosa y blanca como la nieve -les gritará otra desde un piso alto-, pero antes es preciso que compartas mi tálamo.» Los hombres feos seguiréis a los jóvenes gallardos, exclamando: « ¡Eh, tú! ¿A qué tanta prisa? No has de conseguir nada por mucho que corras; la ley nos ha concedido a los feos el derecho de prelación; mientras tanto podéis entreteneros en el vestíbulo, jugando con las hojas de higuera y haciéndoos... caricias.» Vamos, dime, ¿no te agrada este sistema?

BLÉPIRO.-Muchísimo.

PRAXÁGORA.-Ahora tengo que ir al Agora a recibir los bienes que vayan depositándose, y a escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un deber ineludible que me impone mi rango de jefe y la necesidad de proveer a la mesa común, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete.

BLÉPIRO.-¿Desde hoy ya?

PRAXÁGORA.-Sí, os digo. Luego quiero que las cortesanas cesen todo tráfico, todas sin excepción.

BLÉPIRO.-¿Por qué?

PRAXÁGORA.-Está claro.

(Se vuelve hacia las mujeres del Coro):

para que no se nos lleven la flor de la juventud. No es justo que unas esclavas bien adornadas les roben sus placeres a las mujeres libres. Ya no podrán acostarse más que con los esclavos, y sólo para ellos emplearán sus artilugios.

BLÉPIRO.-Vamos; yo te acompañaré, para que me vean los transeúntes y digan: «Mirad el marido de nuestra generala.»

(Vánse Blépiro y Praxágora.)

CREMES.-Voy a preparar mis enseres para llevarlos al Agora, y hacer inventario de toda mi hacienda.

(Dirigiéndose sucesivamente a cada objeto.)

Ven, hermosa zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven, llena aún con la harina de la que has cernido tantos sacos, a servir de Canéfora en la procesión de mis muebles. ¿Dónde está la portasombrilla? . Esta olla hará sus veces: ¡qué negra está, justo cielo! No lo estaría más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates se tiñe las canas.

Ponte a un lado, lindo tocador; y tú, trípode, desempeña las funciones de hidriáfora; a tí, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir a la Asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora , con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de olivo, y traéte también los dos trípodes y la alcuza . Los pucheros y demás menudencias, que se queden ahí.

UN HOMBRE.-¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! Jamás lo haré, por Poseidón. Veamos antes lo que pasa, y después meditemos mucho sobre la tal medida. ¿Cómo he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías antes de saber a fondo todo lo que hay? -¡Eh, tú!

(dirigiéndose a Cremes.)

¿Qué significan esos muebles? ¿Con qué objeto los has sacado? ¿Vas a mudarte de casa, o los llevas a empeñar?

CREMES.-No.

EL HOMBRE.-¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar? ¿Envías una procesión a Ieron, el pregonero?

CREMES.-No, por Zeus; voy a depositarlo en el Agora, conforme a la última ley.

EL HOMBRE.-¿A depositarlo?

CREMES.-Sí.

EL HOMBRE.-¡Por Zeus salvador, tú estás loco!

CREMES.-¿Cómo?

EL HOMBRE.-¿Cómo? Es fácil comprenderlo.

CREMES.-Pues qué, ¿no debo obedecer las leyes?

EL HOMBRE.-¿Qué leyes, desdichado?

CREMES.-Las que se acaban de promulgar.

EL HOMBRE.-¡Pero qué imbécil eres!

CREMES.-¿Yo imbécil?

EL HOMBRE.-Naturalmente; y el mayor de todos.

CREMES.-¿Porque cumplo las prescripciones legales?

EL HOMBRE.-¿Qué hombre sensato cumple lo que está prescrito?

CREMES.-Todos.

EL HOMBRE.-Tu estupidez no tiene límites.

CREMES.-¿Pero tú no piensas depositar tus bienes?

EL HOMBRE.-Me guardaré muy bien, antes de ver lo que hace la multitud.

CREMES -¿Puede ser otra que la de llevar al fondo común todos los bienes?

EL HOMBRE.-Cuando lo vea, lo creeré.

CREMES.-Por las calles no se habla de otra cosa.

EL HOMBRE.-Se hablará.

CREMES.-Todos dicen que van a llevar su parte.

EL HOMBRE.-Se dirá.

CREMES.-Me matas con tu desconfianza.

EL HOMBRE.-Se desconfiará.

CREMES.-¡Qué Zeus te confunda!

EL HOMBRE.-Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados a dar; sólo nos gusta recibir, en lo cual imitamos a los dioses. Para convencerte, no tienes más que mirarles a las manos: sus imágenes, cuando les pedimos dones y mercedes, nos alargan las manos vueltas hacia arriba; no en actitud de dar, sino de recibir.

CREMES.-Bueno, ya está bien. Déjame cumplir con mi deber. ¿Dónde está mi correa?

EL HOMBRE.-Pero ¿de veras lo vas a llevar?

CREMES.-Sí, por Zeus; mira, ya he atado este par de trípodes.

EL HOMBRE.-¡Qué locura! ¿Por qué no esperas a ver lo que hacen los demás, y después... ?

CREMES.-Después, ¿qué?

EL HOMBRE.-Esperar de nuevo y dar tiempo.

CREMES.-¿A qué?

EL HOMBRE.-Esperar a que se produzca un temblor de tierra, o un incendio desfavorable, o a que pase una comadreja, y verás, insensato, como nadie lleva nada al depósito.

CREMES.-¿Tendría gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas!

EL HOMBRE.-Si fuera para tomar no habría peligro de que pudieras hacerlo; pero para dejar, estate bien tranquilo aunque sea pasado mañana.

CREMES.-¿Cómo?

EL HOMBRE.-Conozco muy bien a esa gente. Se precipitan para dictar una disposición que luego no se cumple.

CREMES.-Todos aportarán sus bienes, amigo.

EL HOMBRE.-¿Y si no lo hacen?

CREMES.-No te quepa duda de que lo harán.

EL HOMBRE.-Y si no lo hacen ¿qué?

CREMES.-Les obligaremos.

EL HOMBRE.-¿Y si son más fuertes?

CREMES.-Dejaré mis muebles y me iré. ¡Ojalá revientes!

EL HOMBRE.-Y si revienta ¿qué ocurrirá?

CREMES.-Que habrás hecho bien.

EL HOMBRE.-¿Te obstinas, pues, en querer depositarlo?

CREMES.-Sí, por cierto, pues ya veo a mis vecinos que se disponen a llevar los suyos.

EL HOMBRE.-¿Quién? ¿Antístenes? . Ese preferiría mil veces estarse treinta días seguidos sentado en un bacín.

CREMES.-¡Vete al infierno!

EL HOMBRE.-Y Calímaco , el maestro de Coros, ¿qué llevará a la comunidad?

CREMES.-Más que Calias.

EL HOMBRE.-¡Este hombre quiere arruinarse!

CREMES.-¡Maldiciente!

EL HOMBRE.-¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los días decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dio sobre la sal?.

CREMES.-Me acuerdo.

EL HOMBRE.-¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas?

CREMES.-Ya lo creo. ¡Como que fue un desastre para mí lo de aquella maldita moneda! Con la venta de mis uvas me había llenado la boca de monedas de cobre, y me dirigí al mercado a comprar harina: tenía ya abierto el saco para recibirla, cuando, de pronto, el pregonero grita: «Nadie debe recibir en adelante la moneda de cobre; sólo será corriente la de plata».

EL HOMBRE.-Y hace poco, ¿no jurábamos todos que el impuesto de la cuadragésima, ideado por Eurípides , proporcionaría quinientos talentos al Estado? No había quien no pusiese en las nubes al inventor; pero cuando, vista la cosa con detenimiento, se comprendió que era, como suele decirse, «la Corinto de Zeus» , y que no producía nada, todo el mundo se desató contra Eurípides.

CREMES.-Las circunstancias han variado. Entonces éramos nosotros los que gobernábamos, mientras que ahora son las mujeres.

EL HOMBRE.-¡Por Poseidón, ya tendré buen cuidado de que no se orinen en mis barbas!

CREMES.-No se qué sandeces dices. Tú, pequeño (a un servidor): cárgate ese fardo.

EL HERALDO.-

(Representado por una mujer.)

Ciudadanos, acudid todos, pues empieza a regir la nueva ley; presentaos a nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos; y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las cráteras junto a la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se fríen pastelillos; las jóvenes cuidan de guisar las habas que hierven en las ollas, y entre ellas Esmeo con su uniforme de caballería les hace la limpieza; Geron , con una hermosa túnica y finos zapatos, se presenta riendo con otro jovencito; ya se ha desprendido del manto y de su grueso calzado. Venid, el panadero os espera; preparad bien las quijadas.

EL HOMBRE.-Sí, iré. ¿Por que me había de quedar aquí cuando la Ciudad lo manda?

CREMES.-¿Adonde vas sin haber depositado tus bienes?

EL HOMBRE.-Al banquete.

CREMES.-Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán antes de que hagas el depósito.

EL HOMBRE.-Ya lo haré.

CREMES.-¿Cuándo?

EL HOMBRE.-Te aseguro que no seré de los últimos.

CREMES.-Y mientras tanto, ¿vas a comer?

EL HOMBRE.-Pues ¿qué he de hacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo al Estado, en la medida de sus posibilidades.

CREMES.-¿Y si te prohíben entrar?

EL HOMBRE.-Bajare la cabeza y entraré.

CREMES.-¿Y qué harás si te azotan?

EL HOMBRE.-Las citare a juicio.

CREMES.-¿Y si se ríen de tí?

EL HOMBRE.-Me apostaré a la puerta...

CREMES.-¿Y que harás?

EL HOMBRE.-Arrebataré las provisiones a los que las traen.

CREMES.-Ven, pues, detrás de mí. Vosotros, Sicon y Parmenón (dirigiéndose a unos esclavos), cargad con mis enseres.

EL HOMBRE.-¡Por Zeus! Es preciso, sin embargo, hallar un medio de conservar mis bienes y participar de la comida común. ¡Ah, tengo una idea luminosa! ¡Pronto, pronto, a comer! (Vale.)

(A las ventanas de dos casas próximas se asoman una Vieja y una Joven.)

LA VIEJA.-!Cómo no Vendrá ningún hombre? Ya Va siendo hora. Aquí estoy llena de albayalde, Vestida de amarillo, cantando entre dientes, loqueando y dispuesta a arrojarme en brazos del primer Viandante. ¡Oh, Musas! Descended a mis labios e inspiradme una Voluptuosa canción de estilo jonio.

LA JOVEN.-¿Te has asomado a la Ventana antes que yo, Vieja podrida? Creías, sin duda que, yo ausente, ibas a vendimiar la viña abandonada y atraer a alguno con tus canciones. Si cantas yo también cantaré; pues aunque a los espectadores les parecerá gastado y fastidioso el procedimiento, no dejarán de encontrarlo un tanto cómico y divertido.

LA VIEJA.-

(Enseñándole un dedo.)

Habla con éste y vete de ahí.

(A un flautista que la acompaña).

Tú, mi joven flautista, coge tus instrumentos y toca una melodía digna de tí y de mí.

(Se pone a cantar acompañada del flautista.)

Quien quiera placer que se venga conmigo; las jovencitas carecen de experiencia y es cosa de mujeres maduras. Ninguna como yo, estad seguros, querrá al amante que se le una, pues volará hacia otro.

LA JOVEN.- No tengas celos de las jóvenes porque la voluptuosidad nació y se encuentra entre sus tiernos muslos y florece en sus redondos senos. A ti, oh vejestorio depilado, y todo embadurnado, sólo la muerte te dirá: “te quiero”.

LA VIEJA.- Así se te obstruya la vaina y se te desmorone el lecho cuando quieras que te ensarten; y que sea una sierpe lo que oprimas contra el pecho cuando vayas a besar a tu amante.

LA JOVEN.- ¿Qué será de mí? ¡Qué pena! Mi compañero no llega. Me dejan aquí sola; mi madre se fue por otro lado. ¿A qué decir más? Vamos, abuela, te lo ruego, puedes llamar a Ortágoras y que sea una sierpe. Hazlo pronto, pues ya veo que, al estilo de Jonia, Te pica ... la cuestión, mi pobre amiga. También debes ser hábil en las cosas de Lesbos, pero no podrás arrebatarme mis placeres, ni aventajarme ni suplantarme jamás.

LA VIEJA.-¿Por qué me hablas? Si tan poco te importo ¿por qué me hablas?

LA JOVEN.-Y tú, ¿por qué te asomas de ese modo a la Ventana?

LA VIEJA.-No hago más que cantarme a solas una canción en honor de mi amigo Epígenes.

LA JOVEN.-¡Ah! ¿Es que, además del viejo Geres, tienes otro amigo?

LA VIEJA.-El mismo Epígenes te lo probará, pues va a Venir dentro de poco. Míralo, ahí está.

LA JOVEN.-¡Pero ya no tiene ningún deseo de ti, calamidad!

LA VIEJA.-¡SI, por Zeus, pequeña peste!

LA JOVEN.-Que nos lo pruebe él mismo; yo me retiro de la Ventana.

LA VIEJA.-Y yo también, para que Veas que no me engaño.

EL JOVEN.-¡Oh! ¡Si pudiera estrechar entre mis brazos a la joven sin tener que sufrir antes las caricias de la Vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.

LA VIEJA.-¡Por Zeus! Las sufrirás, mal que te pese. No son cosas del tiempo de Carixena; y ahora, la ley ha de cumplirse porque vivimos en régimen democrático. Me retiro para observar sus movimientos.

EL JOVEN.-Haced, ¡oh dioses!, que encuentre sola a aquella linda muchacha por la que vengo aquí, después de bien bebido, y que deseo desde hace mucho tiempo.

LA JOVEN.-He engañado a la maldita Vieja. Se retiró, creyendo que yo me iba a estar en casa. Pero ahí está el joven. Es el mismo, el mismo de quien hablamos. Ven aquí, amor mío, Ven a pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus cabellos me tienen loca de amor; una pasión frenética arde en mi pecho y me consume. Oye mis súplicas, oh Eros, y haz que Venga a compartir mi tálamo.

EL JOVEN.-¡Aquí! ¡Oh, aquí! Baja a abrir la puerta si no quieres verme morir en su dintel! ¡Oh, amada mía! Quiero embriagarme con tus caricias. ¡Oh Cipris! ¿Por qué me

inspiras este frenético deseo? -Oye mis súplicas, Eros, y haz que venga a compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para pintar mi pasión! Abre la puerta dulce amiga; estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento. ídolo mío, hija de Cipris, abeja de las Musas, capullo de las Cárites, retrato de la Voluptuosidad, abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.

LA VIEJA.-¡Eh, tú! ¿Por qué llamas? ¿Es a mí a quien buscas?

EL JOVEN.-¿Cómo dices?

LA VIEJA.-Digo que por qué llamas y si es a mí a quien buscas.

EL JOVEN.-¡Antes morir!

LA VIEJA.-¿Qué andas, pues, buscando con esa antorcha?

EL JOVEN.-Busco a un hombre de Anaflisto.

LA VIEJA.-¿Quién?

EL JOVEN.-No es el que tú esperas, sin duda.

LA VIEJA.-A quien espero es a ti, por Afrodita; y hasde venirte conmigo, lo quieras o no.

EL JOVEN.-Pero es que hoy no nos ocupamos de las mayores de sesenta; las guardamos para después. Hoy sólo atendemos a las que no llegan a los veinte.

LA VIEJA.-Pero eso era bajo el antiguo régimen, querido mío; ahora la ley dispone que seamos las primeras en ser atendidas.

EL JOVEN.-Eso será, si yo quiero, de acuerdo con la regla del juego de dados.

LA VIEJA.-Pero tú no comes con arreglo a la ley del juego de dados.

EL JOVEN.-No sé lo que quieres decir; Voy a llamar a esta otra puerta.

LA VIEJA.-¿Después de haber llamado a la mía?

EL JOVEN.-Lo que ahora necesito no es una criba.

(La vieja baja y sale de la casa.)

LA VIEJA.-

(Que ha bajado y sale de su casa.)

Sé que me amas, sólo que estás asombrado de verme fuera. Anda, adelanta la boca ...

EL JOVEN.-Pero, amiga mía, tengo miedo a tu amante.

LA VIEJA.-¿A cuál?

EL JOVEN.-Al mejor de los pintores.

LA VIEJA.-¿Y quién es?

EL JOVEN.-Al que pinta las lámparas mortuorias. Vete, vete, y que no te vea aquí en la puerta.

LA VIEJA.-Ya sé, ya sé lo que tú quieres.

EL JOVEN.-También sé yo, por Zeus, lo que quieres tú.

LA VIEJA. -Y te juro, por Afrodita, mi favorecedora, que no te he de soltar.

EL JOVEN.-No divagues, viejecita mía.

LA VIEJA.-Como quieras; pero te llevaré a mi casa.

EL JOVEN.-¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los cubos de los pozos? Con echar a esta vieja se conseguirá el mismo objeto.

LA VIEJA.-Déjate de burlas que me afligen y sígueme.

EL JOVEN.-Nada me obliga, a menos que hayas pagado por mí al Estado el impuesto de la quingentésima.

LA VIEJA.-Por Afrodita, es preciso que vengas porque yo siento mi gran placer cuando me acuesto con los jóvenes de tu edad.

EL JOVEN.-Pues a mí nada me desagrade tanto como el amor de tus iguales; jamás consentiré.

LA VIEJA.-Pero esto, por Zeus, te obligará.

EL JOVEN.-¿Y qué es eso?

LA VIEJA.-Un decreto en Virtud del cual tienes que entrar en mi casa.

EL JOVEN.-Léelo para Ver qué puede ser eso.

LA VIEJA.-Escucha, pues: las mujeres han decidido que “cuando un hombre desee a una muchacha no deberá tener comercio con ella antes de haber colmado a la vieja. Si él se niega y sigue deseando a la joven, las mujeres maduras podrán arrastrar impunemente al joven agarrándole del clavo”.

EL JOVEN.-¡Ay de mí! Voy a convertirme hoy en un nuevo Procusto.

LA VIEJA.-Es necesario obedecer nuestras leyes.

EL JOVEN.-¿Y si alguno de mis amigos o conciudadanos viniese a rescatarme?

LA VIEJA.-Ningún hombre puede disponer de cosa alguna cuyo valor exceda al de una medimna.

EL JOVEN.-¿Y no podré librarme jurándote que... ?

LA VIEJA.-No hay excusa que valga.

EL JOVEN.-Alegaré que soy comerciante.

LA VIEJA.-Y yo haré que te arrepientas de haberlo alegado.

EL JOVEN.-¿Qué debo, pues, hacer?

LA VIEJA.-Seguirme aquí, hasta mi casa.

EL JOVEN.-¿Es absolutamente indispensable?

LA VIEJA.-Como si lo ordenase el mismo Diomedes.

EL JOVEN.-Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; cíñete de bandas la cabeza, y coloca junto a ti los vasos de perfume y en la puerta el cántaro de agua lustral.

LA VIEJA.-¿También me comprarás una corona?

EL JOVEN.-¡Sí, por Zeus! Y será de cirios, pues creo que expirarás en cuanto entres en tu casa.

LA JOVEN.-*(Saliendo precipitadamente de su casa)*. ¿Adónde arrastras a ese joven?

LA VIEJA.-A mi casa; porque es mío.

LA JOVEN.-Es una locura. Es demasiado joven para acostarse contigo; mejor podrías ser su madre que su esposa. Con ese sistema vais a llenar el mundo de Edipos.

LA VIEJA.-Calla, sierpe. La envidia te hace hablar así: pero me vengaré de ti.

EL JOVEN.-¿Por Zeus salvador! ¡Qué gran servicio me prestas intentando librarme de esta vieja! Esta noche te daré una prueba grande y gorda de mi gratitud.

VIEJA SEGUNDA.-

(Que aparece en escena dirigiéndose a la joven.)

¡Eh, tú! ¿Adónde te llevas a ése? Según la ley, tengo derecho preferente a acostarme con él.

EL JOVEN.-¡Oh, desventurado de mí! ¿De dónde sales tú ahora, vieja condenada? Esta es una peste aún más terrible que la primera.

VIEJA SEGUNDA.-Ven por aquí.

EL JOVEN.-

(A la Joven.)

¡Por todos los dioses! No dejes que esta otra vieja me obligue a seguirla.

VIEJA SEGUNDA.-¡Pero si no soy yo! Es la ley la que te obliga.

EL JOVEN.-Nada de ley, sino una Empusa con todo el cuerpo plagado de úlceras hediondas.

VIEJA SEGUNDA.-Sígueme, corazoncito, y déjate de tonterías.

EL JOVEN.-Déjame que Vaya a hacer una necesidad, a ver si así puedo recobrar un poco. De lo contrario el miedo me obligará a pintar de marrón el dintel de esa puerta.

VIEJA SEGUNDA.-Ven, nada temas; ya lo harás en casa.

EL JOVEN.-¡Oh! Temo hacer mucho más de lo que quiero; déjame y te daré dos fiadores seguros.

VIEJA SEGUNDA.-No los admito.

(Aparece en escena una tercera Vieja.)

VIEJA TERCERA.-

(A El Joven.)

¡Eh, tú! ¿Adónde Vas con esa mujer?

EL JOVEN.-No Voy, me llevan. Pero quienquiera que seas que el cielo te colme de bendiciones, por venir a ayudarme en este duro trance.

(Al decir esto repara bien en la tercera Vieja que acaba de interpellarle.)

¡Oh Heracles! ¡Oh Panes! ¡Oh Coribantes! ¡Oh Dióscuros! Ese monstruo es infinitamente más horrible. Pero ¿qué es Zeus poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde o el espectro de una bruja que vuelve de los infiernos?

VIEJA TERCERA.-Nada de burlas y sígueme por aquí.

VIEJA SEGUNDA.-No, por aquí.

VIEJA TERCERA.-Ya puedes estar segura de que no lo soltaré jamás.

VIEJA SEGUNDA.-Ni yo tampoco.

EL JOVEN.-Me Vais a descuartizar, viejas malditas.

VIEJA SEGUNDA.-Es a mí a la que debes seguir por disposición de la ley.

VIEJA TERCERA.-En absoluto, como no se presente otra más fea.

EL JOVEN.-Pero si me matáis así, ¿cómo he de poder irme con ninguna?

VIEJA TERCERA.-Arréglatelas como puedas; por de pronto, obedéceme.

EL JOVEN.-¿A cuál de vosotras debo ensartar primero para quedar en paz?

VIEJA TERCERA.-¿No lo sabes? Ven aquí.

EL JOVEN.-Pues que me suelte esta otra.

VIEJA SEGUNDA.-No, ¡aquí!

EL JOVEN.-Iré, cuando ésta me suelte.

VIEJA TERCERA.-Pues yo no te dejaré. ¡De ningún modo, por Zeus!

VIEJA SEGUNDA.-Ni yo.

EL JOVEN.-Haríais, en verdad, muy malas barqueras.

VIEJA TERCERA.-¿Por qué?

EL JOVEN.-Porque despedazaríais a los pasajeros tirando a un lado y a otro.

VIEJA SEGUNDA.-Cállate y Ven aquí.

VIEJA TERCERA.-No, por Zeus, sino aquí.

EL JOVEN.-Habré de conformarme con el decreto de Cannonos pues tengo que partirme en dos para daros gusto. ¿Y cómo manejaré a las dos como dos remos?

VIEJA SEGUNDA.-Muy fácilmente, en cuanto te hayas comido un puchero de cebollas.

EL JOVEN.-¡Ay de mí! ¡Ya, me tienen junto a la puerta!

VIEJA SEGUNDA.-

(A la Vieja Tercera.)

Nada conseguirás porque entraré contigo y me echaré encima.

EL JOVEN.-¡No por los dioses! Mejor es un mal que dos.

VIEJA TERCERA.-Quieras o no así ha de ser por Hécate.

EL JOVEN.-¡Negro infortunio! ¡Permanecer todo el día y toda la noche en brazos de una Vieja hedionda y para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas. ¿Hay desgracia como la mía? Sin duda nací con mal sino pues tengo que nadar entre estos monstruos. Si algún mal me sucede al navegar sobre estas fétidas letrinas acordaos de sepultarme bajo el mismo dintel de la puerta; y a la que me sobreviva, untadle todo el cuerpo de hirviente pez. Cubridla hasta el tobillo de fundido plomo y colocadla sobre mi tumba a guisa de lámpara funeraria.

(Mientras que el Coro danza, llega la criada de Praxágora, que sale del festín y viene medio ebria.)

LA CRIADA.-¡Qué felicidad de pueblo! ¡Qué felicidad la mía! ¡Y sobre todo, qué felicidad la de mi señora! ¡Felices todos vosotros, vecinos y conciudadanos, y cuantos estáis a nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta que he llenado mi cabellera de perfumes! ¡Y qué exquisitos, Zeus soberano!

Pero el perfume de las ánforas llenas de vino de Tasos es más exquisito todavía: este aroma se conserva largo tiempo; los otros se desvanecen en seguida. ¡Sí, excelsos dioses: el perfume de las ánforas es mil y mil veces preferible! ¡Echadme vino! Echadme, pues, alegría toda la noche a la que ha sabido elegirlo. Pero, amigas, decidme dónde está mi dueño, el marido de mi señora.

EL CORIFEO.-Si te quedas ahí creo que lo encontrarás.

LA CRIADA.-Perfecto; ya viene a cenar. ¡Oh, dueño mío! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

EL DUEÑO.-¿Yo?

LA CRIADA.-Sí, tú, por Zeus, y más feliz que ninguno. ¿Puede haber nadie más dichoso, puesto que en una población de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado?

EL CORIFEO.-Un hombre verdaderamente feliz; esa es la palabra.

LA CRIADA.-¿Adónde, adónde vas?

EL DUEÑO.-A cenar.

LA CRIADA.-Sí, por Afrodita, y eres, con mucho, el más retrasado. Sin embargo, mi señora ha dicho que te lleve; y, contigo, a esas muchachas. Aún queda mucho vino de Quíos y otras mil cosas buenas. ¡Ea, despachemos! Los espectadores que nos favorecen, y los jueces imparciales, pueden venir también; les daremos de todo.

BLÉPIRO.-¿Y por qué no invitas generosamente a todo el mundo sin omitir a nadie; viejos, jóvenes y niños, que tendrán cena dispuesta para todos ... si se van a sus casas. Yo corro al festín, llevando mi antorcha con gracia. ¿Qué esperas tú? ¿Por qué no vienes con esas muchachas? Mientras bajas con ellas, yo entonaré un canto a propósito para abrir el apetito.

EL CORIFEO.-Yo quiero a mi vez darle al jurado un pequeño consejo. Que los sabios me juzguen por lo que en esta comedia hay de sabio, y los que gusten de chistes, por los muchos chistes que en ella he derramado. Está, pues, claro que también os invito a todos ... a concederme el premio.

Y que la suerte no me sea adversa después de haberme dado la prioridad; no lo olvidaréis y fieles a vuestro juramento, juzgad siempre con rectitud a los Coros; no seáis como esas viles cortesanas que sólo se acuerdan del último con quien yacen.

LA CRIADA.-¡Ya es hora, amigas mías! Ya es hora, si queremos concluir, de dirigirnos al banquete danzando. Partid y ajustad vuestros pasos al ritmo cretense.

EL SEMI-CORO.-Así lo estoy haciendo.

EL CORO.-Marchad vosotras, ligera y acompasadamente. Pronto se van a servir ostras, cecina, rayas, lampreas, sesos en salsa picante, silfio, puerros empapados en miel, tordos, mirlos, palominos torcaces, palomas, crestas de gallo asadas, chochas, pichones, liebres cocidas en arropo y sustancia de alones. Ya lo sabéis: pronto, amigas mías, coged un plato, sin olvidaros del vaso, y a comer.

EL SEMI-CORO.-Las otras ya están devorando.

EL CORO.-¡Brinquemos! ¡Bailemos! ¡lo! ¡Evohé! ¡Al festín! ¡Evohé, evohé, evohé!
Como después de la victoria. ¡Evohé, evohé, evohé, evohé!

*****FIN*****

Pluto

Aristófanes

PERSONAJES:

CARIÓN, esclavo de Cremilo.

CREMILO.

EL Dios PLUTO.

CORO DE CAMPESINOS.

BLEPSIDEMO, amigo de Cremilo.

LA POBREZA.

LA MUJER DE CREMILO.

UN HOMBRE DE BIEN.

UN SICOFANTE.

UNA VIEJA.

UN JOVEN.

EL Dios HERMES.

UN SACERDOTE DE ZEUS.

La escena representa una plaza pública, al fondo de la cual se alza la casa de Cremilo. Éste entra seguido de Carión y ambos siguen a Pluto, ciego.

CARIÓN.-¡Ah, qué penoso es, oh Zeus y grandes dioses, ser esclavo de un amo que anda mal de la cabeza! Si el esclavo da los mejores consejos y al amo se le antoja no seguirlos, no por eso deja de participar de su desgracia. Porque la fortuna no nos permite disponer de este cuerpo, que es nuestro y muy nuestro, y se lo da al que lo ha comprado. ¡Así anda el mundo! Tengo que dirigir a Apolo, al dios cuya pitonisa profetiza desde el áureo trípode, una justa acusación: que siendo médico y hábil adivino, según se asegura, haya dejado salir de su templo a mi amo atacado de locura, obstinado en seguir a un ciego y empeñado en oponerse al buen sentido, según el cual quien tiene buenos ojos debe guiar al que carece de ellos; pero a mi amo no hay modo de hacérselo comprender; y se va detrás del ciego, y por añadidura me obliga a ir a mí también, sin responder a mis preguntas. No, mi amo, yo no puedo callar si no me dices por qué seguimos a ese hombre; te atormentaré, ya que gracias a mi corona (1) no puedes castigarme.

CREMILO.-Pero si continuas fastidiándome. te quitaré la corona y aún te escocerá más.

CARIÓN.-¡Tonterías! No pienso dejarte en paz hasta que me digas quién es ese hombre. Ten presente que te lo pregunto por tu propio interés.

CREMILO.-Pues bien; no te lo ocultaré. Reconozco que eres el más leal de todos mis domésticos y el más hábil... para robarme. Piadoso y justo, yo hacía malos negocios y era pobre.

CARIÓN.-Lo sé muy bien.

CREMILO.-En tanto que otros, sacrílegos, oradores, sicofantes y malvados, se enriquecían a manos llenas.

CARIÓN.-¡Ya lo creo!

CREMILO.-En vista de ello, me fui a consultar al oráculo, no por mí, cuya existencia ya tiene casi agotadas las flechas de su carcaj, sino por mi único hijo, y para preguntar si convendría que, cambiando de conducta, se hiciese canalla, injusto y malvado, puesto que éste parece ser el camino de la fortuna.

(1) Los que volvían, como Carión, de consultar el oráculo de Apolo, en Delfos, traían una corona de laurel, que les daba una especie de inviolabilidad.

CARIÓN.-¿Y qué oráculo ha extraído Foibos de entre sus coronas?

CREMILO.-El dios me ha dicho claramente esto: que siguiera al primer hombre que encontrase al salir del templo y que no me separase de él hasta llevarlo a mi casa.

CARIÓN.-¿Y quién fue el primero que encontraste?

CREMILO.-Ese.

CARIÓN.-¿Pero no comprendes que el espíritu del oráculo te ordena educar a tu hijo a la usanza del país?

CREMILO.-¿Qué te hace suponerlo?

CARIÓN.-Está claro, hasta para un ciego, que hoy día lo más provechoso es huir de proceder con rectitud y honradez.

CREMILO.-El espíritu del oráculo no puede ser ese, sino otro más noble y elevado. Si ese hombre nos revelase quién es y por qué ha venido, quizá pudiéramos comprender el sentido misterioso del oráculo.

CARIÓN.- (A Pluto.) ¡Vamos, tú! Empieza por decirnos quién eres, u obraré en consecuencia. Hay que hablar pronto.

PLUTO.-¿Nada de exabruptos! Eso es lo que te digo.

CARIÓN.-¿Comprendes tú quién dice ser?

CREMILO.-Déjame hacer a mí, porque tú le interpelas de un modo torpe y grosero. (Volviéndose hacia Pluto.) Amigo mío, si te agrada la conversación de los hombres honrados, respóndeme.

PLUTO.-¿Nada de lágrimas! Esto es lo que te digo.

CARIÓN.-¿Vaya hombre y vaya augurio!

CREMILO.- (A Pluto.) ¡Por Deméter, no te reirás!

CARIÓN.-Si no respondes como es debido, vas a pasarlo mal.

PLUTO.-Mis buenos amigos, dejadme en paz los dos.

CREMILO.-De ningún modo.

CARIÓN.-Mi sistema es el mejor, querido amo. Voy a darle una muerte vil a ese estafermo. Lo llevaré al borde de un abismo y lo abandonaré allí para que se precipite y se rompa la cabeza.

CREMILO.-Llévatelo cuanto antes.

PLUTO.-¡No, no!

CREMILO.-¿Hablarás al fin?

PLUTO.-Pero cuando os diga quién soy, sé muy bien que me importunaréis y que no me dejaréis marchar.

CREMILO.-Sí, por los dioses, te irás en cuanto quieras.

PLUTO.-Empezad por soltarme.

CREMILO.-Ya estás suelto.

PLUTO.-Escuchad, puesto que estoy en la precisión de deciros cosas que había resuelto mantener ocultas: yo soy Pluto (2).

CREMILO.-¡Grandísimo tunante; ¿Conque eres Pluto y lo callabas?

CARIÓN.-¡Tú, Pluto, en un estado tan miserable; CREMILO.-¡ Oh, Apolo! ¡ Oh, dioses! ¡Oh, espíritus! ¡Oh, Zeus! ¿Qué dices? ¿En verdad que eres tú?

PLUTO.-Sí.

CREMILO.-¿El mismo en persona?

PLUTO.-El mismo.

CREMILO.-¿Y de dónde sales tan sucio?

PLUTO.-Vengo de casa de Patroclo (3), que no se ha lavado desde el momento exacto de nacer.

CREMILO.-Y la ceguera que padeces, ¿de dónde procede, di?

PLUTO.-Me la produjo Zeus, por odio a los hombres. Cuando yo era joven, le había amenazado con no tratarme más que con gentes justas, sabias y honradas; y me dejó ciego para que no las reconociese entre las demás: ¡tanto detesta a los hombres virtuosos!

CREMILO.-Pues la verdad es que sólo los hombres justos y virtuosos le reverencian.

PLUTO.-Estoy de acuerdo contigo.

CREMILO.-Pero dime: si recobrases la vista, ¿te apartarías de los malos?

PLUTO.-Seguramente.

CREMILO.-¿Y sólo te tratarías con los justos?

PLUTO.-Cierto; ¡hace tanto tiempo que no los he visto!

CREMILO.-No tiene nada de particular; yo tengo buenos ojos y tampoco los veo.

(2) Esto es, el Dios de las riquezas.

(3) Ateniense muy rico, pero tan miserable, que la frase «más avaro que Patroclo» se hizo proverbial. Para evitar gastos imitaba a los lacedemonios, comiendo muy frugalmente, dejándose crecer barba y cabellos y absteniéndose de bañarse.

PLUTO.-Ahora dejadme; ya sabéis cuanto a mí se refiere.

CREMILO.-No, por Zeus; ahora te retendremos con mayor motivo.

PLUTO.-¿No os decía yo que no dejaríais de importunarme?

CREMILO.-Vamos, te lo suplico; déjate convencer y no me abandones. Por mucho que busques no encontrarás un hombre de costumbres más honestas que yo. No, por Zeus, no hay otro como yo.

PLUTO.-Es lo que dicen todos; pero en cuanto me poseen y se hacen ricos, su perversidad no tiene límites.

CREMILO.-Así es; aunque no todos los hombres' son malos.

PLUTO.-Sí, por Zeus, todos sin excepción.

CARIÓN.-Eso te va a costar caro.

CREMILO.-Por lo menos debes saber las ventajas que conseguirás estando con nosotros; préstame atención. Yo espero, con ayuda de los dioses, curarte la ceguera y devolverte la vista.

PLUTO.-No hagas nada; no quiero recobrarla.

CARIÓN.-Este hombre ha nacido para ser un desgraciado.

PLUTO.-Sé muy bien que en cuanto Zeus se enterase me pulverizaría.

CREMILO.-¿No lo hace ya, dejándote ir a tientas y expuesto a mil peligros?

PLUTO.-Lo ignoro; pero le tengo un miedo pánico.

CREMILO.-¿De veras? ¡Oh, el más cobarde de todos los dioses! ¿Crees que todo el imperio de Zeus y sus rayos valdrían ni un trióbolo si recobrases la vista, aunque sólo fuese por un momento?

PLUTO.-¡Oh, no digas eso, desdichado!

CREMILO.-Tranquilízate; voy a demostrarte que eres mucho más poderoso que Zeus.

PLUTO.-¿Yo?

CREMILO.-Sí, por el cielo. Ante todo, ¿quién le da a Zeus su poder sobre los demás dioses.

CARIÓN.-Las riquezas, porque tiene muchísimas.

CREMILO.-¿Y quién le suministra esas riquezas?

CARIÓN.-Este (por Pluto).

CREMILO.-Y el mismo Zeus, ¿a quién debe los sacrificios que se le ofrecen? ¿No es gracias a Pluto?

CARIÓN.-Sí, por Zeus; y se le reza abiertamente para enriquecerse.

CREMILO.-Por tanto, si es Pluto la causa de esos sacrificios, ¿no puede también darles fin si a él se le antoja?

PLUTO.-¿Cómo?

CREMILO.-Ningún hombre podría en adelante ofrecer en sacrificio ni un buey, ni una torta, ni nada absolutamente contra tu voluntad.

PLUTO.-¿Pero cómo?

CREMILO.-Porque nadie podría comprar nada si tú no le dabas el dinero; por consiguiente, en tu mano está destruir el poder de Zeus el día que te plazca?

PLUTO.-¿Qué dices? ¿Que le ofrecen los sacrificios gracias a mí?

CREMILO.-Y lo repito; cuanto hay de brillante, de grandioso y de bello entre los

hombres, se te debe a ti, pues todo depende de la riqueza.

CARIÓN.-Yo, por ejemplo, soy esclavo por un poco de dinero; de haberlo tenido, sería libre.

CREMILO.-¿Y no sabes lo que se cuenta de las cortesanas de Corinto? (4) Cuando se les acerca un pobre, ni siquiera le miran; pero como sea un rico, le presentan inmediatamente el trasero.

CARIÓN.-Lo mismo hacen los muchachos; el interés por el dinero, y no el amor, es lo que les guía.

CREMILO.-No los honrados, sino los que se prostituyen a cualquiera; los primeros no piden dinero.

CREMILO.-Uno, un buen caballo; otros, perros de caza.

CARIÓN.-Les da vergüenza exigir dinero, y truecan el nombre de su infamia.

CREMILO.-A ti se debe el nacimiento de todas las artes y de las invenciones más ingeniosas de los hombres. Por ti, y sólo por ti, uno corta cueros sentado en su taller; otro forja el bronce; otro trabaja la madera; otro refina el oro que de ti ha recibido; otro roba en las calles; otro horada paredes; otro es batanero; otro lava pieles; otro las curte; otro vende cebollas; otro sorprendido en adulterio, sufre, por ti también, la depilación.

PLUTO.-¡Triste de mí! ¡Cuánto tiempo estuve sin saberlo!

(4) Las cortesanas de Corinto eran célebres por su belleza y por lo caros que vendían sus favores.

CARIÓN.-¿No es él quien ensorbebece al gran rey? (5) ¿No es él quien convoca a la Asamblea a los ciudadanos? (6) ¿No es él quien equipa los trirremes? (7) ¿No es él quien hará desesperar a Pánfilo (8), y con Pánfilo (9) al comerciante de agujas? ¿No es él quien da tantos humos a Agirrio? (10) ¿No es él quien incita a Filepsio (11) a recitar sus fábulas? ¿No es él quien envía auxiliares al Egipto? ¿No es por él por quien Lais (12) ama a Filónides? (13) ¿No es él por quien la torre de Timoteo... ? (14)

CREMILO (a Carión).- Que ojalá te aplaste. (A Pluto.) En una palabra, por ti se hace todo. Tú eres la causa de todos nuestros males y de todos nuestros bienes; tenlo entendido.

CARIÓN.-En la guerra, la victoria se inclina siempre del lado donde tú pesas.

PLUTO.-¿Cómo es posible que yo sólo pueda hacer tantas cosas?

CREMILO.-Y muchas más, ¡por Zeus! Así es que nadie se cansa de ti. Todas las demás cosas llegan a saciar, el amor ...

CARIÓN.-El pan.

CREMILO.-La música.

CARIÓN.-Las golosinas.

CREMILO.-Los honores.

CARIÓN.-Los pasteles.

CREMILO.-La virtud.

CARIÓN.-Los higos.

CREMILO.-La ambición.

CARIÓN.-Las lentejas.

CREMILO.-Pero de ti nunca se ha saciado nadie. Si se tienen trece talentos, se desea con mayor afán reunir dieciséis. ¿Se consiguen los dieciséis?, pues se apetecen cuarenta, y se dice que no hay con qué vivir.

PLUTO.-Me parece muy bien todo lo que decís; sólo me inquieta una cosa.

CREMILO.-¿Cuál?

PLUTO.-Me pregunto cómo conseguiré hacerme dueño de ese poder que me atribuí.

(5) Llamábase así al de Persia, dueño de inmensos tesoros.

(6) Para cobrar el trióbolo.

(7) Este encargo se daba a los ciudadanos más ricos, nombrándoles trierarcas. La república sólo les proporcionaba el armazón de la nave.

(8) Usurero famoso que habiendo defraudado al erario público fue desterrado, confiscándosele sus bienes.

(9) Parásito de Pánfilo o cómplice de sus concusiones.

(10) Rico insolente.

(11) Se ganaba la vida refiriendo cuentos en las calles.

(12) Celebre cortesana siciliana establecida en Corinto.

(13) Rico imbécil.

(14) Ostentoso edificio construido por Timoteo, hijo de Conon.

CREMILO.-¡Sí, por Zeus! ¡Con qué razón dice todo el mundo que nada hay tan cobarde como Pluto!

PLUTO.-Nada de eso. El que me ha calumniado habrá sido un salteador que, habiendo entrado en mi casa sin poder llevarse nada por encontrarlo todo cerrado, llamó cobardía a mi previsión.

CREMILO.-No te apenes por eso; si estás dispuesto a secundar mi empresa, te devolveré

una vista más penetrante que la de Linceo. (15)

PLUTO.-¿Cómo podrás hacer eso siendo un simple mortal?

CREMILO.-Tengo buenas esperanzas por lo que me dijo el mismo Foibos agitando el laurel pítico.

PLUTO.-¿También está él en el secreto?

CREMILO.-Seguro que sí.

PLUTO.-¡Lleva cuidado!

CREMILO.-Nada temas, querido Pluto; y ten bien presente, que estoy resuelto a conseguir mi propósito, aunque arriesgue la muerte.

CARIÓN.-Y, si quieres, yo también.

CREMILO.-Además nos ayudarán en nuestra empresa todos los hombres de bien que carecen hasta de un bocado de pan.

PLUTO.-¿Malos auxiliares son esos!

CREMILO.-No lo serán cuando se hagan ricos. (A Carión.) Corre a todo correr...

CARIÓN.-¿Adónde, dí?

CREMILO.-Llama a nuestros compañeros los campesinos. Estoy seguro de que los hallarás en el campo, entregados a su penosa faena. Diles que vengán a participar con nosotros de los dones de Pluto.

CARIÓN.-Voy; pero que alguien se encargue de llevar a casa este tasajo de carne (16).

CREMILO.-Yo me encargo de eso; corre. Y tú, Pluto, el más poderoso de los dioses, entra conmigo en mi morada. Esta es la casa que hoy has de colmar de riquezas bien o mal adquiridas.

PLUTO.-Pongo por testigos a los dioses de que nunca he entrado a gusto en ninguna casa extraña, porque jamás me ha sucedido nada bueno en ninguna de ellas. Si por casualidad me alojo en la habitación de un avaro, en seguida me mete debajo de tierra, y cuando algún honrado amigo le viene a pedir prestado algún dinero, dice que jamás me ha visto. Si, al contrario, es la de un pródigo insensato, me entrega al punto a los juegos de azar y a las cortesanas, y en pocos momentos me veo en la puerta de la calle completamente desnudo.

(15) Veía a través de los cuerpos opacos y distinguía hasta lo que pasaba en los infiernos. Fue uno de los argonautas.

(16) Parte de la víctima que Cremilo había sacrificado a Apolo. Era costumbre obsequiar con ella a los parientes y amigos.

CREMILO.-Es que nunca has tropezado con un hombre moderado como yo lo soy en

todas mis acciones. A mí me gusta como a nadie la economía, aunque también gasto cuando es necesario. Pero entremos pues quiero que veas a mi mujer y a mi único hijo, lo que más amo después de tí.

PLUTO.-Te creo.

CREMILO.-¿Por qué no había de decirte la verdad? (Entran en la casa de Cremilo.)

CARIÓN .-(Que llega con el Coro de Campesinos y dirigiéndose a éstos.) Amigos y paisanos, laboriosos campesinos que tantas veces habéis comido ajos con mi señor, venid, apresuráos, corred, no hay que perder un instante, acudid en nuestro auxilio.

EL CORIFEO.-¿No ves que ya nos apresuramos cuanto les es posible a unos hombres debilitados por la edad? ¿Crees tú que debo de correr antes de haberme dicho por qué nos llama tu amo?

CARIÓN.-¿No te lo he dicho ya hace rato? Sin duda te has vuelto sordo. Mi amo quiere, anunciaros que, en adelante, nadaréis todos en la abundancia y os veréis libres de la vida ruda y miserable que ahora lleváis.

EL CORIFEO.-¿Pero de qué se trata? ¿De dónde procede eso que nos dices?

CARIÓN.-Ha llegado aquí con un viejo sucio, encorvado, miserable, calvo, lleno de arrugas, sin dientes, y, por Zeus, creo que hasta circunciso (17).

EL CORIFEO.-¡Oh tú, que nos traes una noticia de oro, como dices! Explícate un poco, porque nos has dado claramente a entender que ese hombre llega con un montón de oro.

CARIÓN.-Con un montón de achaques seniles, querrás decir.

EL CORIFEO. ¿Crees que si nos engañas te vas a ir indemne, teniendo yo un garrote en la mano?

CARIÓN.-¿Por tan desvergonzado me tenéis que me juzgáis incapaz de hablaros seriamente?

(17) Los griegos despreciaban a los pueblos que practicaban la circuncisión.

EL CORIFEO.-¿Qué descarado es el bellaco! ya tus piernas están gritando: ¡iu! ¡iu! y reclaman los cepos y las cuñas.

CARIÓN.-Puesto que la letra que te ha tocado en suerte te designa para juzgar al... ataúd; por qué no vas? Caronte te dará el pasaporte.

EL CORIFEO.-¿No reventarás? ¡Qué malintencionado y fastidioso empeño en burlarnos y en no acabar de decimos para qué nos llama tu amo! Habla, ya ves que, aunque rendidos de fatiga y escasos de tiempo, hemos acudido a toda prisa, pasando a través de innumerables ajos.

CARIÓN.-No os lo ocultaré más tiempo: mi amo, buena gente, ha venido con Pluto, que va a enriquecernos.

EL CORIFEO.-¿De veras? ¿Es bien de veras que nos haremos todos ricos?

CARIÓN.-Sí, por los dioses; y también seréis Midas si os salín orejas de asno.

EL CORIFEO.-¡Ah qué alegría! ¡Qué placer! Voy a bailar de gusto, si es verdad lo que dices.

CARIÓN.-Yo también; trettanelo (18), quiero dirigiros, imitando al Cíclope y golpeando el suelo con los pies. Ea, gritad, hijos míos; dad balidos melodiosos, como las ovejas o las cabras de penetrante olor, y seguidme como chivos enardecidos por la lujuria.

EL CORIFEO.-Y nosotros también; trettanelo, queremos, cuando balando encontremos al Cíclope, es decir, a tí mismo, lleno de basura, con una alforja atestada de verdolagas cubiertas de rocío, apacentando borracho tus ovejas, y dormido en el primer lugar donde el sueño te rinda, coger un inmenso y encendido tizón y dejarte ciego.

CARIÓN.-Y yo he de imitar en todo a la hechicera Circe, cuyos mágicos brebajes hicieron en Corinto que los compañeros de Filónides se atracasen como cerdos de excrementos por ella preparados. Vosotros, gruñendo de alegría, seguid a vuestra madre, pequeños... marranos.

EL CORIFEO.-Y nosotros, imitando en nuestro júbilo al hijo de Laertes (19), nos apoderaremos de Circe (20), la de los mágicos brebajes y mal olientes pomadas, y te colgaremos de donde más te duela; te untaremos las narices de estiércol como a un chivo, y al relamerte, cual otro Arístilo (21), los entreabiertos labios, exclamarás: «Seguid a vuestra madre, pequeños marranos.»

(18) Voz onomatopéyica para imitar el sonido de la lira.

(19) Ulises.

(20) Es decir, de Carión.

(21) Conocido pederasta.

CARIÓN.-¡Ea, basta de bromas! Cambiad de táctica. Yo voy a entrar en casa y a coger, a escondidas de mi amo, un poco de pan y carne; en cuanto lo coma volveré al trabajo. (Danza del Coro.)

CREMILO.- (Saliendo de su casa.) El deciros salud, conciudadanos míos, es una fórmula vieja y muy gastada; prefiero, pues, abrazaros cordialmente por la prontitud y buena voluntad con que habéis acudido. Procurad ayudarme con igual eficacia en todo lo demás, y lograremos entre todos salvar al dios.

EL CORIFEO.-Pierde cuidado. Verás brillar en mis ojos la mirada de Ares. Sería absurdo, en efecto, que los que por tres óbolos nos estrujamos diariamente en la Asamblea nos dejáramos arrebatar a Pluto en persona.

CREMILO.-Pero veo a Blepsidemo que se acerca. Su andar precipitado me demuestra que

ya sabe algo de lo que ocurre.

BLEPSIDEMO.- (Que entra muy presuroso.) ¿Qué sucede? ¿Cómo y cuándo se ha enriquecido Cremilo tan de súbito? No puedo creerlo y, sin embargo, por Heracles, la gente de las barberías no habla de otra cosa que de su repentina fortuna. Pero aún me admira más el que, a pesar de su próspera fortuna mande llamar a los amigos; esto es apartarse de todos los usos y costumbres.

CREMILO.-Por los dioses, todo lo diré sin ocultar nada. Sí, Blepsidemo, mi situación actual es mejor que la de ayer, quiero que participes de mi suerte, puesto que eres un buen amigo.

BLEPSIDEMO.-¿De veras que te has vuelto rico, como dicen?

CREMILO.-Dí, más bien, que lo seré muy pronto; porque he de aclararte que el asunto aún presenta ciertas dificultades.

BLEPSIDEMO.-¿Cuáles?

CREMILO.-Por ejemplo...

BLEPSIDEMO.-Dí pronto lo que quieras decir.

CREMILO.-Si logramos nuestro objeto será la fortuna para siempre; pero si fracasamos, la ruina será total.

BLEPSIDEMO.-Me parece que te has metido en un mal negocio; la cosa me da mala espina. Enriquecerse súbitamente y andarse después con temores, demuestra que no has obrado bien.

CREMILO.-¿Cómo que no he obrado bien?

BLEPSIDEMO.-Quizás hayas robado plata u oro allá en el templo del dios y ahora te arrepientes.

CREMILO.-¡Oh, Apolo protector! ¡No, por Zeus, yo no!

BLEPSIDEMO.-Déjate de rodeos, amigo mío; está claro como la luz.

CREMILO.-¿Cómo puedes sospechar de mí semejante cosa?

BLEPSIDEMO.-¡Bah! No hay un solo hombre íntegramente honrado. Todos se dejan seducir por el brillo del dinero.

CREMILO.-¡Pues no por Deméter! ¿Estás perdiendo el juicio?

BLEPSIDEMO.-¡Cómo se ha despojado de sus inveteradas costumbres!

CREMILO.-Pero, amigo mío, tú estás loco.

BLEPSIDEMO.-Su semblante, agitado e intranquilo, de muestra que ha perpetrado alguna mala acción.

CREMILO.-Ya sé por qué croas así; te imaginas que he robado algo para que te dé una parte.

BLEPSIDEMO.-¿Una parte? ¿Y de qué?

CREMILO.-Pero no hay tal, en absoluto; el asunto es muy diferente.

BLEPSIDEMO.-¿Se tratará de un atraco en lugar de un robo?

CREMILO.-Decididamente estás atacado de demencia.

BLEPSIDEMO.-Entonces, ¿no has despojado a nadie?

CREMILO.-Cierto que no.

BLEPSIDEMO.-¡Oh, Heracles! ¿Cómo penetrar tanto misterio? Está visto que no quieres confesar la verdad.

CREMILO.-¿Y cómo empiezas por acusarme sin haberte enterado de la cuestión?

BLEPSIDEMO.-Amigo mío, antes de que el asunto se divulgue, yo lo arreglaré a poca costa, tapándoles la boca a los oradores con algún dinerillo.

CREMILO.-Tienes toda la traza, querido amigo, de querer gastar tres minas en el negocio y presentarme una cuenta de doce.

BLEPSIDEMO.-Se me figura ver a alguien sentado al pie del tribunal con su mujer y sus hijos y el ramo de olivo de los suplicantes en la mano, enteramente parecido a los Heráclidas de Pánfilo (22).

CREMILO.-No, desgraciado; a partir de ahora sólo enriqueceré a los hombres justos y modestos.

BLEPSIDEMO.-¿Qué dices? ¿Tanto has robado?

CREMILO.-¡Oh, me abrumas con tus injurias!

BLEPSIDEMO.-Tú mismo corres a tu pérdida, por lo que veo.

CREMILO.-En absoluto, imbécil, puesto que a quien tengo en mi casa es a Pluto.

BLEPSIDEMO.-¿Tú, a Pluto? ¿Pero cuál?

CREMILO.-El mismo dios.

BLEPSIDEMO.-¿Y dónde está?

CREMILO.-Ahí dentro.

BLEPSIDEMO.-¿Dónde?

CREMILO.-En mi casa.

BLEPSIDEMO.-¿En tu casa?

CREMILO.-Perfectamente.

BLEPSIDEMO.-¡Vete a los cuervos! ¿Pluto en tu casa?

CREMILO.-Sí, por los dioses.

BLEPSIDEMO.-Pero ¿es verdad?

CREMILO.-Sí.

BLEPSTDEMO.-¿Por Hestia?

CREMILO.-Sí, y por Poseidón.

BLEPSIDEMO.-¿Por el dios del mar, quieres decir?

CREMILO.-Y si existe otro, por ese otro.

BLEPSIDEMO.-¿Y no lo invitas a casa de tus buenos amigos?

CREMILO.-Aún no estamos en ese caso.

BLEPSIDEMO.-¿Que aún no es el momento de participar?

CREMILO.-No, por Zeus, porque antes será preciso...

BLEPSIDEMO.-¿Qué?

CREMILO.-Que entre los dos le devolvamos la vista.

BLEPSIDEMO.-¿La vista? ¿A quién? Explícate.

CREMILO.-A Pluto; y tal como la tenía antes, por el medio que sea.

BLEPSIDEMO.-¿Pero está ciego de veras?

(22) Célebre pintor, maestro de Apeles.

CREMILO.-Sí, por el cielo.

BLEPSIDEMO.-Ahora me explico que jamás haya venido a mi casa.

CREMILO.-Ahora ya irá, si les place a los dioses.

BLEPSIDEMO.-¿No nos convendría llamar a algún médico?

CREMILO.-¿Qué médico hay ahora en nuestra ciudad? Donde no hay recompensa no hay talento (23).

BLEPSIDEMO.-Veamos... (Mirando los dos hacia el anfiteatro.)

CREMILO.-No hay ninguno.

BLEPSIDEMO.-Eso mismo creo.

CREMILO.-¡No, por Zeus!; lo mejor será, como ya lo tenía yo pensado, llevarle a acostar al templo de Asclepios (24).

BLEPSIDEMO.-Así, sí, por los dioses; ese será, sin duda, el remedio más eficaz. Cuanto antes, mejor. CREMILO.-Pues voy enseguida.

BLEPSIDEMO.-Apúrate.

CREMILO.-Eso es lo que hago.

(Entra la Pobreza.)

LA POBREZA.-¡Oh, vosotros que osáis cometer una acción tan insensata, sacrílega e impía! ¿Qué intentáis, débiles y temerosos mortales? ¿Adónde huís? Deteneos.

BLEPSIDEMO.-¡Oh, Heracles!

LA POBREZA.-Yo os daré vuestro merecido, perversos. Osáis llevar a cabo un proyecto intolerable, un proyecto como nunca lo han intentado los hombres ni los dioses; estáis los dos bien perdidos.

CREMILO.-¿Y tú, quién eres? Muy pálida te veo...

BLEPSIDEMO.-Es quizá una Erinnia de tragedia²⁵; hay en su mirada algo trágico y feroz.

CREMILO.-Aunque sin antorchas.

BLEPSIDEMO.-Pues cuidado con ella.

LA POBREZA.-¿Quién pensáis que soy?

CREMILO.-Una posadera o una vendedora ambulante. De otro modo no te hubieras lanzado con tan destempladas voces sobre nosotros, que en nada te hemos ofendido.

(23) Los médicos estaban mal pagados en Atenas, y los que valían algo se iban a ejercer a otros países.

(24) Numerosos enfermos eran llevados al templo de Asclepios, donde pasaban la noche, suponiendo que el dios les visitaba en la oscuridad y les ponía en estado de recobrar la salud.

(25) Como las que habían aparecido en Las Euménides, de Esquilo, llenando de terror a los espectadores.

LA POBREZA.-¿De veras? ¿Os parece pequeña ofensa intentar expulsarme de todo el país?

CREMILO.-Aún te quedaría el Báratro (26). Pero tendrías que habernos dicho inmediatamente quién eres.

LA POBREZA.-Soy la que os castigaré hoy mismo por haber pretendido expulsarme de aquí.

BLEPSIDEMO.-¡Si será una tabernera vecina mía que siempre me engaña en la medida!

LA POBREZA.-Yo soy la Pobreza, que vivo con vosotros hace muchos años.

BLEPSIDEMO.-¡ Soberano Apolo! ¡Dioses inmortales! ¿Adónde escapar?

CREMILO.-¿Adónde vas, cobardd? Quieto y quédate aquí a mi lado.

BLEPSIDEMMO.-Por nada del mundo.

CREMILO.-¿Que no te quedas? ¿Y dos hombres hemos de huir de una sola mujer?

BLEPSIDEMO.-¿Pero no has oído que es la Pobreza, desgraciado? No hay en parte alguna animal más funesto.

CREMILO.-Quédate, por favor, quédate.

BLEPSIDEMO.-No y no, por Zeus.

CREMILO.-Pero, hombre, comprende que cometeremos el más vil de los crímenes si

dejamos solo al dios y huimos por temor a ésta y sin luchar paso a paso.

BLEPSIDEMO.-¿Con qué armas y con qué potencias? ¿Hay coraza o escudo que no haya llevado a empeñar esa maldita?

CREMILO.-Tranquilízate porque el dios se bastará por sí solo a lograr la victoria sobre los manejos de esta mujer.

LA POBREZA.-¿Aún os atrevéis a murmurar, miserables, después de haberos sorprendido a punto de cometer esas iniquidades?

CREMILO.-Y tú, criatura de desgracia, ¿por qué vienes a injuriarnos sin que te hayamos causado el menor daño?

LA POBREZA.-¿Creeis, pues, por los dioses, que no me perjudicáis tratando de devolverle la vista a Pluto?

CREMILO.-¿Qué daño podemos causarte con ello? Lo que intentamos es procurarles el bienestar a todos los hombres.

LA POBREZA.-¿Y qué bienestar podríais encontrar vosotros?

CREMILO.-Por de pronto expulsarte de la Hélade.

LA POBREZA.-¿Expulsarme? ¿Pudierais hacer un mal mayor a los hombres?

CREMILO.-¿Un mal mayor? Sí, olvidarnos de hacer lo que te decimos.

LA POBREZA.-Pues bien; consiento en explicaros las razones que sobre el particular me asisten; os demostraré que soy la causa única de todos vuestros bienes y el único sostén de vuestra vida; si no consigo probároslo, podréis hacer lo que os plazca.

CREMILO.-¿Cómo te atreves a hablar así, maldita?

LA POBREZA.-Deja que me explique. Pienso probarte muy fácilmente que te equivocas totalmente cuando tratas de enriquecer a los hombres justos.

CREMILO.-¿Para cuando se guardarán las vergas y los garrotes?

LA POBREZA.-No chilles Pi te indignes antes de escucharme?

CREMILO.-¿Quién puede callar al decir semejantes desatinos?

LA POBREZA.-Todo el que esté en su sano juicio.

CREMILO.-¿Qué canción podré requerir contra tí en el acta de acusación si pierdes el proceso?

LA POBREZA.-La que tú quieras.

CREMILO.-Está bien.

LA POBREZA.-En cambio, vosotros, si sois los vencidos, quedaréis sujetos a las mismas condiciones.

BLEPSIDEMO.-¿Crees que bastarán veinte muertes?

CREMILO.-Para ella, sí; para nosotros bastará con dos.

LA POBREZA.-Vuestra perdición es inevitable porque no podréis oponerme ningún

argumento válido.

EL CORIFEO.-¡Vamos! Ya va siendo hora de que déis algún razonamiento hábil que os haga ganar la partida contra esta mujer, en vuestros discursos contradictorios; y no andéis descuidados.

CREMILO.-Es para mi claro y justo que todos los hombres de bien deben vivir prósperamente y que los impíos y malvados sufran la suerte contraria. Anhelando ver cumplido nuestro propósito, hemos hallado, por fin, un bello, generoso y utilísimo modo de realizarlo. En efecto, si Pluto recobra la vista y deja de caminar a tientas, se dirigirá a las personas honradas para no abandonarlas nunca, huyendo siempre de los impíos y malvados. Ahora bien, ¿qué se conseguirá con esto? Se conseguirá que todos los hombres sean buenos, ricos y piadosos. ¿Creéis que pueda encontrar se nada mejor?

(26) Ya se ha dicho que era el precipicio al que eran arrojados los criminales.

BLEPSIDEMO.-Nada; aquí estoy yo para atestiguarlo; no se lo preguntes a ésta.

CREMILO.-Estando arreglada de esta suerte la humana vida, ¿quién no creerá que todo es locura, o más bien frenesí? Los más de los hombres, que son los perversos, nadan en las riquezas injustamente acumuladas, mientras muchos otros de intachable honradez arrastran una vida llena de privaciones y miserias, sin tener en todo el decurso de su existencia más compañera que tú. Por tanto, si Pluto recobra la vista y abandona este camino, ¿quién duda que podrá seguir otro infinitamente mejor para los hombres?

LA POBREZA.-¡Oh, ancianos! Veo que os dejáis alucinar como nadie en el mundo y deliráis y extravagáis al unísono con pasmosa unanimidad. Pero yo os aseguro que, si vuestros deseos se realizan, ningún provecho sacaréis. Porque si Pluto recobra la vista y distribuye sus favores con equidad, nadie querrá dedicarse a las artes ni a las ciencias. Y una vez suprimidas estas dos condiciones de existencia ¿habrá quien quiera forjar el hierro, construir naves, coser vestidos, hacer ruedas, cortar cueros, fabricar ladrillos, lavar; curtir, arar los campos, cosechar los dones de Deméter, pudiendo todos vivir en la holganza y desdeñar el trabajo?

CREMILO.-¡Necedades! Todos esos oficios los realizarán los esclavos.

LA POBREZA.-¿Y cómo tendrás esclavos? ¿Dónde irás entonces a buscar esos esclavos?

CREMILO.-Los compraremos con dinero, es evidente.

LA POBREZA.-¿Y quiénes serán los que los vendan si todos tienen dinero?

CREMILO.-Cualquier comerciante codicioso a su vuelta de Tesalia, país de insaciables mercaderes de esclavos.

LA POBREZA.-Es que, según tu propio sistema, no habrá ningún mercader de esclavos. ¿Qué hombre arriesgará su vida en semejante tráfico? Por consiguiente, viéndote obligado a cavar la tierra y a otros trabajos igualmente rudos, llevarás una vida mucho más penosa.

CREMILO.-¡Que esas predicciones recaigan sobre tu cabeza!

LA POBREZA.-No podrás dormir sobre una cama, porque no las habrá; ni sobre tapices, porque ¿quién querrá tejerlos si le sobra el dinero? Cuando te cases con una hermosa joven, no tendrás ni esencias para perfumarla, ni trajes ricos en colores y bordados con que vestirla. ¿De qué servirá, pues, la riqueza, careciendo de todas estas cosas? Por el contrario, gracias a mí, tenéis a mano cuanto os hace falta. Yo soy una adusta señora que con el temor de la indigencia y del hambre obligo al obrero a ganarse la vida.

CREMILO.-Qué cosa buena puedes darnos tú, como no sean quemaduras en los baños (27), y turbas de chiquillos y viejecitas hambrientas, y nubes infinitas de pulgas y piojos, que pululando sobre nuestra cabeza, nos despiertan gritando: «Tendrás hambre, pero levántate.» Y además, por vestidos unos jirones; por lecho, un jergón de junco plagado de chinches, enemigas del sueño; por colcha, una estera podrida; por almohada, una piedra grande; por pan, raíces de malvas; por pasteles, hojas de rábanos secos; por escabel, la tapa de una tinaja rota; por artesa, las costillas de una cuba, y aún rajada. ¿No quedan perfectamente enumerados los bienes que proporcionas a los hombres?

LA POBREZA.-Lo que acabas de describir no es mi vida, sino la de los mendigos.

CREMILO.-¿No se dice, según creo, que la pobreza y la mendicidad son hermanas carnales?

LA POBREZA.-Para vosotros, que tenéis por iguales a Dionisio y Trasíbulo (28); pero mi vida no es ni será nunca así. La vida del mendigo que acabas de pintar consiste en vivir sin poseer nada; la del pobre, en vivir con economía, en trabajar, en no tener nada superfluo ni carecer de lo necesario.

CREMILO.-¿Bienaventurada vida, por Deméter, esa de que nos hablas! ¡Economizar y trabajar sin descanso para no dejar a nuestra muerte ni con qué pagar el entierro;

LA POBREZA.-Te ríes y te burlas en lugar de hablar formalmente, sin comprender que yo perfecciono el espíritu y el cuerpo de los hombres mucho más que Pluto. Con él son gotosos, ventrudos, pesados, insolentemente adiposos; conmigo, delgados, esbeltos como avispas, terror de sus enemigos.

CREMILO.-¿Es quizá a fuerza de hambre como les das esa esbeltez?

LA POBREZA.-Pero os hablaré también de la templanza, y os demostraré que la honestidad vive conmigo, mientras que con Pluto vive la insolencia.

(27) En el invierno se permitía a los pobres entrar a los baños para calentarse. A veces se acercaban tanto al hornillo que se quemaban.

(28) Es decir, las cosas más opuestas. Dionisio era tirano de Siracusa, y Trasíbulo, libertador de Atenas.

CREMILO.-Debe ser, pues, muy honesto hurtar y horadar paredes.

BLEPSIDEMO.-Sí, por Zeus, porque esas cosas se hacen a escondidas. ¡Qué mayor

honestidad!

LA POBREZA.-Fíjate en lo que ocurre con los oradores; mientras son pobres, son justos con la ciudad y el pueblo; pero en cuanto se enriquecen a costa del Estado, se vuelven injustos, venden a la multitud y conspiran contra el Gobierno democrático.

CREMILO.-Aunque de naturaleza maldiciente, lo que ahora dices es cierto; pero no te ensoberbecas por eso, que te has de arrepentir del temerario arrojo con que pretendes persuadirnos de que la pobreza es mejor que la riqueza.

LA POBREZA.-Como no puedes refutar mis argumentos te alborotas y dices necedades.

CREMILO.-¿Por qué, pues, huye de tí todo el mundo?

LA POBREZA.-Porque mejoro sus costumbres. Más claramente vemos lo mismo en los muchachos: huyen de sus padres que sólo anhelan su dicha. ¡Tan difícil es distinguir lo que es justo!

CREMILO.-Dirás también que Zeus no sabe distinguir lo que es bueno, porque tiene riquezas.

BLEPSIDEMO.-Y es a ésta a la que nos envía.

LA POBREZA.-¿Qué telarañas tenéis en los ojos, carcamales del siglo de Cronos! Zeus también es pobre, y voy a probároslo. Si fuese rico, ¿cómo en los juegos Olímpicos por él establecidos, al reunir cada cinco años a toda la Hélade había de contentarse con dar a los vencedores una sencilla corona de olivo? Si fuese rico se las daría de oro.

CREMILO.-Lo que prueba es la grande estimación en que tiene las riquezas. Por economía, por evitar gastos, regala a los vencedores coronas de ningún valor, y se guarda las riquezas.

LA POBREZA.-Mil veces más vergonzosa que la pobreza es esa avaricia sórdida e insaciable que le supones.

CREMILO.-¡Que Zeus te confunda, después de coronarte con esa corona de olivo silvestre!

LA POBREZA.-¡Atreverse a discutirme que todos vuestros bienes no son obra de la pobreza!

CREMILO.-Preguntemos a Hécate qué es mejor: ser rico o indigente. Por orden suya, todos los que viven con desahogo ofrecen mensualmente una comida, y los pobres se la arrebatan antes de haberla servido. Así, vete al infierno y cierra la boca, porque no me convencerás, aunque me hayas convencido.

LA POBREZA.-«¿Oís lo que dice, habitantes de Argos?» (29).

CREMILO.-Invoca a Pauson, tu comensal (30).

LA POBREZA.-¿Qué va a ocurrirme, desgraciada de mí?

CREMILO.-Vete cuanto antes a los cuervos, y lo más lejos posible de nosotros.

LA POBREZA.-¿A qué punto de la tierra me iré?

CREMILO.-A la horca; pero rápida y pronto.

LA POBREZA.-Algún día me llamaréis.

CREMILO.-Entonces volverás; ahora márchate. Prefiero ser rico, aunque te estés gimiendo largamente y golpeándote la cabeza.

BLEPSIDEMO.-Sí, por Zeus, lo que yo quiero es ser rico, comer espléndidamente con mi mujer y mis hijos, salir del baño limpio y reluciente, y reirme en las barbas de los trabajadores y de la Pobreza.

(Vase la pobreza.)

CREMILO.-Por fin se fue esa condenada. Tú y yo conduzcamos pronto al dios al templo de Asclepios para que se acueste en él.

BLEPSIDEMO.-Sin perder un instante, no venga algún otro a impedimos hacer todo lo necesario.

CREMILO.-¡Eh! Carión, trae las colchas y conduce a Pluto como el ritual prescribe; no se te olvide nada de lo que hay preparado (31). (Danza del Coro.)

CARIÓN.-¡Oh ancianos que en las fiestas de Teseo habéis comido con frecuencia la sopa, reducidos a un mísero yantar, cuán grande es ahora vuestra felicidad y el de todas las gentes honradas!

EL CORIFEO.-¿Que ocurre amigo? Pareces portador de una noticia agradable.

CARIÓN.-Mi amo está en el colmo de la fortuna y Pluto todavía más, pues de ciego que era ha recobrado ahora la mirada viva y brillante, gracias a los buenos cuidados de Asclepios.

EL CORIFEO.-¡ Oh gratísima nueva! ¡Oh colmo de ventura!

(29) Versos del Telejo, de Eurípides.

(30) Pintor cuya miseria se había hecho proverbial.

(31) Se refiere a los manjares para obsequiar al dios a su regreso del templo.

CARIÓN.-Hay que regocijarse, lo queráis o no lo queráis!

EL CORIFEO.-Gritaré muy altas las alabanzas al padre de buenos hijos, a Asclepios, la gran luminaria de los mortales.

LA MUJER DE CREMILO.- (Saliendo de su casa.) ¿Qué significan esos gritos? ¿Hay alguna buena noticia? Te esperaba ahí dentro, llena de impaciencia.

CARIÓN.-Pronto, pronto, trae vino, señora mía; también tú beberás; ya sabemos que te gusta. Te traigo todos los bienes en montón.

LA MUJER.-¿Dónde están?

CARIÓN.-En mis palabras, y pronto lo has de ver.

LA MUJER.-Acaba de decir lo que quieres decirme.

CARIÓN.-Escucha, pues; te expondré todos los hechos de los pies a la cabeza.

LA MUJER.-¿A la cabeza? (32) No, cuidado con ella.

CARIÓN.-¿Luego no aceptas las buenas cosas que acaban de ocurrir?

LA MUJER.-Lo que no quiero son más enredos.

CARIÓN.-En cuanto llegamos al templo del dios con ese ser, entonces tan miserable y ahora dichoso y feliz como ninguno, nuestro primer cuidado fue llevarle a una fuente de agua salada, donde le bañamos.

LA MUJER.-¡Vaya una felicidad, por Zeus! ¡Chapuzar a un anciano dentro del agua salada y fría!

CARIÓN.-Luego volvimos al santuario de Asclepios y colocamos sobre el altar tortas y otras ofrendas, entregamos harina de flor a la devoradora llama de Hefesto, acostamos a Pluto con las solemnidades de costumbre y después cada cual se arregló un lecho de hojas.

LA MUJER.-¿Había más gente implorando al dios?

CARIÓN.-Un tal Neóclides (33), ciego, pero que en robar aventaja a los de mejor vista, y otros muchos atacados de toda clase de enfermedades. Después el sacerdote apagó las lámparas y nos mandó dormir, encargándonos el silencio aunque oyésemos cualquier ruido. Todos nos acostamos tranquilamente. Pero yo no podía conciliar el sueño: un caldero de gachas, colocado a la cabecera de una vieja, me tentaba el apetito, y deseaba darle un asalto. En esto, levantando los ojos, veo que el sacerdote despojaba de tortas e higos secos la sagrada mesa. Después giró una visita de inspección a todos los altares, y cuantos panes habían quedado en ellos se los guardó santamente en un saquito. Convencido de lo religioso de la ceremonia, depuse ya todo escrúpulo y avancé hacia el caldero.

(32) Juego de palabras, alusivo a una especie de maldición.

(33) Orador concusionario y delator.

LA MUJER.-¡Oh, el más audaz de los hombres! ¿No temías al dios?

CARIÓN.-Sí; temía que con sus coronas llegase a la olla antes que yo; su sacerdote me había abierto los ojos. La viejecita, al oír un ruido, extendía ya la mano para apartar la olla; entonces yo, imitando a la serpiente Parcas (34), dí un silbido y la mordí. La vieja retiró vivamente la mano, se acurrucó en su lecho, se tapó con la colcha y lanzó de miedo un flato más pestilente que el de una comadreja. Entonces yo me atraqué de gachas y volví repleto a mi cama.

LA MUJER.-Y el dios, ¿no se acercaba a vosotros?

CARIÓN.-Aún no. Luego hice otra de las mías: al acercarse el mismo Asclepios solté una

estrepitosa descarga, pues tenía el vientre lleno de gases.

LA MUJER.-Supongo que te tomaría inmediatamente en horror.

CARIÓN.-No; Laso (35), que le seguía, fue la que se ruborizó un poco mientras que Panacea (36) se apartaba tapándose las narices, porque, la verdad, yo no huelo a incienso.

LA MUJER.-¿Y el dios?

CARIÓN.-Por Zeus, no hizo el menor caso.

LA MUJER.-Quieres decir que el dios es un patán...

CARIÓN.-No, por Zeus; le creo sencillamente un merdófago.

LA MUJER.-¡Ah, miserable!

CARIÓN.-Después me tapé en la cama lleno de temor; el dios hizo su visita, examinando con orden e interés a todos los enfermos, y luego un esclavo le trajo un matraz de piedra, con su mano correspondiente, y una cajita.

LA MUJER.-¿De piedra?

CARIÓN.-No, por Zeus, la caja, no.

LA MUJER.-¿Y cómo podías verlo, maldito bribón, si acabas de decirme que estabas tapado en la cama?

(34) Serpiente no venenosa, consagrada a Asclepios. Había muchas en el templo de este dios.

(35) Hija de Asclepios, diosa de la curación.

(36) Otra hija de Asclepios.

CARIÓN.-Por los agujeros del manto, que no son pocos, por Zeus. Lo primero que preparó fué un unguento para Neóclides; puso en el matraz tres cabezas de ajos de Tenos (37) y las majó mezclándolas con goma y cebollas albarranas; humedeció la masa con vinagre de Esfeto (38) y se la aplicó al paciente sobre los ojos, habiéndole vuelto antes los párpados para que fuese el dolor más vivo. Neóclides grita, aúlla, salta del techo y quiere huir; pero el dios le dice sonriendo: «Quédate ahí con tu unguento; así no podrás presentarte en la Asamblea y hacerla cómplice de tus perjurios.»

LA MUJER.-¡Cómo ama a nuestra ciudad y qué discreto es ese dios!

CARIÓN.-Después se sentó junto al lecho de Pluto: le tocó primero la cabeza; luego le limpió los párpados con un lienzo muy fino; Panacea le cubrió el cráneo y toda la cara con un velo de púrpura; por último Asclepios silbó, y dos inmensas serpientes se lanzaron del fondo del santuario.

LA MUJER.-¡Soberanos dioses!

CARIÓN.-Deslizáronse bajo el velo de púrpura, y, a lo que me pareció, le lamieron los

párpados, y en menos tiempo que el que tu necesitas para beberte diez cótilas de vino, Pluto, señora mía, se levantó con vista ya. Loco de júbilo, palmoteé y desperté a mí dueño: el dios y las serpientes se escondieron al punto en el interior del santuario. Pero los que tenían sus lechos junto al de Pluto le abrazaron con indescriptible cariño, y estuvieron despiertos toda la noche hasta que amaneció. Yo daba al dios las gracias más expresivas por haber sanado tan pronto a Pluto y aumentado la ceguera de Neóclides.

LA MUJER.-¡Qué poder el tuyo, oh Dueño y Señor! Pero dime, ¿dónde está Pluto?

CARIÓN.-Ya viene. Pero le rodeaba una inmensa multitud. Los hombres de bien, reducidos hasta ahora a una existencia mezquina, le abrazaban y le saludaban en la efusión del más completo regocijo; los antes ricos y poseedores de una gran fortuna mal adquirida, fruncían el ceño y dejaban traslucir su temor en la inquietud de sus miradas. Los primeros le seguían ceñidos de guirnaldas, risueños y decidores, y la tierra resonaba bajo el acompasado andar de los ancianos. Ea, ordenad el baile, saltad, formad los coros, pues ya nunca volveréis a oír, al entrar en vuestra casa, la terrible frase de que «no hay harina en el saco.»

LA MUJER.-¡Sí, por Hécate! Y en albricias de tu buena nueva voy a ponerte una corona de pastelillos.

(37) Una de las Cícladas. Probablemente sus ajos serían muy cáusticos.

(38) Demo del Atica. El vinagre que en él se fabricaba era sumamente fuerte.

CARIÓN.-No tardes, porque ya se acercan a la puerta.

LA MUJER.-Voy adentro a disponer las ofrendas de costumbre para celebrar la entrada de esos ojos recientemente adquiridos para la luz.

CARIÓN.-Y yo también me voy para salirles al encuentro.

(Danza del Coro. Llega Pluto.)

PLUTO.-Ante todo, saludo y adoro al Sol; después del ilustre Sol, a la venerable Palas y a todo el país de Cecrops que me recibe. Me avergüenzo de mis infortunios y de haber ignorado con qué clase de hombres habitaba, de haber rechazado a los que eran dignos de mí frecuentación, sin duda alguna. ¡Ay, triste; ¡Cuán errados eran mis caminos; Pero cambiaré de conducta y demostraré a todos los hombres que al entregarme a los perversos lo hice contra mí voluntad.

CREMILO.-¡Idos a los cuervos! ¡Qué fastidiosos son todos esos amigos que le asedian a uno en cuanto mejora de fortuna! ¡Cómo me codean y me martirizan las piernas a fuerza de querer demostrarme su cariño! ¿Quién ha dejado de saludarme? ¡Qué muchedumbre de ancianos me rodeó en la plaza!

LA MUJER DE CREMILO.- (A Cremilo y luego a Pluto.) ¡Salud al más querido de los hombres! ¡Salud también a vosotros! ¡Oh Pluto, permíteme, como es costumbre, ofrecerte

estos presentes de bienvenida!

PLUTO.-No. Esta es la primera casa que visito después de mí curación, y de ella nada debo llevarme; al contrario, debo traerles mis propios presentes.

LA MUJER.-¿No aceptarás, pues, mis ofrendas de bienvenida?

PLUTO.-Las aceptaré dentro, junto al hogar, como es costumbre. Así evitaremos además una escena ridícula. No está bien que el poeta haga reír a los espectadores arrojándoles golosinas e higos secos.

LA MUJER.-Tienes razón. Mira, ya se había levantado Dexínico para atrapar los higos en el aire.

(Entran en la casa. Danza del Coro.)

CARIÓN.-¡Qué agradable es, ¡oh amigos, la felicidad, sobre todo cuanto nada cuesta; ¡Un montón de bienes se nos ha metido de súbito en nuestra casa, sin que hayamos tenido necesidad de cometer ninguna injusticia! ¡Así es como resulta agradable volverse rico; La artesa está llena de blanca harina, y las tinajas de rojo y perfumado vino; el oro y la plata, ¡parece increíble!, no caben en los cofres; la cisterna se halla atestada de aceite; los frascos, de perfumes, y el frutero, de higos. Las vinagreras, las escudillas y las ollas son todas de bronce; de plata, las viejas fuentes en que antes servíamos el pescado medio podrido; en fin, hasta la linterna se ha hecho de marfil, repentinamente. Los esclavos jugamos a pares o nones con monedas de oro, y, ¡oh refinamientos de sensualidad! usamos para limpiamos tallos de ajo, en vez de guijarros. En este instante, mi amo, con su correspondiente corona, está sacrificando un cerdo, un carnero y un chivo; el humo me ha obligado a salir; no podía parar dentro de casa. ¡Tanto me picaban los ojos!

(Llega un hombre de bien, seguido de un muchacho.)

EL HOMBRE DE BIEN.-Sígueme, niño; vamos en busca del dios.

CREMILO.-¡Hola! ¿Quién va?

EL HOMBRE DE BIEN.-Un hombre, hace poco infeliz y ahora afortunado.

CREMILO.-Tú eres, a lo que me parece, un hombre de bien.

EL HOMBRE DE BIEN.-Precisamente.

CREMILO.-¿Y qué necesitas?

EL HOMBRE.-Dar las gracias al dios por sus inmensos beneficios. Habiendo heredado de mi padre una fortuna bastante regular, me dediqué a aliviar las necesidades de mis amigos, creyendo que esto es lo mejor que puede hacerse en la vida.

CREMILO.-¿Y te arruinaste muy pronto, si no me equivoco?

EL HOMBRE.-Por completo, puedes decirlo.

CREMILO.-¿Y quedaste en la miseria?

EL HOMBRE.-En la miseria más completa. Yo pensaba que los amigos necesitados a quienes había socorrido continuarían amigos míos en la adversidad pero, ¡ay!, se apartaban de mí y fingían no verme.

CREMILO.-Y hasta se burlarían solapadamente de tí; estoy seguro.

EL HOMBRE.-Así era. La indigencia de mi ajuar es lo que me perdió.

CREMILO.-Pero ya no es así.

EL HOMBRE.-Justamente, lo que me hace venir es para dar las gracias al dios.

CREMILO.-¿Y qué significa, en nombre del dios, ese manto agujereado que lleva el muchacho que te sigue? Cuenta.

EL HOMBRE.-Lo traigo con intención de dedicárselo al dios.

CREMILO.-¿Era acaso el que llevabas cuando te iniciaste en los grandes misterios? (39).

EL HOMBRE.-No; pero he tiritado con él durante trece años.

CREMILO.-¿Y esos zapatos?

EL HOMBRE.-También sufrieron conmigo los rigores del invierno.

CREMILO.-¿Los traes para consagrárselos igualmente al dios?

EL HOMBRE.-Sí, por Zeus.

CREMILO.-¡Pues vaya ofrendas que vienes a consagrarle! (Entra un sicofante o delator) con un testigo.

EL SICOFANTE.-¡Infeliz de mí! ¡Estoy arruinado, perdido! ¡Oh, suerte tres y cuatro y cinco y doce y diezmil veces infortunada! ¡Ay! ¡Me agobian desdichas sin número!

CREMILO.-¡Oh Apolo preservador! ¡Oh dioses tutelares! ¿Qué desgracia le habrá sucedido a ese hombre?

EL SICOFANTE.-¿No es insoportable lo que me sucede? ¡Todo lo he perdido! Ese dios me ha despojado de todos mis bienes. ¡Oh, ya volverá a quedarse ciego, si hay justicia en el mundo!

EL HOMBRE.-Empiezo a comprender; es sin duda un hombre arruinado y fuera de lo corriente.

CREMILO.-Tienes razón; pero su ruina es justa.

EL SICOFANTE.-¿Dónde está, dónde, el dios que había prometido enriquecernos a todos en cuanto recobrase la vista? Lo que ha hecho ha sido arruinar a algunos.

CREMILO.-¿A quién ha maltratado de ese modo?

EL SICOFANTE.-A mí mismo.

CREMILO.-¿Eras, por tanto, un malhechor, un ladrón?

EL SICOFANTE.-No, por Zeus. Dí más bien que soís vosotros los truhanes, los que de seguro os habéis quedado con mi dinero.

CARIÓN.-¡Qué insolente sicofante, oh Deméter, se ha introducido aquí! Debe estar muerto de hambre.

EL SICOFANTE.-¿No te apresurarás tú, a irte a la plaza pública para que te sometan al tormento de la rueda y confieses tus crímenes?

(39) Acostumbrábase consagrar a los dioses, después de haberlos usado, los vestidos que se llevaban al ser iniciados en los misterios de Eleusis. Muchos no los ofrecían hasta que no podían gastarlos ya, de puro viejos.

CARIÓN.-Ten cuidado con lo que dices: van a llover palos.

EL HOMBRE.-Sí, por Zeus Salvador. ¡Bien meritorio es a los ojos de todos los helenos ese dios que extermina a los miserables sicofantes!

EL SICOFANTE.-¡Oh rabia! ¿También tú te burlas? ¡Tú eres, sin duda, cómplice de su robo! Y si no, contesta: ¿de dónde has sacado ese vestido nuevo? Ayer te ví hecho un andrajo.

EL HOMBRE.-No te temo, gracias a este anillo que le compré a Eudemo (40) por un dracma.

CREMILO.-No hay anillo que valga contra la mordedura de un sicofante.

EL SICOFANTE.-¿Puede haber mayor ultraje? Os burláis, pero aún no habéis dicho lo que hacéis aquí. Nada bueno, seguramente.

CREMILO.-No, por Zeus, al menos para tí, tenlo presente.

EL SICOFANTE.-Váis a comer a mis expensas, por Zeus.

CREMILO.-¡Impostor! ¡Ojalá revientes tú y tu testigo sin haberos desayunado!

EL SICOFANTE.-¿Podéis negarlo, bribones? (En actitud de olfatear.) Hasta aquí llega el olor de los peces y de los asados. ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu! ¡Hu!

CREMILO.-¿Hueles algo canalla?

EL HOMBRE.-Es el frío, sin duda. ¡Como lleva tan raído el manto!

EL SICOFANTE.-¿Puede tolerarse, oh Zeus, oh dioses, que me ultrajen así estos individuos? ¡Cómo me aflige verme tan maltratado, yo un hombre honrado y todo abnegación por la patria!

CREMILO.-¿Tú, un hombre honrado y un patriota?

EL SICOFANTE.-Como ninguno.

CREMILO.-¡Pues bien! Responde a mis preguntas.

EL SICOFANTE.-¿Cuáles?

CREMILO.-¿Eres labrador?

EL SICOFANTE.-¿Por tan loco me tienes?

CREMILO.-¿Comerciante?

EL SICOFANTE.-Paso por tal, cuando me conviene (41).

(40) Hechicero que vendía anillos mágicos, especie de amuletos que creía preservaban de la mordedura de animales venenosos.

(41) Cuando le convenía para librarse de ciertas obligaciones, de que los comerciantes estaban exentos. En estas exenciones era la más importante la del servicio militar.

CREMILO.-Por último, ¿has aprendido algún oficio?

EL SICOFANTE.-¡Oh no, por Zeus!

CREMILO.-¿Pues de qué vivías, si no hacías nada?

EL SICOFANTE.-Yo vigilo los asuntos de la ciudad y los de todos los particulares.

CREMILO.-¿Tú? ¿Y por qué?

EL SICOFANTE.-Porque quiero.

CREMILO.-¿Cómo has de ser un hombre honrado, grandísimo ladrón, si te haces odioso a todo el mundo por meterte en lo que no te importa?

EL SICOFANTE.-¿No ha de importarme, imbécil, el servir a mi patria en la medida de todos mis medios?

CREMILO.-Pues qué, ¿el ser intrigante es servir a la patria?

EL SICOFANTE.-Sí, y el mantener las leyes establecidas y no permitir que nadie las vulnere.

CREMILO.-¿No tiene para eso la República sus tribunales?

EL SICOFANTE.-¿Y quién acusa?

CREMILO.-El que quiere (42).

EL SICOFANTE.-Pues bien, ése soy yo; de suerte que es a mí a quien incumbe velar por los asuntos públicos.

CREMILO.-Sí, por Zeus; ¡buen defensor les ha salido! ¿Y no preferirías, vivir tranquilamente y sin hacer nada?

EL SICOFANTE.-No ocuparse de nada es vivir como un borrego.

CREMILO.-¿No quisieras aprender otras especialidades?

EL SICOFANTE.-No, aún cuando me des a Pluto en persona y al silfio de Bato (43).

CREMILO.-Quítate el vestido.

CARIÓN.-¡Eh, hombre! A tí te dicen.

CREMILO.-¡Y pronto! Descálzate.

CARIÓN.-Todo eso va contigo.

EL SICOFANTE.-A ver quien se atreve a acercárseme...

CARIÓN.-Yo me acerco.

EL SICOFANTE.-¡Pobre de mí, que me desnudan en pleno día!

(42) El derecho de acusar era público en asuntos de interés general.

(43) Quiere decir: «la cosa más preciosa». El silfio era sumamente apreciado y se pagaba a peso de oro. Bato fue el fundador de Cirene, que comerciaba mucho en silfio.

CARIÓN.-Consecuencias de meterse en negocios ajenos para comer a costa del prójimo.

EL SICOFANTE.- (A su testigo.) ¿Ves lo que me hacen? Te tomo por testigo.

CARIÓN.-Tu testigo ha tomado la fuga.

EL SICOFANTE.-¡Ay! ¡Estoy solo y cogido!

CARIÓN.-¿Ahora gritas?

EL SICOFANTE.-¡Sí! ¡Ay de mí, ay de mí!

CARIÓN.- (Al hombre de bien.) Alárgame ese manto harapiento y se lo pondré a este delator.

EL HOMBRE.-No, no; está hace tiempo consagrado a Pluto.

CARIÓN.-¿Dónde podrá estar mejor que sobre los hombros de este infame bandido? A Pluto es necesario dedicar. le vestidos mejores.

EL HOMBRE.-Y ¿qué hacemos con los zapatos?

CARIÓN.-Voy a clavárselos en la frente, como si fuese un acebuche sagrado (44)

EL SICOFANTE.-Me marchó, porque comprendo que podéis más que yo; pero como encuentre un auxiliar, siquiera sea tan débil como una tabla de higuera, me he de vengar de ese dios tan poderoso que, por su sola autoridad, sin consultar previamente a los ciudadanos ni a la Asamblea echa por tierra la democracia.

EL HOMBRE. Ahora que vas cubierto con mi armadura, corre a los baños, y para calentarte apodérate del primer puesto, que yo durante tanto tiempo he ocupado.

CREMILO.-Pero el bañero, agarrándole por donde más le duela le pondrá bonitamente en la calle; pues a la primera ojeada comprenderá que es un bribón. Entremos nosotros para que adores al dios.

(Danza del Coro.)

UNA VIEJA.-Buenos ancianos, ¿he llegado a la casa don. de habita el nuevo dios, o he equivocado el camino?

EL CORIFEO.-Estás a su puerta, hermosa niña, sabes preguntar con mucha gentileza.

LA VIEJA.-Voy a llamar, pues, a alguno de la casa.

CREMILO.-No es necesario; aquí me tienes; ¿qué es lo que te trae? Habla.

LA VIEJA.-Soy víctima, amigo mío, de la acción más inicua e infame desde que ese dios ha empezado a verme; mi existencia es insoportable.

(44) Era costumbres colgar las ofrendas de los árboles que había en los lucus o bosques sagrados.

CREMILO.-¿Cómo? ¿Serás acaso un sicofante entre las mujeres?

LA VIEJA.-No, por Zeus, no.

CREMILO.-¿Te habrá correspondido mala letra en el sorteo para beber?

LA VIEJA.-No te rías así de una infeliz que muere devorada por una pasión.

CREMILO.-Vamos, acaba de decir cuál es esa pasión que te devora.

LA VIEJA.-Escucha: yo amaba a un joven pobre; ¡pero tan hermoso, tan bien formado, tan bueno! Todo cuanto le pedía me lo daba con la mayor solicitud y cariño; yo, a mi vez, no le negaba nada.

CREMILO.-¿Y qué solía pedirte?

LA VIEJA.-Poca cosa; era conmigo de lo más tímido. Unas veces, veinte dracmas para comprarse un traje; otras, ocho para unos zapatos; otras veces me decía que regalase túnicas a sus hermanas y un vestidillo a su madre; otras, necesitaba cuatro medimnas de trigo.

CREMILO.-No es mucho, en verdad; su discreción es admirable.

LA VIEJA. -Y aun eso, según solía decirme, no me lo pedía por vil interés, sino por pura amistad. Por ejemplo, un vestido regalado por mí era para él un constante recuerdo.

CREMILO.-Ese hombre te quería extraordinariamente.

LA VIEJA.-Pero ahora no es así. ¡Cómo ha cambiado el pérfido! Hoy le había enviado un pastel con otras golosinas que ves en este plato, indicándole que a la noche yo iría a verle.

CREMILO.-¿Y qué ha hecho?

LA VIEJA.-Me ha devuelto mis regalos, y además este otro pastel, con la condición de que no pusiese los pies en su casa, añadiendo este insulto:

«Eran en otro tiempo los milesios varones esforzados...»

CREMILO.-Pues no es tan malo el muchacho; ahora que es rico no le gustan las lentejas; antes la necesidad le obligaba a comer de todo.

LA VIEJA.-Por las dos diosas te lo juro: antes estaba continuamente a la puerta de mi casa.

CREMILO.-¿Para acompañar tu entierro?

LA VIEJA.-No, por Zeus, sino por el placer de escuchar mi voz.

CREMILO.-Ya sería por ver si le dabas algo.

LA VIEJA.-Cuando estaba triste me llamaba con ternura «gatito mío, palomita mía.»

CREMILO.-Y después te pediría dinero para unos zapatos.

LA VIEJA.-Un día que iba yo en mi carro a la celebración de los grandes misterios, porque me miró por casualidad no sé quien, lo tomó tan a pecho, que me estuvo pegando todo el día. ¡Tan celoso era el pobre!

CREMILO.-Sin duda deseaba comer solo.

LA VIEJA.-Solía decirme que mis manos eran hermosísimas.

CREMILO.-Sí; cuando le alargaban veinte dracmas.

LA VIEJA.-Que mi cutis exhalaba un olor suavísimo.

CREMILO.-Cuando le servías vino de Tasos.

LA VIEJA.-Alababa la brillantez de mis ojos.

CREMILO.-No era torpe el muchacho. ¡Y bien que sabía explotar a una impúdica vieja!

LA VIEJA.-Creo, por lo tanto, querido mío, que Pluto obra muy mal al conducirse así, después de haber prometido su constante ayuda a las víctimas de cualquiera injusticia.

CREMILO.-¿Qué quieres que haga? Dilo y cumplirá tu deseo.

LA VIEJA.-ES muy justo, por Zeus, obligar al que de mí ha recibido tantos favores que él me los haga a su vez; de otro modo, no es digno de disfrutar del más pequeño bien.

CREMILO.-¿No te manifestaba su gratitud todas las noches?

LA VIEJA.-Sí; pero me prometía, además, no abandonarme, mientras viviera.

CREMILO.-Muy bien; creerá que ya no existes.

LA VIEJA.-¡Ay, queridísimo, estoy consumida por la pena!

CREMILO.-Más aún: creo que has entrado ya en putrefacción.

LA VIEJA.-Podría pasar por un anillo (45).

CREMILO.-Con tal que ese anillo fuese el aro de una criba.

LA VIEJA.- (Viendo llegar a un joven.) ¿Pero qué veo? Ahí viene el joven de quien me estaba quejando; tiene traza de dirigirse a una orgía.

CREMILO.-Creo que sí, pues lleva una corona y una antorcha.

EL JOVEN.-¡Salud!

LA VIEJA.-¿Qué dice?

EL JOVEN.-Mi vieja amiga, ¡qué pronto has encanecido! ¡Es asombroso!

LA VIEJA.-¡Triste de mí! ¡Cuántos insultos he de soportarle!

CREMILO.-Sin duda, hace mucho tiempo que no te ha visto.

LA VIEJA.-¿Mucho tiempo? Ayer mismo estuvo conmigo.

CREMILO.-Por lo visto, le ocurre lo contrario que a otros muchos; el vino le aclara la

vista.

LA VIEJA.-No; siempre es un desvergonzado.

EL JOVEN.-¡Oh, Poseidón, rey de los mares; ¡Oh, vetustas divinidades, cuántas arrugas tiene en la cara!

LA VIEJA.-¡Eh!, ¡eh!, aparta de mí la antorcha.

CREMILO.-Tiene razón; si le salta una sola chispa, arderá como una rama de olivo seco.

EL JOVEN.-¿Quieres jugar un momento conmigo?

LA VIEJA.-¿En dónde, pérfido?

EL JOVEN.-Aquí mismo, con nueces.

LA VIEJA.-¿A qué juego?

EL JOVEN.-A adivinar... cuántos dientes conservas.

CREMILO.-Yo adivinaré también; le quedan tres o cuatro.

EL JOVEN.-Has perdido: no tiene más que una muela.

LA VIEJA.-¡Oh, el más infame de los hombres! ¿Has perdido el juicio para comportarte así conmigo y sacarme los trapos sucios delante de tanta gente.

EL JOVEN.-Es que creo que no te vendrá mal una buena jabonadura.

CREMILO.-Te equivocas; ahora está perfectamente pintada, y si la lavases se le quitaría el albayalde y aparecerían las arrugas en todo su esplendor.

LA VIEJA.-Para ser tan viejo, me pareces muy liviano.

EL JOVEN.-¡Ah, te hace carantoñas y te enlaza por la cintura, creyendo que nadie la ve.

LA VIEJA.-¡No, por Afrodita! ¡No a mí, infame!

CREMILO.-No, por Hécate, no por cierto. ¡Que la diosa me libre de semejante desatino! Pero, mi joven amigo, yo no puedo consentir que aborrezcas a esta muchacha.

(45) Tan delgada se supone.

EL JOVEN.-¡Pero si yo la idolatro!

CREMILO.-Sin embargo, ella te acusa...

EL JOVEN.-¿De qué me acusa?

CREMILO.-De que eres un insolente y de que le has dicho: «Eran en otro tiempo los milesios Varones esforzados...»

EL JOVEN.-Bueno, bueno: no quiero disputártela.

CREMILO.-¿Por qué?

EL JOVEN.-Por supuesto a tu edad; a otro nunca se lo hubiera consentido. Vete en paz con tu «uchacha».

CREMILO.-Ya entiendo, ya entiendo. Lo que te pasa es que ya no tienes gusto en tener comercio con ella.

LA VIEJA.-¿Y quién lo consentirá?

EL JOVEN.-Yo no puedo tener relaciones con una vieja extenuada por trece mil años de amoríos.

CREMILO.-Sin embargo, puesto que no desdeñaste beber el vino, justo es que bebas también las heces.

EL JOVEN.-Pero éstas, tan viejas, ya están putrefactas.

CREMILO.-Pásatelas por la manga para purificarlas.

EL JOVEN.-Será mejor que entremos ahí; yo te sigo para ofrecer al dios estas coronas.

LA VIEJA.-Yo entraré, también, porque tengo que decirle una cosa.

EL JOVEN.-Entonces, no entro yo.

CREMILO.-Tranquilízate; no te violará.

EL JOVEN.-Tienes razón; ya hace tiempo la manejo como quiero.

LA VIEJA.-Entra tú, yo te sigo.

CREMILO.-¡Soberano Zeus; y cómo se le pega al mozo la viejita, fuerte como una lapa!
(Entran todos.)

CARIÓN.-¿Quién llama? ¿Quién es? No distingo nada; sin duda la puerta ha rechinado sin que nadie la toque.

HERMES.-¿Hola!, Carión; aguarda; soy yo, Hermes.

CARIÓN.-¿Eras tú el que tan estrepitosamente golpeaba la puerta?

HERMES.-No; pero me disponía a llamar cuando has abierto. Ea, corre y advierte a tu amo que, sin perder instante, se me presente con su mujer, sus hijos sus, criados, su perro, tú y su marrano.

CARIÓN.-¿Pues qué ocurre?

HERMES.-Que Zeus, gran bribón, quiere aderezaros a todos en la misma cazuela y arrojáros al Báratro.

CARIÓN.-¡Cuidado con la lengua, pregonero de desgracias! ¿Y por qué piensa tratarnos de ese modo?

HERMES.-Porque habéis cometido el crimen más horrendo. ¿Desde que Pluto ha recobrado la vista nadie nos ofrece a los dioses incienso, ni laureles, ni tortas, ni víctimas, ni nada, en fin.

CARIÓN.-Ni se os ofrecerán nunca, por lo mal que cuidabais de nosotros.

HERMES.-De los otros dioses poco me importa; pero yo me siento desfallecer y morir.

CARIÓN.-Eres un sabio.

HERMES.-Antes, desde el amanecer ya me ofrecían en los figones toda clase de deliciosos manjares: sopa en vino, miel, higos secos, y en fin, cuanto es digno de mi paladar, pero ahora, muerto de inanición, me paso el día tumbado y con los pies en el aire.

CARIÓN.-Y te está muy bien empleado; ¿por qué dejabas que multasen a los que te trataban tan generosamente? (46).

HERMES.-¡Ay, triste de mí! ¡Ay, torta querida que me amasaban el cuatro de cada mes! (47)

CARIÓN.-«Tu amor está ausente; inútilmente le llamas.»

HERMES.-¡Ay sabrosa pierna que yo devoraba!

CARIÓN.-Pues bien; salta sobre un pie en ese odre para distraerte.

HERMES.-¡Ay, tripas calentitas que yo saboreaba!

CARIÓN.-Las tuyas están atormentadas, Sin duda, por un cólico.

(46) Se imponían frecuentes multas a los taberneros por falta en la medida o por mala calidad del vino.

(47) Esto es, el día consagrado a Hermes.

HERMES.-¡Ay, deliciosa copa, de porciones iguales! (48)

CARIÓN.- (Soltando una ventosidad ruidosa.) Bébetelo eso y lárgate volando.

HERMES.-¿Querrás hacerme un favor, amigo mío?

CARIÓN.-Si puedo, con mucho gusto.

HERMES.-¿No podrías darme un pan bien cocido y una buena tajada de las víctimas que estáis sacrificando en casa?

CARIÓN.-No dejan sacarlo.

HERMES.-Ya sabes que cuando le robabas alguna cosa a tu amo, yo siempre procuraba que no se enterase.

CARIÓN.-Sí; a condición de partir los provechos, gran ladrón, porque casi siempre recibías una exquisita torta.

HERMES.-Que te comías tú solo.

CARIÓN.-¿Acaso participabas tú de los palos que me daban, cuando yo era sorprendido?

HERMES.-Olvida los pasados males, ya que has tomado a File (49). En nombre de los dioses, recibidme en vuestra casa.

CARIÓN.-¿Y dejarás a los dioses por vivir con nosotros?

HERMES.-Vuestra vida es mucho mejor.

CARIÓN.-¿Cómo? ¿Crees honrosa semejante deserción?

HERMES.-«La Patria es todo lugar donde se vive bien».

CARIÓN.-¿Y en qué podrías sernos útil si te quedaras aquí?

HERMES.-Podría ser vuestro portero (50).

CARIÓN.-¿Portero? No nos hace ninguna falta la chismografía porteril.

HERMES.-Entonces, comerciante.

CARIÓN.-Si somos ricos, ¿para qué hemos de mantener un Hermes dedicado a la reventa?

HERMES.-Pues, agente de intrigas.

CARIÓN.-¿Intrigas? Nada de eso. Sencillez de costumbres es lo que hace falta.

HERMES.-Guía.

(48) Es decir, de agua y vino, mitad por mitad.

(49) Cuando los atenienses, mandados por Trasíbulo, se apoderaron de File, fortaleza que estaba en la frontera del Atica, juraron no acordarse del mal y proclamar una amnistía general.

(50) Hermes va mencionando los diferentes cargos que se le atribuían.

CARIÓN.-El dios ve perfectamente, y ya no los necesita.

HERMES.-Pues bien; seré presidente de los juegos. ¿Qué dirás ahora? Pluto debe instituir certámenes escénicos y gímnicos (51).

CARIÓN.-¡ Qué bueno es tener muchos apodos; Así ha encontrado el medio de ganarse la vida. Así me explico que todos los jueces se afanen por ser inscritos en varios tribunales (52).

HERMES.-¿De modo que me admitiréis para ese empleo?

CARIÓN.-Sí; y vete al pozo a lavar estas entrañas de las víctimas para que prácticamente nos demuestres que puedes servir para algo.

UN SACERDOTE DE ZEUS.-¿Quién podrá decirme con exactitud dónde está Cremilo?

CREMILO.- (Saliendo de su casa.) ¿Qué ocurre, buen hombre?

EL SACERDOTE.-Nada bueno. Desde que Pluto ha recobrado la vista me muero de hambre; yo, todo un Sacerdote de Zeus Salvador, no tengo qué comer.

CREMILO.-¿Y cuál es la causa de ello, en nombre de los dioses?

EL SACERDOTE.-Nadie se considera obligado a ofrecer el menor sacrificio.

CREMILO.-¿Por qué?

EL SACERDOTE.-Porque todos son ricos. Antes, cuando nada tenían, el mercader que regresaba sano a su casa y el reo que conseguía la absolución, nunca dejaban de ofrecer alguna víctima. Cuando alguna ofrecía un sacrificio favorable, era de rigor que el sacerdote asistiese al festín; pero ahora nadie sacrifica, nadie entra en el templo, como no sea para mancillarlo con sus excrementos.

CREMILO.-¿No tomas también tu parte de esas ofrendas?

EL SACERDOTE.-De modo que espontáneamente me he despedido de Zeus Salvador para quedarme aquí.

CREMILO.-Ten confianza; con la ayuda del dios todo irá bien pues Zeus Salvador se encuentra aquí, donde también ha venido espontáneamente.

EL SACERDOTE.-¡Oh, qué buena noticia!

CREMILO.-Aguarda un poco; vamos a colocar a Pluto en el lugar que antes ocupaba, como guardián perpetuo del tesoro de Atenea. ¡Eh!, vengan las antorchas encendidas. (Volviéndose al sacerdote.) Tú las llevarás delante del dios.

(51) A semejanza de como lo hacían los ciudadanos ricos.

(52) Fraude muy generalizado para cobrar salario doble o triple.

EL SACERDOTE.-Todo está muy bien dispuesto.

CREMILO.-Llamad a Pluto, y que salga.

LA VIEJA.-Y yo, ¿qué debo hacer?

CREMILO.-Ponte sobre la cabeza esas ollas (53) consagradas al dios y llévalas con majestad y decoro; precisamente tienes un vestido de colores muy apropiados.

LA VIEJA.-¿Y en qué queda el asunto que me ha traído aquí?

CREMILO.-Todo se arreglará. El joven irá a tu casa esta noche.

LA VIEJA.-Si me respondes, por Zeus, de que vendrá, llevaré las ollas.

CREMILO.-Sucede con estas ollas lo contrario que en las demás. Ordinariamente la tez arrugada se forma encima; pero esta vez caen debajo.

EL CORIFEO.-Tampoco nosotros debemos permanecer aquí por más tiempo; lo mejor será que nos retiremos y nos vayamos cantando en pos de la procesión.

(53) Era costumbre ofrecer ollas de legumbres cocidas en inauguración de la estatua de una divinidad.